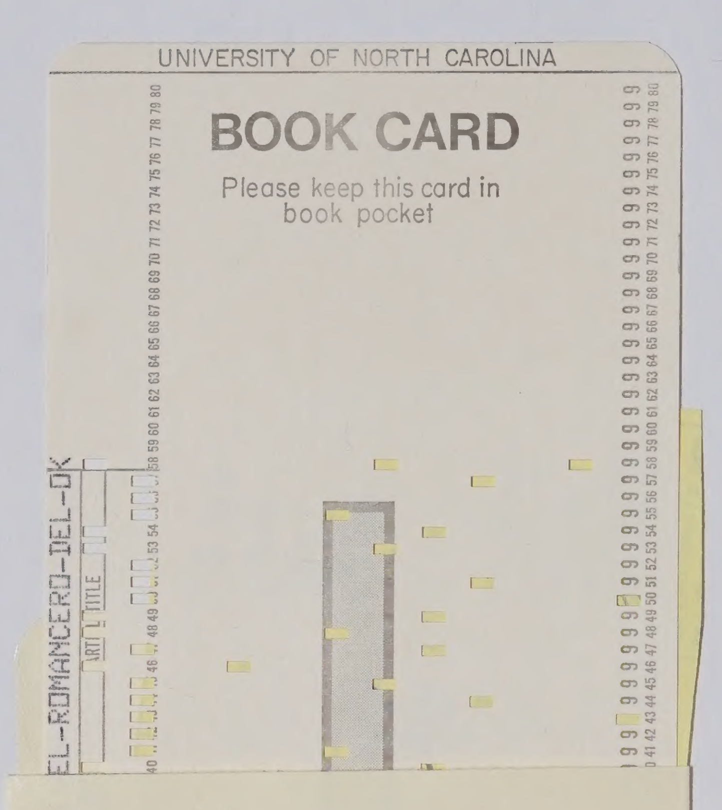
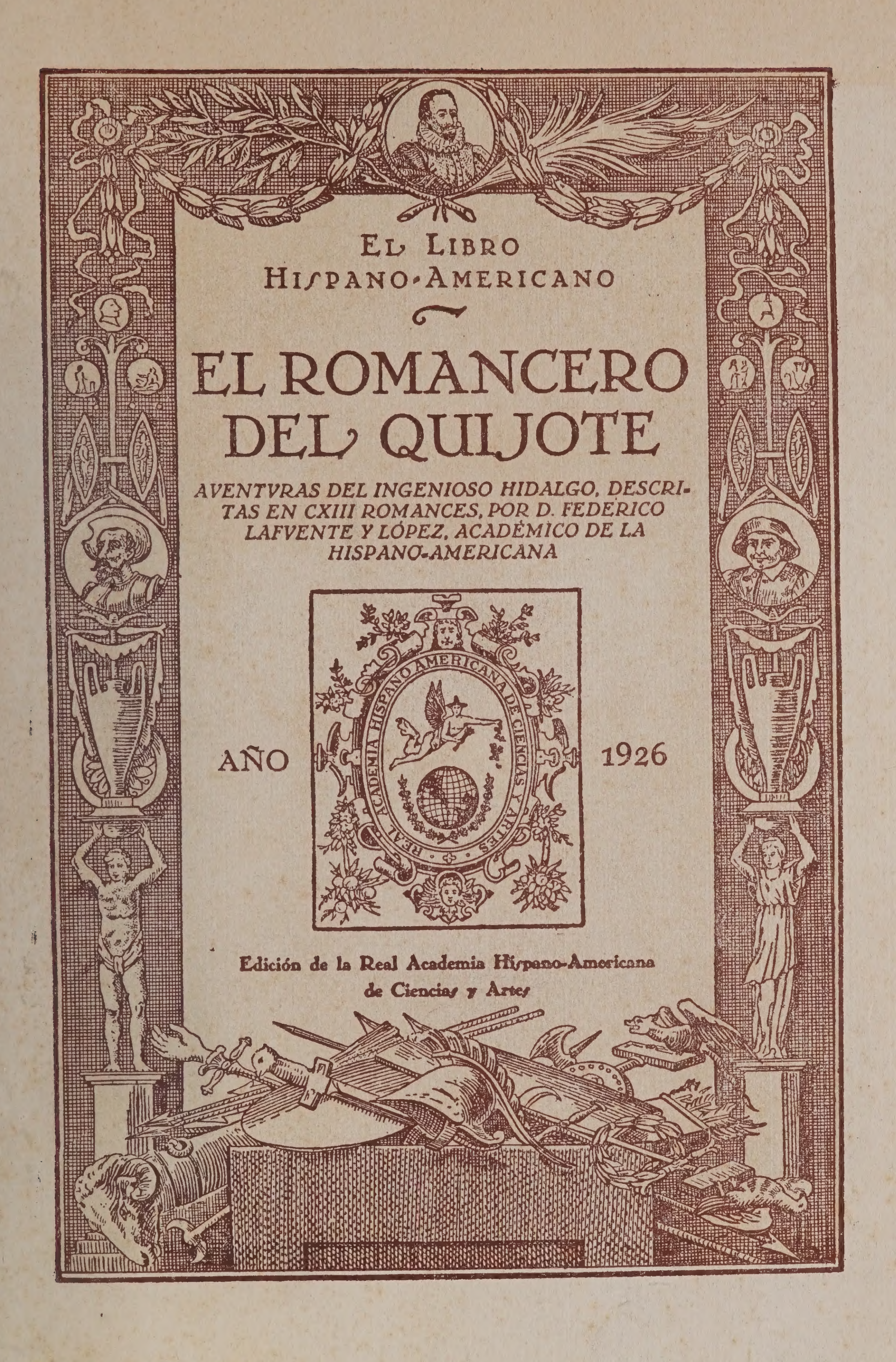

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
BOOK CARD
Please keep this card in book pocket
EL-ROMANCERO-DEL-DK
TITLE


PQ6621
.A4
R7
1926


EL LIBRO
HISPANO-AMERICANO
EL ROMANCERO
DEL QUIJOTE
AVENTVRAS DEL INGENIOSO HIDALGO, DESCRITAS EN CXIII ROMANCES, POR D. FEDERICO LAFVENTE Y LÓPEZ, ACADÉMICO DE LA HISPANO-AMERICANA
REAL ACADEMIA HISPANO AMERICANA DE CIENCIAS Y ARTES
AÑO
1926
Edición de la Real Academia Hispano-Americana
de Ciencias y Artes


HΣSPΣRIA
LIBROS HISPANICOS
PLAZA JOSE ANTONIO,10
ZARAGOZA

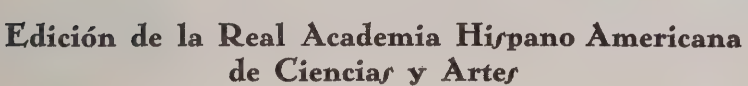
EL LIBRO
HISPANO-AMERICANO

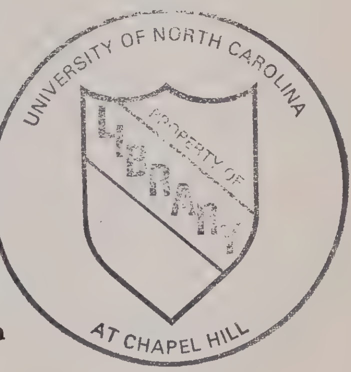
EL ROMANCERO DEL QVIJOTE

Aventvraſ del ingenioso hidalgo, descritaſ en CXIII Romanceſ, por D. FEDERICO LAFVENTE, Académico de la Hispano-Americana

AÑO 

1926


Edición de la Real Academia Hiſpano Americana de Cienciaſ y Arteſ



C Á D I Z
RODRÍGUEZ DE SILVA / TIPOLITOGRAFÍA

Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes

EL LIBRO HISPANO-AMERICANO

Con este título, la Real Academia Hispano-Americana *piensa publicar una serie de obras de índole científica o literaria, que por su mérito y tendencias, merezcan ser difundidas por los pueblos de habla española.*

No pretende la Academia lucrarse con la venta de estos libros; los beneficios si los hubiere, se aplicarán a la publicación y mejor presentación editorial de posteriores ediciones.

El capital, para llevar a la práctica el proyecto, se ha constituído con la aportación voluntaria de cuotas de cien pesetas recaudadas entre los señores Académicos y les serán reintegradas tan pronto como la venta del primer libro lo permita.

Comiénzase la serie de publicaciones con la de este

libro cuyo título ROMANCERO DEL QUIJOTE ya nos indica el interés que como obra de propaganda cervantina ha de tener. Así lo ha reconocido la Academia de la Lengua, al declararle como de mérito relevante y patriótico y el Consejo de Instrucción Pública al decir que puede considerarse «como una introducción a la lectura de la obra inmortal y como un despertador de la curiosidad juvenil.»

Su autor el académico D. Federico Lafuente, publicó otras dos ediciones, hoy agotadas, y nos autoriza para la presente, que esperamos tenga tan buena aceptación como las anteriores.

El Director de la Academia

Cádiz, Junio 1926.

DEDICATORIA

A. S. M. EL REY
D. ALFONSO XIII
PRESIDENTE DE HONOR

La Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes

INFORME DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA LENGUA

En el expediente incoado a instancia de D. Federico Lafuente, la Real Academia Española ha emitido el siguiente informe:—Iltmo. Sr.—El Sr. Académico de número encargado de informar acerca de la obra de don Federico Lafuente, titulada *El Romancero del Quijote,* que acompañaba a la atenta comunicación de V. I., fechada a 26 de Junio de 1917, ha emitido el dictamen que se inserta a continuación: Por encargo del Sr. Director de la Academia, he examinado el libro titulado *El Romancero del Quijote,* impreso en Madrid por los años 1916 y 1917 y cuyo autor D. Federico Lafuente, solicita del Gobierno de S. M. la adquisición de ejemplares para la Biblioteca del Estado. Mi parecer acerca de esta Obra es el que voy a exponer con la mayor brevedad posible. Cuando el señor Lafuente emprendió su tarea, no era nuevo el pensamiento

de narrar en verso, más o menos fielmente, las aventuras, que en prosa inimitable redactó Cervantes, del famosísimo loco manchego. Un cuarto de siglo antes, verbigracia, don Maximino Carrillo de Albornoz había llevado a cabo tal empresa y sacado a la luz pública en dos abultados tomos en 8.º su *Romancero del Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha,* con el cual se propuso, según advirtió en la postrera nota del tomo 1.º, «refrescar la memoria de aquellos que hayan leído una o más veces el *Quijote,* interesando al propio tiempo a los que no lo hayan leído para que no dejen de estudiarlo con detención.» Análogo ha sido el propósito de D. Federico Lafuente, docto funcionario de la carrera judicial que, lejos de olvidar su antigua profesión de escritor público, sigue cultivando con asiduidad y acierto el ameno campo de las letras, y dedica a este liberal ejercicio el tiempo de que le dejan disponer sus tareas principales. El Sr. Lafuente—él mismo lo dice en el preámbulo de su libro—ha creído que, aun siendo muchas las ediciones del *Quijote,* no están en mayoría los españoles que con verdad puedan afirmar haber leído y saboreado la obra maestra de Cervantes. «Tal vez—añade con miedo de aseverarlo—para los no literatos, o no resueltamente aficionados a las bellas letras; para los niños y singularmente las mujeres, de suyo vivas e impresionables, y una gran parte de público acostumbrado al diálogo de la novela moderna, de más honda y momentánea emoción, resulta la del *Quijote* lectura algo pesada...» y estimando, que por desgracia, esto sucede así, el Sr. Lafuente ha querido sintetizar en poco más de un centenar de romances, no largos (cuando Carrillo de Albornoz escribió y publicó muy cerca de trescientos) toda la acción del *Quijote* no a fin de subrogar sus versos el altísimo lugar que solo puede

ocupar la prosa de Cervantes, sino con la humilde pero patriótica mira de dar a gustar algo de su incomparable invención, con la golosina del metro y la asonancia, a los que no siendo por virtud de este ardid, se morirían de viejos sin haber llegado a catar ni una pizca de la historia del buen Hidalgo Manchego. Que, en efecto, existe el mal denunciado por el Sr. Lafuente es una cosa de todo punto averiguada y cierta, y un individuo de número de esta Academia, lo hizo notar con detenimiento, pocos años ha, en cierta conferencia leída en sesión solemne en la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio, hallándose presente el Sr. Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes en tal disertación, cuyo tema fué la pregunta *¿Se lee mucho a Cervantes?* Después de citar algunas anécdotas harto significativas, razonaba el conferenciante de esta manera: «Se me podrá objetar, y acaso está pasando por vuestras mientes esta idea:» si tan poco se lee el *Quijote* ¿cómo cada año se publican y se van vendiendo nuevas ediciones? ¿Para qué se pueden comprar sus ejemplares, sino para leer el famoso libro Cervantino? Tal razonamiento, convincente a primera vista, no lo es mucho cuando en él se medita despacio. Algo se adelanta, sí; algo más se lee hoy a Cervantes que se leía al comenzar este siglo, gracias principalmente a la celebración de los dos centenarios; el de la publicación del *Quijote* y la muerte de su autor; pero no creais como artículo de fé que la compra de un ejemplar de la llamada biblia profana, sea fianza de que ha de ser leída. La baratura del libro en unos casos, el lujo de su impresión y encuadernación en otros, en estos y en todos el generoso pensamiento de leerlo, o el mero propósito de tenerlo en casa para poder decir con verdad que se poseen, llevan el *Quijote* a muchos estantes, condenado de por

vida a no salir, o a salir por momentos muy contados, de la prisión en que le estrechan otros libros que padecen igual cautiverio. «Y en los pocos casos en que no sucede así de todo en todo, ¡cuántas veces se comenzó a leer la peregrina historia del Hidalgo Manchego sin pasar de los primeros, ni aun del primer Capítulo! ¡Cuántos lectores dejaron de la mano este libro admirable, antes que el Ama, la Sobrina y el Cura y el Barbero, llegan a dar al través con los que sorbieron el seso a D. Quijote! Reparad en los ejemplares de la novela inmortal que halléis a vuestro alcance, y veréis cuán pocos son los que tienen señales de usados, excepción hecha de sus primeras hojas. Los lectores no pasaron de ahí; aburrieron la tarea; fracasó una, dos y más veces el noble intento... A todos interesa más lo de hoy que lo de ayer, y, como ha escrito Amado Nervo en una de las espirituales crónicas que suele publicar en *La Nación*, de Buenos Aires, «cuando un autor se vuelve clásico, consagrado, cuando entra con pie firme en la inmortalidad, ya nadie se ocupa de leerlo... Todo el mundo sabe que escribió tal o cual libro *imperecedero,* y como tal libro es imperecedero, se le deja en los estantes de las bibliotecas dormir el tedioso sueño de la eternidad... Si acaso en las crestomatías se reproduce tal o cual página... «Existe, pues, sin duda alguna, el mal que denuncia en su libro el Sr. Lafuente, y Dios haga que dé buen fruto el procedimiento ideado para ponerle algún remedio, porque sólo así tendrá buena disculpa el atrevimiento de narrar las aventuras quijotescas con pluma que no sea aquella misma gloriosísima que Cervantes dejó colgada de una espetera y de un hilo de alambre cuando acabó de escribir el *Quijote*.— Como libro de mera vulgarización, no faltan cualidades plausibles al Romancero del Sr. Lafuente: sus romances

están versificados con soltura; el habla es popular y llano el estilo para acomodarse al gusto y el entendimiento del mayor número de lectores. Por no alargar demasiado su trabajo, prescindió de versificar todo aquello que en el original no es acción, o no atañe directamente a las andanzas del caballero y su escudero, y así lo advierte el señor Lafuente en notas puestas al pié de las páginas.—Es lástima que, sin duda por la prisa con que el autor preparó e hizo imprimir su libro, se noten acá y allá, al par que algunos descuidos en la versificación—que no se advierten en otras obras del mismo poeta—no pocas erratas, corregidas unas y otras por corregir en la fé colocada a la cabeza del volumen; pero es de esperar que todo ello quedará bien remediado en la segunda edición, ya próxima a ver la luz pública. En resumen: el *Romancero del Quijote* sirve muy mucho para el *patriótico fin* a que debió su nacimiento y principalmente desde tal punto de vista debe juzgarse. Por tanto, el académico que suscribe opina que este libro tiene *el mérito relevante necesario* para que se acceda a la solicitud formulada por su autor.»

Y habiendo aprobado la Academia el preinserto dictamen, tengo la honra de comunicarlo a V. I., devolviéndole al propio tiempo la instancia del interesado y un ejemplar de la obra.

Dios guarde a V. I. muchos años.—Madrid 14 de Octubre de 1921.—El Secretario, Emilio Cotarelo.—Ilustrísimo Sr. Director general de Bellas Artes.

REAL ORDEN

Ilmo. Sr.: En el expediente incoado a instancia de don Federico Lafuente, la Comisión permanente del Consejo de Instrucción Pública ha emitido el siguiente dictamen:

«Es el Sr. D. Federico Lafuente autor de un *Romancero del Quijote*, para el cual solicita la declaración de utilidad, para su lectura en las Escuelas.

«Llega al Consejo de Instrucción Pública este libro, acompañado del informe de la Real Academia Española, acordado en finales del año 1921. El Académico ponente deja traslucir entre líneas la autoridad y competencia en cuanto a la obra de nuestra primer figura literaria se refiere y claro es que en este supuesto no se le podrá ocultar que el intento del autor de este *Romancero del Quijote*, excede a las posibilidades artísticas, cuando ellos encarnan en un autor que por la labor reflexiva y emocional, pero puramente individual, pretende desgajar la frondosidad de un arbol de tan amplia creación épica como es el *Quijote*.

«No estará de más advertir que este mismo fenómeno de la desarticulación y glosa de los diversos episodios del *Ingenioso Hidalgo* pudiera ser una realidad artística inapreciable, si los tiempos posteriores a su aparición hubieran sido favorables a que la más popular se hubiera apoderado del asunto cervantino y, a su modo y con la interpretación que al pueblo hubiera parecido la más acertada, hubiese repetido el fenómeno de popularizar un gran poema en las tradicionales formas romancescas.

«Pero este hecho no se podía realizar, porque ni las épocas eran ya propicias a las ingénuas formas, ni el asunto

se prestaba a la divulgación, se popularizan los tipos de Don Quijote y Sancho; se harán ellos nuevos seres de la vida española; los encontraremos a nuestro paso a cada instante; pero por lo mismo, para evocarlo, no será preciso reproducir episodio determinado, si pues la condición esencial que avalore siempre la reprodución de una grande obra en la tradición interpretativa del pueblo, no había de darse con el *Quijote*. No puede negarse que con todas sus dificultades (tan salientes que lo más acertado sería dejar el libro inmortal en su forma propia, única que le conviene) habrá de disculparse este intento revelador de un gran amor literario, y de una noble intención. Del éxito que acompañó al Sr. D. Federico Lafuente en el aspecto literario, certifica la Academia Española; de la utilidad que esta empresa puede lograr para los fines de la enseñanza, juzga esta Comisión que aunque el valor educativo que pueda tener el *Quijote*, en él está sin necesidad de suplantaciones ni refundiciones, *El Romancero del Quijote* puede ser como introducción a la lectura de la obra inmortal, y, desde luego, como un despertador de la curiosidad juvenil, solicitada por las narraciones poéticas, en las cuales, a veces, ha logrado el Sr. Lafuente que lleguen a reflejar un destello de la lumbre siempre meridiana del genio cervantino.»

Y S. M. el Rey (q. D. g.), conformándose con el preinserto dictamen, se ha servido resolver como en el mismo se propone.

DeReal orden lo digo a V.S.—Dios guarde a V.S. muchos años.—Madrid 28 de Marzo de 1923.

Salvatella

Sr. Director General de Primera Enseñanza

ADVERTENCIAS:

EN ESTOS ROMANCES, LA LETRA CURSIVA INDICA QUE SON COPIADAS DE LA OBRA DE CERVANTES LAS PALABRAS O FRASES DE TAL MODO IMPRESAS.

LAS NOTAS DE CADA ROMANCE, SE IMPRIMEN AL FINAL DEL MISMO.

ROMANCE I

EL FAMOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA (*)

Más falta de cuerdo a loco
Que de hidalgo a caballero.

L*OS días de turbio en turbio,*
Noches en claro y despierto
Pasó Quesada o Quijada
O Quijano para el cuento.

De andante caballería
No hubo libro, malo o bueno,
Que a costa de pobre renta
No mercara el hidalgüelo;

Y tal se dió de atracones
Raras fazañas leyendo,
Que de juicio quedó falto
Y flaco quedó del cuerpo.

Viendo verdad en las fábulas,
Brotó en su magín revuelto
Pensamiento el más extraño
Que pudo un loco tenerlo.

Necesario y convenible
Creyó el ilustre manchego,
Salir caballero andante
Para enderezar entuertos.

(*) «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha».—1.ª parte.—Capítulo I.

Tomadas de orín y moho
Por el desuso y el tiempo,
Halló mirando rincones,
Armas de sus bisabuelos.

La rebusca y el hallazgo
No colmaron sus deseos,
Y por *celada de encaje,*
Vio morrión casi deshecho.

Suplió su industria la falta
Para encontrar el efecto,
Y con *cartones cortados*
Hizo celada modelo.

Satisfecho de su obra
A ver su rocín fué luego,
Y aunque tenía *más cuartos*
Que un real de antiguos tiempos,

Más tacha que el de Gomela
Que no resistía tientos,
Sin ver en él alifafes
Le pareció hasta soberbio.

Entendió que pues cambiaba
Estado y nombre su dueño,
También de nombre debía
Cambiar su enjuto jamelgo,

Y después de muchos nombres
Que barajó su *celebro,*
De rocín, a *Rocinante*
Elevó a su compañero.

Puesto nombre a su caballo
El había de ponérselo,
Que no fuese a más el bruto,
Y que fuese el amo a menos.

A cabales ocho días
De revolución de seso,
Se avino a ser *Don Quijote,*
Nombre campanudo y hueco;

Pero había que añadirle
Algo, porque así lo hicieron
Amadis de Gaula, y todos
Los antiguos caballeros.

Y prensando nuevamente
El esclarecido ingenio,
Dando vueltas y más vueltas
En busca de mote bueno,

Dió con él, y en su memoria
Apuntó gravando a fuego:
Don Quijote de la Mancha
Dejando el nombre completo.

No estaba todo; preciso
Era dar el pensamiento
A dama de sus amores
A quien mandar los trofeos.

Y fué la dama elegida
La moza Aldonza Lorenzo,
De las que de una puñada
Tiran dos hombres al suelo;

Pero creyó necesario
Darla nombre más egregio,
Considerarla princesa
Y determinar su pueblo.

De un rincón de lo más sano
Que tenía bajo el pelo
Dulcinea del Toboso
Salió de nombre a su intento.

Con tales preparativos
Y ya todo en orden puesto,
Pasó una noche Quijano
Haciendo traición al sueño

ROMANCE II

LA PRIMERA SALIDA (*)

Ya sale aquel caballero
Alto y enjuto de carnes.

DE aquel *lugar de la Mancha*
De que no quiso acordarse,
El más afamado ingenio
De los genios nacionales,

Por el corral de una casa
Como a hurtadillas y a escape,
A la luz del alba y en Julio
De ardores caniculares,

Don Quijote de la Mancha
Salió sobre *Rocinante*
Con adarga, lanza, escudo
Y su celada de encaje.

Sin rumbo fijo, dejando
Fuera el bruto quien guiase,
Anduvo a paso y al trote
De Montiel campo adelante.

No dando en ello hasta entonces
Dió, y empezó a preocuparse
En que no era caballero
Si como a tal no le armasen.

(*) 1.ª parte.—Capítulo II.

Eran para esto preciso
  Armas limpias y espaldares,
  Velar y sufrir el golpe
  De quien hubiera de darle.

Tentado estuvo a volverse
  Más vió no ser disparate
  Que cualquiera en cualquier sitio
  Podría bien arreglarle.

Y tranquilo en este punto
  Con su locura de andante,
  Vagó por sendas y trochas
  Sin llegar a impacientarse.

Así anduvo todo el día,
  Y al espirar de la tarde
  Divisó a poca distancia
  Una venta o mesón grande.

En su delirio, aguzado
  Por los apremios del hambre,
  De la venta, hizo castillo
  Y hasta él quiso llegarse.

Dos mozas miró en la puerta
  De las que antiguos hablares
  Decían ser *del partido* (1)
  Porque son de cualquier parte.

Las creyó *hermosas doncellas,*
  O damas muy principales
  Que a la puerta del castillo
  Salían a solazarse.

Extraño fué a Don Quijote
  Que viéndole aproximarse,
  No anunciase algún enano
  Su llegada y su talante;

Más su ilusión fué completa
  Cuando en aquéllos lugares
  Un porquero tocó el cuerno
  Porque sus puercos llegasen.

Al oir esto el hidalgo
  Dió loco en asegurarse,
  Que así anunciaban su arribo
  Al misterioso baluarte.

Al verle llegar las mozas
Disfrazado con tal arte,
A paso como de huída
Quisieron de allí ausentarse.

Esto que advirtió el manchego,
En toda ocasión galante,
La de papelón visera
Alzó y dijo en tono suave:

—*No fuyan vuestras mercedes*
Ni teman las de pesares,
Que a la orden que profeso
Vedado está causar males.

No he de hacer desaguisado
Ni habrá dares y tomares,
Porque *a tan altas doncellas*
Sólo pleitesías caben.

Como las mozas riesen
Al escuchar tales frases;
De nuevo habló Don Quijote,
Pero con tono más grave:

—*Bien parece la mesura*
En doncellas y beldades,
Y es *mucha sandez, la risa*
Que causa leve arrancare:

Non dello os acuitades
Que agravio de mí no sale,
Y sólo en serviros pongo
Fuerza, voluntad y afanes.

Más lejos de reprimirse
Al escuchar tal lenguaje,
Sintieron las rudas mozas
De risas nuevos ataques.

Y suerte fué para ellas
Que allí ventero asomase,
Porque así finó aquel pleito
A punto de complicarse.

Posada, mesón sin lecho
Brindó al caballero andante:
Y en él miró Don Quijote
De aquel castillo el alcaide:

Así, pensando, le dijo
   Poniendo miel en la frase:
   —A mí, señor castellano,
   La cama no ha de inquietarme:

Son mis arreos las armas,
   Pelear mis descansares.
   —Siendo así, dijo el ventero,
   La vuestra merced me mande.

Y no sin grandes apuros
   Logró el hidalgo apearse.
   Acudieron las doncellas
   Para poder desarmarle.

—*Nunca fuera caballero,*
   Dijo, mostrándose amable,
   De damas tan bien servido
   Como yo en estos instantes.

En mesa y limpios manteles
   Ofreciéronle *yantares,*
   Y para ello, como viernes,
   Abadejos en trozos grandes.

Dijo serle *mucho al caso*
   Sin distinguir de manjares,
   Y a la puerta de la venta
   Pusiéronle frente al aire.

Cosa fué de mofa y risa
   Ver comer al caminante,
   Porque puesta la celada
   No podía manejarse.

Una de aquellas mujeres
   Fué tocada de ayudarle,
   Y con sus manos le daba
   Cuanto él no pudo tomarse.

Al beber, mayor apuro
   Si el ventero no alcanzare
   Una idea luminosa
   Que mereció el alabarle:

Horadó el hombre una caña,
   Y hueca por ambas partes
   Resultaba ser un tubo
   De entrada y salida iguales.

Metió un extremo en la boca
Del huésped, y a cada instante
Por el otro echaba el vino
Pudiendo así remediarle.

Comió y bebió y sosegado
De sus primeros andares,
Pensaba sólo en la guisa
De que pudieran armarle.



(1) De mala vida.

ROMANCE III

GRACIOSA MANERA QUE TUVO DON QUIJOTE EN ARMARSE CABALLERO (*)

Es a golpe como se hacen
Los valientes caballeros.

ANTE ventero que miente
Más que roba, y roba mucho,
Y venteros de tal fuste
En todo tiempo los hubo;

Se arrodilla Don Quijote
Y ansioso, casi convulso,
Como a dueño de Castillo,
De noble pendón y escudo,

Pide la merced de armarse
Según es costumbre y uso,
Antes de buscar fazañas
Y aventuras por el mundo.

Oído por el ventero
Que pasa de listo a tuno,
Y sabiendo que su huesped
Tiene su juicio en apuros...

Le cuenta embustes, patrañas
Que no creyera ninguno,
Y al fin promete al que pide
Armarle según su gusto.

(*) 1.ª parte.--Cap. III.

No hay Capilla en el Castillo
Como es razón y la hubo;
Pero es igual otra parte
Y el patio lugar seguro

El ventero así le dice,
Queda Don Quijote mudo,
Y junto a la pila pone
Armas que por buenas tuvo.

La luna es clara, en la Venta
Observan todos o alguno
Que dá vueltas el manchego
A paso lento y menudo.

A un arriero se le ocurre
Sacar agua para el mulo,
Y oye decir al hidalgo
En alto y con tono duro:

—Caballero quien tu seas
No te acerques a este punto,
Que si tocares mis armas
Que habré de matarte juro.

Desoyendo estos avisos
El arriero, a fuer de bruto,
Quiere seguir adelante
Empeño que mira justo.

Pasa Don Quijote pronto
De sosegado a iracundo,
Y con la terrible lanza
Da en la cerviz al tozudo,

En auxilio del herido
Acudir pretenden muchos,
Y a otro alcanza Don Quijote
Con lanza y brazo forzudo.

Roto hubiera la cabeza
Del atrevido segundo,
De haber tenido el arriero
Huesos della menos duros.

Viendo el dueño de la Venta,
Rufián previsor y astuto,
Que aquel loco le podía
Dejar memoria por lustros,

Gentuza llamó a la gente,
Y el caballero presunto,
Quedóse así satisfecho
En la duda que mantuvo.

Que velar era bastante
Cuatro horas según los usos;
Dijo el ventero al hidalgo
Y este lo creyó a piés juntos.

Dijo más el mesonero,
Hombre por demás agudo,
Que *todo el toque de armarse*
Caballero, era el asunto

Recibir la *pescozada*
Y *espaldarazo* a lo sumo,
Y que podía en el campo
Hacerlo en pocos minutos.

Avínose Don Quijote
A obedecer sin disgusto,
Y siendo humilde al mandato
Se arrodilló como pudo.

Con el libro en que asentaba
Cebada para los mulos,
Y con un cabo de vela
Que más que luz, daba humo,

A granel los disparates
Ensartaba por minuto
El de la venta, leyendo
Libro por sucio, negruzco;

Y como a media lectura,
Alzando la mano, brusco,
Fuerte golpe dió en el cuello
De hombre tan poco sesudo;

Y en seguida con la espada
Que tenía tan a punto,
Le asestó el *espaldarazo*
A lo vivo y a lo bruto.

Una doncella de aquellas
Rientes sin disimulo,
Obediente al de la venta
Ciñó el espadón al busto.

La otra *moza del partido*
Y de modales más rudos,
Calzó al hidalgo la espuela,
Y ceremonial concluso.

Luego de sabrosa plática
Y de galante discurso
Al ventero y a las damas,
Y ofertas en lo futuro,

Subió sobre *Rocinante*
Hizo un gracioso saludo;
Y armado de caballero
Salió corriendo sin rumbo.



ROMANCE IV

DE LO QUE LE SUCEDIÓ A NUESTRO CABALLERO CUANDO SALIÓ DE LA VENTA (*)

Para ser buen caballero
Hay que tener alma grande.

E*N buen hora, la del alba*
Sería cuando contento
De lo que juzgó castillo
Salió el ilustre manchego.

Con el fresco de la brisa
A tal hora y en tal tiempo
Puso en orden sus ideas,
Aunque soñaba despierto.

Recordó del castellano
Las pláticas y consejos,
Y en razón hallaba todo
Cuanto le dijo el ventero.

En dirección a su aldea
Rocinante y pensamiento
Puso, en busca de camisas
Y otras cosas, y escudero.

Bestia de instinto el caballo
Pronto comprendió el intento,
Y tal corría que apenas
Ponía *pies en el suelo.*

(*) 1.ª parte.—Capítulo IV.

Bien así, más al oído
  De su espoleador y dueño,
  Como salidos del bosque
  Llegaron tristes lamentos.

Al oirlos el hidalgo
  Dió muchas gracias al cielo
  Que tan pronto le ponía
  Ocasión a sus deseos.

No tardó en hallar la causa
  De voces y lloriqueo:
  Atado a un arbol estaba
  Quien lloraba sin consuelo;

Muchacho de quince años
  Desnudo de medio cuerpo,
  A quien con una pretina
  Zurraba un hombre sin duelo.

Esto que vió Don Quijote
  Con voz airada de trueno
  Y preparando su lanza
  Dijo, poco más o menos:

—Escuche y hágase cargo
  El *descortés caballero*:
  Muy *mal parece tomares*
  Con quien se mira indefenso.

Subid *al vuestro caballo,*
  Tomad vuestra lanza luego,
  Y os probaré *ser cobarde*
  Todo cuanto estáis haciendo.

El labrador, que tal era
  El amo del muchachuelo,
  Dió explicaciones y excusas,
  Y llegaron a un arreglo.

Juan Haldudo a su criado
  Pagaría sin descuento,
  Las soldadas que debía
  Real sobre real, en el pueblo.

Y libre Andrés del castigo,
  Y Don Quijote ya cierto
  De que obediente y humilde
  Cumpliera Juan el acuerdo,

De allí se partió gozoso
  De arreglar aquel entuerto,
  Quedando solos el amo
  Con el criado maltrecho.

Así que vió Juan Haldudo
  Que Don Quijote iba lejos,
  Volvió a burlas de palabra,
  Y a duras veras de hecho.

Y fueron tan contundentes
  Los golpes que dió al chicuelo,
  Que marchó el tal, sin la cobra
  En busca del caballero.

* * *

SIGUIÓ en tanto su camino
  El decidido Manchego,
  Y a dos leguas de andadura
  Volvió a provocar sucesos.

Vió cerca tropel de gente
  Y hacer quiso en loco empeño,
  Algo que leyó en los libros
  De donde tomaba ejemplos.

Eran *seis* con quitasoles;
  Mercaderes de Toledo
  Que *iban por seda* hasta *Murcia*
  Por hallarla en mejor precio.

Cuatro criados llevaban
  A *caballo* junto a ellos,
  Y además iban tres mozos
  De mulas, a pié y contentos.

Afirmóse en los estribos
  Al verlos cerca el Manchego,
  Su lanza apretó y su adarga
  Llevó mañoso a su pecho,

Y poniéndose delante
  De aquel tropel de viajeros,
  Con voz fuerte y agresivo
  Dijo así, según es cuento:

Todo el mundo aquí se tenga
Y confiese claro y recio,
Ser la sin par Dulcinea
La más fermosa que vieron.

Uno de los mercaderes,
Ya que todos entendieron
Habérselas con un loco
De los muchos locos sueltos,

Zumbón; pero en tono grave
Respondió sin menosprecio,
Que así harían si la vieran
En retrato, cuando menos;

—*Y tan de su parte estamos*
Añadió, *tan en lo mesmo,*
Que aunque le faltara un ojo
Y manase del izquierdo

Bermellón y piedra azufre;
Con todo, *con todo esto,*
Por vuestra merced, que todos,
Cuanto quisiere diremos.

—No le mana, vil canalla,
Bermellón ni sucio apresto;
Ambar si acaso y *agalia*
Entre algodones advierto,

Respondió precipitado
Y enfurecido el Manchego,
Ni tuerta es ni corcovada
Y por la infamia que has hecho

En decir della esas cosas
Con tal descomedimiento,
Preparaos al castigo
Con que castigaros quiero.

Calló y en bajo su lanza,
Arremetió con denuedo
Contra el que dijo las frases
Que de tal modo le hirieron.

Fortuna fué para todos
Que diera el bruto un tropiezo,
Y armas y furor y al amo
Echase a rodar al suelo.

Siéndole imposible alzarse
No estuvo de lengua quieto,
Y—*Non fuyais*, les decía,
Que no es mío el contratiempo.

Amos, criados y mozos
De buena gana rieron,
Y un mozo de los de mulas
Tomó las cosas en serio;

Y desoyendo advertencias
Que otros y su amo le hicieron,
Furioso llegó al caido
Y a palos molió su cuerpo.

—*¡Malandrines!*, le gritaba
El apaleado soberbio,
Y sordos los mercaderes
Iban su ruta siguiendo.



ROMANCE V

DONDE SE PROSIQUE LA NARRACIÓN DE LA DESGRACIA OCURRIDA A NUESTRO CABALLERO (*)

Y ni herido y tan maltrecho
Tuvo la razón serena...

EN trance tan angustioso
Como al hidalgo pusieron,
El acudió como siempre
A su ordinario remedio;

Remedio que consistía,
Y le producía efectos,
En recordar de sus libros
Pasos o notables hechos.

A su brillante memoria
Punto por punto acudieron,
La historia de Valdovinos
Que saben mozos y viejos;

Y la del Marqués de Mantua
Cuando Carloto travieso
Le puso tan mal ferido
Que daba lástima verlo.

Línea a línea y en voz alta
El romance iba diciendo,
Cuando llegó, casualmente,
Un labrador de su pueblo.

(*) 1.ª parte.—Capítulo V.

Quién era y que mal sentía
   Le preguntaba el labriego,
   Y como si no le oyese
   El continuaba los versos.

—Señor Quijada—le dijo
   El buen hombre,—tenga seso;
   Yo no soy Marqués de Mantua,
   Y sí Pedro Alonso en seco.

Vuesa merced lo repare;
   Soy vecino, amigo vuestro...
   ¡Todo inútil! el herido
   Seguía en sus devaneos.

Persuadido Pedro Alonso
   De no hablar con hombre cuerdo,
   Con amor de caridades
   Le colocó en su jumento.

A paso de precauciones
   Como supo y pudo hacerlo
   Llegó con él, Pedro Alonso,
   A las afueras del pueblo.

No quiso con luz de tarde
   Caminar con él más dentro,
   Porque fuera esto lo mismo
   Que pagar al pregonero.

Esperó y al ser de noche,
   Porque no pudieran verlo,
   Dejó en su casa al doliente
   Poco de juicio entre huesos.

ROMANCE VI

DE LA SEGUNDA SALIDA DE NUESTRO BUEN CABALLERO DON QUIJOTE DE LA MANCHA (*)

Halla campo su locura
y por escudero un tonto.

EL cura, el barbero, el ama,
Y no lejos la sobrina,
Iban condenando al fuego
Libros de caballería.

Cuando Don Quijote a voces
Inquietando a la familia,
En un soñado torneo
Censuraba o aplaudía.

Se suspendió el escrutinio
Que tan a conciencia hacían,
Y a ver al amo acudieron,
Que según ellos, dormía.

Levantado de la cama
Y con mirada intranquila,
Hallaron al buen hidalgo
A quien dormido creían.

Siguiendo en sus desatinos
Agitado se movía
Dando sendas cuchilladas
Por abajo y por arriba.

(*) 1.ª parte.—Capítulo VII.

Le abrazaron y a la fuerza
Lo echaron del lecho encima,
Y aunque disparates dijo,
Sosegado parecía.

Aprovechando la calma
Los que tan bién le querían,
Miraron al cuarto y sitio
Lugar de la librería.

Al abandonar el lecho
Cosa que hizo a los dos días,
Preguntó por el paraje
Donde los libros ponía.

—¿Qué *aposento o nada?*, dijo
El ama bien advertida,
Ni libros ni el cuarto dellos
Queda en lo que antes había,

Se lo llevó el mesmo diablo;
—No tal, dijo la sobrina,
Un encantador que vino
En nube y noche sombría...

Ese fué quien allí entrando
Como entrando a degollina,
Dejó todo destruído
Diciéndonos que lo hacía.

Se llamaba, se llamaba...
Muñatón.—Frestón, diría,
Dijo entonces Don Quijote,
Asintiendo la chiquilla.

Tal encantador y sabio
Roído está por la envidia
Sabiendo que haré vencido
Al que quiere y patrocina.

Hubo dimes y diretes;
Pero al fin quedó creída
La patraña que inventaron
Cura, barbero y la chica.

De allí a después, y pasaron
La quincena sin mohina,
El más cuerdo de los cuerdos
Don Quijote parecía.

Pasado ésto, llegó el caso
Prueba que a curar no iba,
De ponerse de palique
En un día y otro día,

Con un labrador vecino,
Hombre de pasta buenísima,
Pero que puesto entre flores
Le fuera propio ser lila;

Y tales cosas le dijo
Y tal fué la tontería
Del oyente, que de acuerdo
Quedaron en lo que harían.

Sancho Panza era su nombre,
Y bien el nombre le iba,
Se asentó como escudero
De andante caballería.

Amo y criado, en reserva,
Prepararon la salida,
Pertrechándose de todo
Cuanto menester creían.

—Mire, señor caballero,
Sancho a su amo decía,
No dé al olvido la ínsula
Que me tiene prometida.

Los conciertos reanudaron
Y en noche de cierto día,
Salieron a la callada
Y sin hacer despedida.

ROMANCE VII

DEL BUEN SUCESO QUE EL VALEROSO DON QUIJOTE TUVO EN LA ESPANTABLE Y JAMÁS IMAGINADA AVENTURA DE LOS MOLINOS DE VIENTO (*)

Al aire dando su furia
Parte a galope tendido.

A POCO de su andadura
Abandonando su tierra,
Don Quijote y Sancho Panza
Hablaron frenando riendas:

—La ventura, Sancho amigo,
De pronto se nos presenta...
Treinta o cuarenta gigantes
Están a distancia cerca...

Con ellos haré batalla
Y quitaré su existencia,
Y es de Dios en buen servicio
Quitar simiente como esa.

—¿Qué gigantes?, Sancho Panza
Preguntó con extrañeza,
Aquellos que ves, le dijo,
Que a fé que los vé cualquiera:

Esos de brazos tan largos
Que casi tienen *dos leguas*...
—¡Por Dios! *que no son gigantes;*
Excúsote tu torpeza...

(*) 1.ª parte.—Capítulo VIII.

—Señor: molinos de viento
Y por brazos que os parezcan,
Son aspas que mueve el aire
Para que hagan la molienda.

—Bien parece, amigo Sancho,
Que no estás cursado en ellas,
El no saber de aventuras
Y el no poder comprenderlas.

Gigantes son y si el miedo
Así te ofusca y te ciega,
Yo voy a ellos, y en tanto
Que les doy batalla, rezas.

Así diciendo afanoso
A Rocinante dió espuelas,
Sin oir al escudero
Que le gritaba con fuerza.

Y siguió viendo gigantes
En lo que molinos eran,
—*Non fuyades,* les decía,
Cobardes por mi presencia;

Es un *solo caballero*
El que os mueve a contienda.
Hizo el diablo que a más aire
Más las aspas se movieran.

En viéndolo *Don Quijote*
Dijo con frase altanera;
—Pues aunque mováis más brazos
Que *Briareo* (1) tendréis pena.

E invocando en aquél trance
A su dama Dulcinea,
Pidiendo le socorriese
En tan arriesgada empresa,

Lanza en ristre y bien cubierto
Con la mohosa rodela
A galope del caballo
Arremetió con fiereza...

En el aspa del molino
Con que topó a la primera,
Al dar fuerte una lanzada
El viento dió una revuelta...

La lanza se hizo pedazos
Crugieron lienzo y madera,
Y caballo y caballero
Rodaron hasta la cuesta.

A todo correr del asno
Fué Sancho con impaciencia
Donde su amo no podía
Despegarse de la hierba.

—*¡Válame Dios!, dijo Sancho*
Ya verá quién más acierta,
Molinos y múy molinos
Con aspas de palo y tela.

—Calla, dijo Don Quijote,
Que las cosas de la guerra
A la contínua mudanza,
Más que otras están sujetas;

Y cuanto más que yo pienso
Y es así verdad completa,
Que *Frestón,* aquel mal sabio
Que mis libros escondiera,

Para *quitarme la gloria*
De fazañas y proezas,
Ha hecho que los gigantes
En molinos se volvieran.

Repuesto de lo pasado,
Y conforme a su manera,
Criado y amo siguieron
Por las regiones manchegas. (2)

---

(1) «Más brazos que los del gigante Briareo» dice la obra de Cervantes.

(2) Continúa el capítulo describiendo lo que hicieron Sancho Panza y Don Quijote andando en dirección del Puerto Lápice, la conversación de Sancho y Don Quijote, la comida que hicieron, cómo pasaron la noche, y que Don Quijote del ramo seco de un arbol arregló nueva lanza, poniéndole en él, una vez preparado el palo, el hierro de la que se rompió al acometer al primer molino.

ROMANCE VIII

EL VALIENTE MANCHEGO Y EL GALLARDO VIZCAINO (*)

¿Quién es aquel tan polido
Arrogante caballero?...

Día de luz despejada (1)
Que ahuyenta nubes del cielo;
Cuando la tarde se marcha
Y con el sol anda huyendo,

Camino del Puerto Lápice
A trote y sonar de huesos
De un caballo que se mueve
Porque hay espuelas y viento;

Altivo va Don Quijote
Seguido de su escudero;
Y van los dos platicando
Sobre lo suyo y lo ajeno.

Tal y cual es cada uno
Y uno para otro nacieron,
Y cosa difícil fuera
Saber quién tiene más seso.

Ciñóse después la plática
A las cosas de momento:
Don Quijote dió instrucciones,
Sancho Panza dió consejos.

(*) Sacado este romance de los sucesos referidos en los capítulos VIII y IX.

Aunque distintos en todo
Llegaban pronto a un acuerdo:
Era Don Quijote un alma
Y era Sancho Panza un cuerpo.

De andante caballería
Sorpresas y encantamientos,
Instruía el más leido
Al otro que fué más lerdo,

Cuando el demonio, que tiene
Tanta maldad como ingenio,
Les hizo ver entre polvo
Grupo que venía lejos.

Iban primero dos frailes,
Coche con damas en medio,
Y detrás del coche, mozos
Y dos o tres escuderos.

—Escúchame, Sancho amigo,
Dijo Don Quijote inquieto,
No habrá más grande aventura
Que la que viene al encuentro.

O yo me engaño o la suerte
Nos dará lugar a un hecho,
El más famoso de todos
De cuantos otros hicieron.

Mira bien *aquellos bultos*
Que parecen y son negros;
Son sin duda encantadores
De los que usan malos medios.

Llevan acaso en el coche
A furto y sin miramientos,
Alguna *hermosa princesa*
Que ha menester de mi esfuerzo.

—Mire señor, dijo Sancho,
Que los bultos que yo veo
Son frailes de San Benito
Y el coche no va con ellos;

Vea, señor, lo que hace
Que aunque sea yo mastuerzo,
Los gigantes no confundo
Con los molinos de viento.

—Sabes poco, amigo Sancho
Y no estás aún despierto,
En achaques de aventuras
Y reglas de caballeros;

La verdad no es lo que dices
Y sí lo que yo sostengo:
Calla y atiende y afirmo
Que lo verás al momento.

Y sin decir más palabras,
Y sin oir más consejo,
Picó al caballo marchando
Como ráfago de fuego.

Frente de los religiosos
Se halló pronto y altanero,
Según cuentan las historias
Les dijo en alto:—*Tenéos.*

Descomunal y endiablada
Gente que roba sosiegos;
Dejad las *altas princesas*
Forzadas a lo que veo:

Las que llevais en el coche
Encubridor de atropellos;
Soltadlas o aparejaos
A pronta muerte; entendedlo:

Palabras blandas conmigo
No han de servir, os lo advierto
Sois fementida canalla
Y oiros fuera mal hecho.

Esto dicho, a la carrera
Lanza baja y mal intento,
Arremetió al primer fraile
Con fuerte brío y denuedo;

Y mal lo hubiera pasado
El religioso indefenso,
Si abandonando la mula
No se arrojara en el suelo.

El otro fraile, observando
La suerte del compañero,
Puso a galope su mula
Y mucha tierra por medio.

Con Sancho entonces pasaban
  De otro modo los sucesos
  Al querer quitar los hábitos
  Al religioso maltrecho.

Y en tanto que recibía
  Golpes a diestro y siniestro
  Don Quijote, junto al coche
  Dijo a la dama de adentro:

—Ved *que vuestra fermosura*
  Puede *facer* de su cuerpo
  Cuanto *viniere en talante*
  Y a bien tuviere de hacerlo:

Este mi brazo dió cuenta
  De robadores soberbios,
  Que así cautivan mujeres
  Por fuerza y encantamiento:

Porque no andeis en la busca
  De quien rompió el cautiverio,
  Será bién daros mi nombre,
  Sin que penéis por saberlo:

Sabed, señora, que soy
  El andante caballero
  Don Quijote de la Mancha
  Que os rinde sus respetos;

De dama sin par, cautivo
  Y a su voluntad sujeto:
  Doña Dulcinea es ella
  Y es el Toboso su pueblo.

En pago del beneficio
  Que os hice, solo quiero
  Que torneis y en el Toboso
  Digais a ella lo hecho.

Puesto delante del coche,
  Sin dejar de ser tropiezo,
  Esperaba la respuesta
  El valeroso manchego;

Y salió como entre sombras
  Un vizcaino escudero
  Al servicio de las damas
  Y que había oido aquello;

Asió a Don Quijote y dijo,
Mezclando idioma y dialecto,
Que le mataba si pronto
No dejaba paso abierto.

Miróle altivo el hidalgo
Y respondió con sosiego:
—No dí a tu sandez castigo
Porque no eres caballero.

—¿Yo no caballero? ¡Mientes!,
Rugió el otro echando fuego,
Hidalgo por mar y el diablo
Y ¡mientes! decirte vuelvo.

Lo veredes dijo Agrages,
Replicó de furor lleno
Don Quijote, y enseguida
El lanzón dejó durmiendo;

Sacó la espada, y al brazo
La rodela, chisme viejo,
Arremetió al vizcaino
Con una intención de infierno:

Ni apearse de la mula
Pudo entonces el mancebo,
Y también sacó su espada
Para el ataque dispuesto;

Cogió almohada del carruaje
Para escudo de su pecho,
Y fué de ver el combate
Singular que sostuvieron.

La rigurosa contienda
Ofreció lances diversos,
Que si el uno era valiente,
El otro no lo era menos.

Una grande cuchillada
De filo y corte certero
Llegó a dar el mozalbete
En uno de los encuentros;

Con tal coraje y empuje
Un golpe dió al caballero
Que a no ser por la rodela
Ancha herida hubiere abierto.

Cuando sintió Don Quijote
La *pesadumbre* y el hierro,
Echó chispas por los ojos
Y en alta voz fué diciendo:

—*¡Oh! flor de la fermosura*
Dulcinea de mis sueños;
Socorred en este *trance*
A quien os dá el pensamiento;

Y dicho, apretó la espada,
Rodela en alto y resuelto
Quiso acabar con un tajo
Aquel enconado pleito.

A mula inquieta y rebelde
Y espada en punta, sereno
Esperaba su contrario
El feroz embestimiento.

Otro golpe y golpe fuerte
Dió el vizcaíno al manchego,
Y tal fué, que le matara
De no torcerse el acero.

Dando suelta Don Quijote
A su furor y rehecho,
Se irguió más en los estribos,
La espada oprimió de nuevo,

Y con furia de pantera
Y con salvaje ardimiento,
Reconcentrando su ira
Y de su energía dueño

Tan fuerte dió al adversario
Que pudo creerlo muerto,
Al verle nariz y boca
Echar sangre a caño suelto.

Se apeó de *Rocinante,*
Y a paso solemne y lento
Llegó a ponerle su arma
En los ojos casi ciegos:

Díjole que se rindiera
Pues de no querer hacerlo
Su cabeza segaría
Dejando huérfano el cuello.

Con lágrimas y con súplicas
Las señoras le pidieron
Que la vida respetara
De aquel su fiel escudero,

—Así haré, señoras mías
En condición y concierto,
Que del vencedor son siempre
Las condiciones de arreglo.
Y aun prosiguió Don Quijote
Una vez que dijo esto:

—Las condiciones que pongo
Son de razón y derecho;
Ha de prometerme, a juro
De leal hombre y de siervo,

Ir al Toboso aseguida
Que recobre su despejo,
Y a mi hermosa Dulcinea
Ofrendar vida y respetos.

Y las señoras, a trueque
De poner fin al tormento,
Cuanto quiso y demandaba,
Ellas por él prometieron.

El pleito acabó; el hidalgo
Puso quietud en sus nervios,
Dejó las altas princesas
Y a Sancho fué satisfecho.

Sancho admiró la fazaña
De tan gran señor, su dueño,
Y hasta olvidó las injurias
Y los golpes que a él le dieron...

Buscando más aventuras
Y otros más famosos hechos,
A paso de aire que azota
Marchó el famoso manchego.

(1) Era en el mes de Julio cuando supone Cervantes la aventura reflejada en el presente romance.

ROMANCE IX

DE LOS GRACIOSOS RAZONAMIENTOS QUE PASARON ENTRE DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA, SU ESCUDERO (*)

Razones salen a veces
De razones sin sentido.

ASÍ que vió Sancho Panza
La victoria de su amo,
Llegó a tenerle el estribo
Para subir al caballo...

Hincó en tierra la rodilla
Y asiéndole de la mano
La besó y le dijo:—Os pido
La ínsula que ha ganado.

Don Ouijote respondióle:
—Advertir, hermano Sancho
No ser aventura de ínsula,
Percance como el pasado:

Son, y bién, *encrucijadas*
En las que ganar, no es raro
Sacar la cabeza rota
O alguna oreja en pedazos.

Vendrán otras aventuras
Y estad cierto y confiado,
Que habré de daros gobierno
En más adelante acaso.

(*) 1.ª parte.—Capítulo X.

Nuevamente agradecido
  Mostróse Sancho al hidalgo
  Y una vez montado éste
  El subió sobre su asno.

Tal corría *Rocinante*
  Por asperezas y llano,
  Que a trote de su jumento
  Panza no pudo alcanzarlo.

A su señor pidió a voces
  Menos prisa y un aguardo
  Y a ruego del escudero
  Paró el señor algún rato.

A tiro de voz en calma
  Fueron así platicando:
  —Retirarnos a una Iglesia (1)
  Fuera, señor, acertado,

La Santa Hermandad pudiera
  Dar con nosotros al cabo,
  Y ha de sudarnos el opo,
  Si es que la carcel dejamos.

No tengas, amigo, pena
  Que si llegara ese caso,
  De mano de los caldeos
  Te sacaré sin trabajo;

Cuanto más de lo que dices;
  Pero, dime, séme franco:
  ¿Has visto tú caballero
  Más valiente y arriesgado?

¿Has leído en las historias
  De caballeros hidalgos
  Quién más bríos que yo tenga
  Mas aliento y fuerte brazo,

Y en el derribar más maña
  Que yo? responde, lo aguardo.
  Aunque sé que aguardo en balde
  Que me digas lo contrario.

—No leí ninguna historia
  Porque sabéis y declaro
  Que de leer no sé nada,
  Ni poner un garabato,

Más lo que osaré y apuesto
Con quien quisiera negarlo
Que a un amo más atrevido
Yo no he servido en mis años,

Y le ruego que se cure
Con hilas y ungüento blanco
Que yo traigo en las alforjas,
La oreja que está sangrando.

—De tener yo más memoria
Todo ello fuera escusado,
Haciéndome una redoma
Del bálsamo que preparo;

Ahorra tiempo y medicinas
Y una gota hace el milagro,
Y de ferida ninguna
Se muere con aplicarlo.

Si en una batalla vieres
Que por en medio me parto;
Coges lo que caiga al suelo
Y juntas bien los pedazos:

Con *sotileza* en la junta
Bien al *justo* has de *encajallo,*
Me das a beber dos gotas
Y enseguida me ves sano.

Tal oyendo Sancho Panza
A su ínsula renunciando,
Solo pidió la receta
De aquel bálsamo tan raro.

De *Fierabrás* se llamaba
Lo que deseaba tanto;
Pero solo supo el nombre
Del remedio extraordinario.

Avínose Don Quijote
A curar su oreja en tanto,
Del modo que le decía
El más fiel de los criados.

Al ver su celada rota
Juró vengar el agravio,
Sin comer pan a manteles
Y otras cosas, sin vengarlo.

Hizo Sancho con más juicio
A cuanto escuchó reparos,
Poniendo en duda la ínsula
De su afán y sus quebrantos,

Replicando el Ingenioso:
Que no te dé essos cuidado,
Volvió a decir, añadiendo
Con gran contento del zafio:

—Cuando faltare la ínsula
Tendrías como reinado
Dinamarca o *Sobradisa*
Y así saldrías ganando;

Pero esto para su tiempo
Y mira si traes algo
En *esas alforjas* grandes,
Y lo que traigas comamos.

Iremos luego en la busca
De castillo en que alojarnos,
Y en que bálsamo hacer pueda
Pues la oreja va chillando.

Mendrugos de pan y queso
Y cebolla es lo que hallaron;
A buen hambre, no hay pan duro,
Y comieron el hallazgo.

Aunque comieron deprisa
A poco más que acabaron,
Hizo la noche imposible
Que llegasen a poblado.

A *chozas de unos cabreros*
Enhorabuena llegaron
Y fué preciso amoldarse
A pernoctar junto al ato.

---

(1) Aludía con esto Sancho el derecho de Asilo que tenían las Iglesias contra los perseguidos por la Justicia.

ROMANCE X

DE LO QUE SUCEDIÓ A DON QUIJOTE CON UNOS CABREROS (*)

En las bellezas del arte
Va escondida la locura.

Cariñosos los cabreros
Con huéspedes llenos de hambre,
No es mucho que amo y criado,
A cena envite aceptasen.

Sin haberlo sido nunca
Comían como gañanes,
Y tasajos como el puño
Embaulan en instantes.

Para servirle la copa,
Que fué cuerno en aquél lance,
Junto a Don Quijote, Sancho
En pié quería quedarse:

No consintió el caballero
Acto servil semejante,
Y con razones de fuerza,
Con él le obligó a sentarse...

—Es como el amor, le dijo,
La caballería andante,
Todas las cosas lo mesmo,
Y todos somos iguales:

(*) 1.ª parte.—Capítulo XI.

Soy tu Señor y tu amo,
   Y sin repulgos de clase,
   Bebes donde yo bebiere,
   Yantas donde yo yantare.

No entendían los pastores
   Tal *jeringoza* de frases,
   Y comían y callaban
   Sin demostrar enterarse.

Acabado ya el servicio
   De los tasajos de carne,
   Sobre las mismas zaleas
   Echaron postre abundante:
   Bellotas avellanadas
   Y queso rompe molares.

Nunca estaba ocioso el cuerno
   A un lado y otro en andares,
   Como un *arcaduz* de noria
   Que fácil vacía un *zaque*.

Satisfecho de comida
   Y ansioso por expresarse,
   Halló tema en las bellotas
   Para un discurso notable.

Habló de la edad dorada,
   Poetizó los pasajes,
   De aquella paz y concordia,
   De purezas y amistades.....

—Honestidad y doncellas,
   Dijo buscando remate
   De la plática, iban solos
   Donde querían marcharse;

Sin temor así marchaban
   Porque no creia nadie
   Que ajena desenvoltura
   O lascivia moletase...

No sucede igual en estos
   Nuestros siglos detestables
   Que no hay doncella segura
   Aun pretendiendo guardarse.

Amorosa pestilencia
Las entra y pronto las hace
Dar con su *recogimiento*
Por bueno que fuere, *al traste.*

Para esto y otras cosas
Malicia y tiempo adelante
Creáronse,—yo soy uno,—
Los caballeros andantes.

Enterados los pastores
Y en afán de agasajarle,
De un zagal que a llegar iba
Le prometieron cantares;

Mozo el tal muy entendido
En escribir, muy amante,
Y de un rabel siendo músico
Y de lo más deseable.

Mientras así le decían,
Llegó en las ondas del aire
El eco del dulce canto
Formado con notas suaves.

Era el zagal de que hablaban
Que no tardó en presentarse,
Rogándole sus amigos
Que por el huesped cantase.

Antonio el tal se llamaba
Y Antonio zagal amable,
Templó su rabel y pronto
Lució sus habilidades.

Al concluir, Don Quijote
Rogóle que continuase,
Y no quiso Sancho Panza
Robar al sueño más parte.

ROMANCE XI

DE LO QUE CONTÓ UN CABRERO A LOS QUE ESTABAN CON DON QUIJOTE (*)

El amor que dá la vida
Puede también dar la muerte.

Al concluir de una cura
Que hacían a Don Quijote
Con el romero mascado,
Medicina de pastores;

Llegó un mozo *del* aldea
Y refirió a tropezones
El suceso que ocurría
En pueblo y alrededores;

Que un guapo mozo, Crisóstomo
Como en vida fué su nombre,
Estudiante en Salamanca
Y pastor luego en el Monte,

Muerto había por Marcela,
Muerto por el mal de amores,
Dejando a su amigo Ambrosio
Por encargo, entierro pobre.

En el campo, al pié de peña
Y fuente del alcornoque,
Porque allí según él dijo.
Le dió amor el primer golpe;

(*) 1.ª parte.—Capítulo XII.

Que así dijo y otras cosas
El testamento dispone,
Y los abades del pueblo
A no hacer, hallan razones.

El amigo del difunto,
Ambrosio, como valiente
Que cumplirá con su encargo
Ha dicho a todos, a voces.

Anda el pueblo alborotado
Y Ambrosio, con muchos hombres
La voluntad del difunto
Cumple, si se lo propone.

A enterrarlo van mañana
Como el testamento pone,
Y Ambrosio es mozo de arranque
Y nada tiene de zote.

Hizo pausa en su relato
El mozo, y curioso entonces
Don Quijote, con el ansia,
De saber más pormenores,

Pidió al pastor le dijera
Cuanto de públicos sones
De Marcela y de Crisóstomo
Corriera en valles y montes.

El mozo, débil al ruego
Hizo en la verdad escote,
Hasta dejar al desnudo
Raro lance de amadores.

Crisóstomo era estudiante
Rico y por hidalgo noble,
Y sin saber por qué causa,
Vino a zamarra y capote.

Era otro estudiante, Ambrosio
Con iguales aficiones,
Y así fueron a plebeyos
Los que iban para señores.

Cosa debe ser no fea
Guardar reses día y noche,
Cuando vienen a este oficio
Los tenidos por más nobles.

De un labrador hacendado
Y a buena de Dios francote,
Quedó huérfana Marcela
Con dinero y con terrones.

A cuido de un tío suyo,
Y virtuoso sacerdote,
Quiso Dios en la rapaza
Poner las gracias y dones.

La fama de su hermosura
Y la riqueza del dote,
Hizo llover memoriales
De mozos de los mejores.

El cura se defendía
Con la edad de flor al brote,
Y el no querer de la moza
Ir a cuidados mayores.

Y hete cuando no me cato
La melindrosa, que al postre
Prefiere a la buena guisa,
Guisa de apuros y trotes.

Remanece de pastora
Y va sembrando ilusiones,
Haciendo a muchos mancebos
Ser zagales soñadores:

Ni *por semejas* dió indicio
Su honestidad de reproche,
Ni nada que su *recato*
Mordieran murmuradores.

Cierto que afable y hermosa
Atrae los corazones;
Pero ella con sus desdenes
Es freno de adoradores.

Ingrata y cruel la dicen,
Y en muchas hayas y robles
Está el nombre de *Marcela*
Grabado en corteza doble.

Aquí pastor que suspira,
Allí amorosas canciones,
Endechas desesperadas
De ilusos y trovadores.

Por ser todo lo contado
Verdad que calumnia rompe,
De la muerte de Crisóstomo
Todos la causa conocen.

Y Don Quijote y algunos,
Por esperar emociones
Asistir se prometieron
A entierro de tal renombre.

ROMANCE XII

DONDE SE DA FIN AL CUENTO DE LA PASTORA MARCELA, CON OTROS SUCESOS (*)

No hay loco que callar pueda
Si arañan en su locura.

P*or los balcones de Oriente*
Descubriéndose vá el día,
Cuando a su huesped despiertan
Los pastores que le avisan.

Pregúntanle si persiste,
En ir a donde ellos iban;
Por asistir al entierro
De que le dieron noticia.

Acepta, se alza y a poco
Los pastores y él caminan,
Y Sancho que va con ellos
Vá mascando picardías.

Pronto encuentra seis pastores
Que llevan negras pellizas,
Y que adornan sus cabezas
Con guinaldas mal tejidas.

Un grueso bastón de acebo
Muestra cada uno a la vista;
Y se ven *gentiles hombres*
A espalda de los que guían.

(*) 1.ª parte.—Capítulo XIII.

Son dos y van a caballo,
Y al fin de la comitiva
Tres mozos de a pie, al servicio
De la gentileza dicha.

Unos y todos se juntan,
Se saludan y enseguida,
Conversación animada
Surge de la compañía.

Es el tema lo sabido,
La sin ventura grandísima
De pastor muerto de amores
Y entierro que allí no estilan...

Desvíanse del asunto
Y otro emprenden de más miga,
Porque los gentiles hombres
Son gente curiosa y viva.

Preguntan a Don Quijote
Entre veras y entre risas,
Por qué camina con armas
Siendo la gente tranquila.

Apenas hablar le oyen
De andante caballería,
Comprenden bien que aquel juicio
Anda en lucha y remolina.

Y *por más averiguarlo,*
En jornada entretenida,
Haciéndole observaciones
Provocan su fantasía.

Y le oyen mil disparates
Que con verdades endilga,
Resolviendo en su memoria
Cosas que leído había...

Y estando así en tales pláticas
Cesan de hablar cuando miran
Por la quiebra de montañas
Bajar pastores en fila.

Llegan a veinte, ván todos
Con luto, que significan
Pellicos de negra lana
Bien aseada y retorcida.

Entre seis dellos conducen
Unas andas, escondidas
A fuerza de hojas y ramos
Y flor de clases distintas,

Es el cuerpo de Crisóstomo
El que conducen asina,
Y al pié de aquellas montañas
Hacen para él una sima.

Junto al cuerpo y entre flores
Traen papeles de su vida
Documentos y ayes tristes,
Esperanzas y alegrías. (1)

Todo ha de abrasarse al fuego
Si es su voluntad cumplida;
El gentil hombre Vivaldo
Libró alguna poesía.

Es *Canción desesperada*
La casi a fuerza cojida,
Y con la venia de Ambrosio
Quisieron todos oirla.

---

(1) Imposible seguir en un romance sujeto a las reglas del verso, las bellezas de frase y estilo del capítulo a que se refiere y no está bien resistir el deseo de copiar y copio lo que Ambrosio dice que fué su amigo Crisóstomo: «Ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estáis mirando, fué depositario de un alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es el cuerpo de Crisóstomo que fué único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presunción, alegre sin bajeza; y finalmente primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fué ser desdichado. Quiso bién, fué aborrecido; adoró, fué desdeñado; rogó a una fiera, importunó a un mármol; corrió tras el viento, dió voces a la soledad, sirvió a la ingratitud, de quien alcanzó por premio ser despojo de la muerte en la mitad de la carrera de la vida».

ROMANCE XIII

DONDE SE PONEN LOS VERSOS DESESPERADOS DEL DIFUNTO PASTOR, CON OTROS NO ESPERADOS SUCESOS (*)

Tiene también ser hermosa
No pocos inconvenientes.....

A la *canción de Crisóstomo*
Atenta estuvo la gente:
Salían de aquellos versos
Sangre, lágrimas y hieles.

Injustos son los amores
Que sin esperanza mueren,
Por eso de aquellas letras
Marcela en su honor padece.

Ambrosio es noble y la duda
Que pudo haber borrar quiere,
Explicando las palabras
De amor celoso y ausente;

Y añade al fin de razones
Que bien oídas convencen,
Lo que sigue y aquí copio
De modo que le parece:

«*De la bondad de Marcela*
A nadie duda le quede:
Fuera de ser, según creo,
Lo mismo que otras mujeres;

(*) 1.ª parte.—Capítulo XIV.

Cruel y un poco arrogante
Sin mirar si así conviene,
Y un mucho de desdeñosa
Con quien amores la ofrece.

Por más que al enamorado
Ofuscaran los desdenes,
La mesma envidia contra ella
Faltas anotar no puede.»

* * *

Hecha ya la ceremonia
Y quemados los papeles,
Por encima de la peña
La pastora se aparece.

Ambrosio, al verla, indignado
Dice y contra ella se vuelve:
—*¿A qué ¡fiero basilisco*
Destas montañas! pareces?

¿A ver si de las heridas
La sangre de nuevo vierte?
¿A ufanarte de tu hazaña?
Dinos pronto a lo que vienes.

—Vengo a *volver por mí misma,*
No a lo que tu decir quieres,
Respondió en calma Marcela
Admirando a sus oyentes,

Quiso *el cielo hacerme hermosa*
Según vuestros pareceres,
Y a que me améis, mi hermosura
Es sin duda lo que os mueve.

Todo lo hermoso es amable
Y si es tal y así lo entiendes,
Por razón de ser amado
No alcanzó que amarse debe.

Bien acontecer podría
Que el amador feo fuese,
Y quiérote por hermosa
Y *aunque feo,* has de quererme,

Podría necio decirme;
Pero aunque no lo dijese
Y fueran dos hermosuras
La mujer y el que pretende,

No por hermanar bellezas
Hermanar deseos deben,
Ni todas las hermosuras
Rinden voluntad y vencen;

Que si todas las que fueran
Dieran amor y *rindiesen,*
De *voluntades confusas*
Sería un andar frecuente.

Si como Dios me hizo hermosa
No cual soy, fea me hiciere:
¿Fuera justo me quejara
Porque amar no me quisieren?

Sin pedilla, ni escogella
El cielo me dió por bienes
La hermosura que pregonan
Que no es tal, según la creen.

Si es assí; como la víbora
Ser culpada no merece
Porque *mata la ponzoña*
Que formada en ella tiene;

Tampoco yó reprendida
Debo ser si por mí mueren,
Porque la naturaleza
Hizo que yó así naciere.

En la mujer la hermosura,
Fuego es apartado y fuerte,
O bien espada de punta
Que si a ella no van, no hiere

Soy ese fueso apartado,
Soy esa espada de muerte:
Si enamoré con la vista,
Desengañé al pretenderme...

Estas y otras cosas dijo
A la sazón pertinentes,
Y por el monte cerrado
Entró y marchó velozmente.

Algunos de los heridos
Al rayo de ojos ardientes,
Tras ella marchar quisieron
Con amor impertinente.

Visto así por Don Quijote,
Como convenirle viere
De usar de caballería
Defendiendo doncelleces;
En el puño de su espada
Puesta la mano impaciente.

—*Ninguna persona,* dijo,
Por condición que tuviere
Se atreva tras de Marcela
A seguir por donde fuese.

Ella ha mostrado con claras
Y razones suficientes,
Su poca o ninguna culpa
De Crisóstomo en la muerte.

Fuera por las amenazas;
O que Ambrosio les dijese
Que la obra del entierro
Sin dilación concluyesen,

Los pastores continuaron
En su sitio sin moverse,
Y de allí partió el manchego
Tras Marcela y sonriente.

ROMANCE XIV

DONDE SE CUENTA LA DESGRACIADA AVENTURA QUE SE TOPÓ D. QUIJOTE EN TOPAR CON UNOS DESALMADOS YANGÜESES (*)

Antiguo es que al ir por lana
Quede alguno trasquilado.

Así que se despidieron,
Según *Cide Hamete* cuenta,
(Y este *Cide Hamete* huele
A Cervantes, y a tres leguas,)

Don Quijote y Sancho Panza
Marchando en pos de Marcela,
Penetraron por el bosque
En que había entrado ella.

No la encontraron: el sitio
Y la hora eran de siesta,
Y acomodarse acordaron
A la sombra y sobre hierba.

Rocinante y el jumento
Quedaron libres sin sueltas (1)
Sin pensar que aquel caballo,
Ansia de amores tuviera.

El amo y el escudero
Mano a mano y en sosiega,
Dieron saco a las alforjas
Comiendo lo hallado en ellas.

(*) 1.ª parte.—Capítulo XV.

Y el caso fué, que no lejos
Pacían en la pradera,
De unos arrieros yangüeses (2)
Una manada de yeguas.

Esto que olió *Rocinante*
Saludar quiso a las hembras,
Y *a trotillo picadillo*
Se fué sin pedir licencia.

Más las hacas galicianas,
Sin crianza y desatentas,
Con los dientes y herraduras
Recibieron la fineza.

Rocinante parecía
No entender las indirectas;
El caricias, ellas coces,
El *rijoso,* ellas honestas,

A tal llegó no entenderse
Y a tal extremo la gresca,
Que acudieron los arrieros
De la yeguada en defensa.

Cogieron gruesas estacas
Contra el bestia amando bestias,
Y tantos palos le dieron
Que le tumbaron en tierra.

Jadeando, de mal modo
Y con marcada impaciencia,
Don Quijote y Sancho Panza
Fueron donde la contienda.

—*No son caballeros,* dijo
Don Quijote al estar cerca,
A lo que veo son *gente*
Soez, de baja ralea,

Y dígolo, amigo Sancho,
Porque así está bien que pueda
En la debida venganza
Que debo tomar a fuerza.

—Pero, señor ¿qué venganza,
Respondió Sancho con flema,
Si son estos más de veinte
Y dos nosotros si es cuenta?

—*Pero yo valgo por ciento,*
Don Quijote dijo: observa,
Y *sin hacer más discursos*
Arremetió con presteza
A los yangüeses aquellos
Atacados por sorpresa.

Por el ejemplo incitado
Sancho acudió a la pelea,
A tiempo que Don Quijote
Dió una cuchillada buena.

Mirándose superiores,
Y al fin en número lo eran,
Con estacas, los yangüeses,
Empezaron la respuesta.

Y fué la lluvia de palos
Tan cuajada y tan intensa,
Que hizo que Sancho y su dueño
Pronto con el suelo dieran.

En viéndolos derribados
Y maltrechos, con presteza
De allí huyeron los yangüeses
Que conducían la recua.

El primero en *resentirse*
Dándole a entender sus quejas,
Fué Sancho, que a Don Quijote
Le dijo con voz *enferma:*

Quería, de ser posible
Que vuestra merced me diera
Dos tragos de *Feo Blas*
Para las feridas estas...

—De tener la medicina,
Respondió no sin tristeza
Don Quijote, ¿qué faltaba
Para la salud completa?

Como caballero andante
Vá mi juramento en prenda,
Que antes que pasen dos días
A mi mano he de tenerla.

Entre suspiros y ayes,
Comparanzas y promesas,
Sin levantarse del suelo
Siguieron rato sus penas.

Y *si esta nuestra desgracia*,
Replicaba Sancho, fuera
De las que *curan dos bizmas*,
Del mal en menos; más vea;

Vea señor, que voy viendo,
Téngase o no por afrenta,
Que *ni todos los emplastos*
De un hospital, nos remedia.

—*No repliques, Panza amigo*,
Dijo el amo, y como puedas
Levántate y me levantas
Y en el jumento me llevas.

Hiciéronlo así, y no es cosa,
De ver con qué peripecias,
Y atravesado en el rucio
Fué Don Quijote una legua.

Suerte fué que al fin hallaron
Una posada modesta;
Para el hidalgo, castillo;
Para Sancho Panza, venta.

---

(1) Atadero que se pone a las caballerías para que no vayan lejos del sitio en que se las deja pastando.

(2) Son yangüeses los de una región de la Rioja, no muy distante de Santo Domingo de la Calzada.

ROMANCE XV

DE LO QUE SUCEDIÓ AL INGENIOSO HIDALGO EN LA VENTA QUE ÉL IMAGINABA SER CASTILLO (*)

La causa son las mujeres
De las riñas de los hombres...

Es de gracia y es notable
Aventura tan famosa;
Pero hay que pasar por alto
Por la moral muchas cosas.

Y habrán de cambiar palabras
Con ofensas de las propias,
Y quien quisiere leerlas
Vaya derecho a la obra.

* * *

Del mesón era la dueña
Caritativa persona,
Y ella, el ventero y su hija,
Y la criada, una moza

Asturiana, ancha de cara,
Sin un ojo, naríz roma,
Algo llana de cogote,
Y algo, también de jibosa;

(*) 1.ª parte.—Capítulo XVI

Todas tras con Don Quijote,
  Haciendo una buena obra
  Le curaron y bizmaron
  Por tener misericordia.

Dijo Sancho ser caída
  Causa de aquella derrota,
  Ocultando con embustes
  Vergüenza que pintan roja,

Estando él también herido
  Por la impresión dolorosa:
  Maritornes, la criada,
  A Sancho curó ella sola;

Y una vez los dos bizmados
  Por gente tan cariñosa,
  Fué cosa de hacer las camas
  Con más ingenio que ropa.

En cuatro mal lisas tablas
  Y dos bancos con carcoma,
  Colchón lleno de bodoques
  Y lana que se apelota,

Sábanas cuero de adarga
  Y por muchas parte rotas,
  Y una *frazada* en que puede
  Contarse la hilaza toda.

Así como ser podía,
  En camaranchón de alcoba,
  Pusieron a Don Quijote
  A dormir y soñar glorias.

A su vera Sancho Panza
  En el suelo hecho una rosca,
  Y algo más allá un arriero,
  Caballo de buena boca.

Y digo así, porque siendo
  Maritornes tan *hermosa*,
  Anduvo con ella en tratos
  Según crónicas anotan.

Hecho el silencio en la venta,
  Don Quijote a su memoria
  Dejó asomar los percances
  De sus leídas historias;

Creyendo estar en castillo
  Miró una dama amorosa
  Prendada de su talante
  Y fazañas portentosas,

En tanto la Maritornes
  Como de rubor, de ropa
  Ligera, a menudo paso,
  Paso de intención dañosa,

Entró buscando al arriero
  Por lo que fuera, y no importa;
  Y al mirarla Don Quijote
  Entre sus brazos cogióla.

Ni el aliento que sin duda
  Era de fiambre y cebolla,
  Ni los detalles de tacto
  Que la realidad pregonan,

Nada convenció al hidalgo
  Que con mente soñadora,
  Siguió viendo en Maritornes
  La belleza que impresiona.

—*Quisiera hallarme*, la dijo
  Fermosa y alta señora,
  En términos que pudiera
  Pagar merced tan grandiosa;

Pero en el lecho en que *yago*
  Y molido como ahora,
  Mi voluntad, si quisiera,
  A la vuestra no acomoda.

Y es imposible, más grande
  Que a vuestro afán corresponda,
  La fé que ya tengo dada
  A Dulcinea mi diosa.

El *buen arriero* en alerta
  Por ideas pecadoras,
  Y que a su *coima* sentía
  Bregar en prisión forzosa,

Ciego, celoso, iracundo
  En Don Quijote desborda,
  Y de una puñada le hizo
  Echar sangre por la boca.

Y no contento con esto
Sin palabras, a la sorda,
Subió sobre sus costillas
Pasando a trotes por todas.

Se desunieron las tablas,
Y al suelo el lecho y las ropas
Con estruendo que al ventero
Llevó el aviso y zozobra.

La moza que siente al amo,
Y era para él temerosa,
Se cobijó en Sancho Panza
Que seguía en su modorra.

Viendo Sancho al despertarse
Sobre sí como una bola,
Empezó a dar de puñadas
Por una parte y por otra.

Muchas puñadas de aquellas
Dadas a tontas y a locas,
Cayeron en Maritornes
Que dió el *retorno* a la soba:

El ventero y el arriero
Con fin distinto en las cosas
Fueron donde Sancho Panza
Andaba haciendo maniobras.

Y entre unos y otros a un tiempo,
En confusa trapisonda
Juegan los pies y las manos
De modo que no reposan (1)

Alojábase al entonces
En venta de tal historia,
Porque no había otra cosa
Tres leguas a la redonda,

Un cuadrillero que lo era
Según él, a mucha honra,
De la Vieja Hermandad Santa
Que de Toledo la nombran;

Y escuchando el cuadrillero,
Hombre de justicia y ronda,
El bullicio que movían
Unos y otros, de tal monta,

Asió de su media vara
Y título, y con voz ronca,
—Ténganse, dijo, y a obscuras
Entró pisando personas.

A Don Quijote primero
Tocó con mano nerviosa;
Pero *al ver que no bullía*
Lleno el hombre de zozobras:

—*Han muerto a un hombre,* gritaba,
Cierren las puertas ahora
Y que no se vaya nadie,
La Santa Hermandad pregona.



---

(1) Imposible resistir el deseo de copiar este momento tan bellamente descrito por Cervantes, dice así: «Viendo, pues, el arriero a la luz del candil del ventero, cual andaba su dama, dejando a Don Quijote, acudió a dalle el socorro necesario; lo mismo hizo el ventero, pero con intención diferente, porque fué a castigar a la moza, creyendo, sin duda, que ella sola era la causa de aquella armonía. Y assí como suele decirse, el gato al rato, el rato a la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él, el ventero a la moza, y todos menudeaban con tanta priesa que no se daban punto de reposo; y fué lo bueno que al ventero se le apagó el candil, y como quedaron a obscuras dábanse tan sin compasión todos a bulto, que a donde quiera que ponían la mano no dejaban cosa sana.»

ROMANCE XVI

DONDE SE PROSIGUEN LOS INMEMORABLES TRABAJOS QUE EL BRAVO DON QUIJOTE Y SU BUEN ESCUDERO SANCHO PANZA PASARON EN LA VENTA QUE, POR SU MAL, PENSÓ, QUE ERA CASTILLO (*)

No es verdad que algunos locos
Sean por la pena cuerdos...

I

Vuelto en sí de la paliza
Y el juicio más en sosiego,
—*Sancho amigo, ¿duermes Sancho?*
Decíale a su escudero,

—*Pesia a mi ¿cómo dormirme?*,
Dijo Sancho con despecho:
Todos los diablos sin duda
Han pasado por mi cuerpo.

—Bien así creerlo puedes
Que o yó sé poco de esto,
O es *un castillo encantado*
Este donde ahora nos vemos.

Hasme de jurar, buen Sancho,
Que lo tendrás en secreto
Hasta después de mi muerte
Lo que a más decirte quiero.

(*) 1.ª parte.—Capítulo XVII.

Juró Sancho por dos veces
Y su amo le dijo luego,
Que la castellana, hija
Del señor de todo aquello,

La más apuesta fermosa
Doncella que siglos vieron,
Prendada de su talante
Le fué a buscar a su lecho.

Y aún añadió, ponderando
Como sus ojos la vieron,
Gracias de la Maritornes
Que oyó Sancho boquiabierto.

—*¿Qué decir de su persona?*
¿Del gallardo entendimiento?
¿Qué de otras cosas ocultas
De las que guardo silencio?

Sancho, mi amigo, así estaba
Y explicarlo bién no puedo,
Cuando apareció *una mano*
Pegada a un brazo de hierro:

Asestóme una puñada,
Y me hizo tal molimiento
Que peor que ayer, estoy
Con ser tantos los arrieros.

Refirió Sancho lo suyo
Con tonillos de lamentos,
Y mientras así parlaban
Volvió a entrar el cuadrillero.

¿Cómo va, buen hombre?, dijo,
Junto al ilustre manchego.
Hablará más bien criado,
De ser vos y en lugar vuestro:

¿Es que se usa en esta tierra,
O es costumbre de sabuesos,
A caballeros andantes
Tratar así, majadero?

Tal le dijo Don Quijote,
Y el de la Hermandad, soberbio
Alzó el candil, y con fuerza
Dió con él al caballero.

A obscuras quedóse todo
  Y el esbirro salió luego,
  Quedando Panza y su amo
  Comentando aquel suceso.

II

Porque así se lo mandaban,
  Con harto dolor de huesos
  Se levantó como pudo
  El quebrantado escudero.

Y siguiendo lo mandado
  Fué casi a ciegas y tientos,
  Al lugar en que se hallaba
  El complaciente ventero.

Pidióle cuanto su amo
  Encargó de pedimento;
  Una vasija y aceite
  Y vino, sal y romero;

Y con estos ingredientes
  Hizo el hidalgo un compuesto,
  Mezclando al confeccionarlo
  Pater Noster, Salve y Credos.

De Fierabrás hecho el bálsamo
  En él probó sus efectos:
  Imaginarse no puede
  Vomitivo más completo.

Echó, sudó, sosegado
  Durmió con tranquilo sueño,
  Y ya por sano se tuvo
  Porque se *alivió* su cuerpo.

Igual creyó Sancho Panza
  Y con ansia de beberlo,
  De lo que había en la olla
  Bebió con algún exceso.

Más premioso que su amo
  Estuvo bascas sufriendo,
  Y tal se puso de malo
  Que ya le daban por muerto.

Maldijo de quien le diera
  Aquel brevaje funesto,
  Y al verlo así Don Quijote
  Trató de calmar sus nervios.

—Creo, dijo amigo Sancho,
  Y así está bien en creerlo,
  Que todo este mal te viene
  De que no eres caballero.

Este licor es sin duda
  Y así *para mí lo tengo*,
  Para caballeros solo
  En los que ha de hacer provecho.

—Pues si es que, replicó Panza,
  Vuestra merced sabía esso,
  ¡Mal haya mi parentela!
  ¿Por qué consintió tal hierro?

La *mala andanza y borrasca*
  Duró dos horas lo menos,
  Y aunque limpio, quedó Sancho
  Quebrantado y sin aliento.

Don Quijote al verse sano
  No contuvo su *deseo*
  De buscar las aventuras
  Que soñaba su cerebro.

Aparejó a *Rocinante*
  Y hasta enalbardó al jumento,
  Asió su lanzón y pronto
  A salir quedó dispuesto.

Algo tardó Sancho Panza
  En montar y erguirse tieso;
  Y en la puerta el uno y otro
  Llamaron al Posadero.

Dióle gracias Don Quijote
  Haciéndole ofrecimientos,
  Y práctico, el de la venta
  Pidió la paga en dinero.

De que aquello era posada
  Cayó por fin el manchego;
  Y en cuanto a la paga, dijo,
  Con tono suave y correcto:

—Podéis perdonar el pago
Pues porque ya la profeso,
De caballeros andantes
La orden variar no puedo.

Inútil fué que insistiera
El de la venta en su empeño,
Pues marchando a trote largo
Don Quijote finó el pleito.

III

Al ver al hidalgo en marcha
El patrón, fué al escudero
Y le reclamó la cuenta
Como hizo con su amo y dueño.

Replicando Sancho Panza,
Dijo en sustancia y escueto,
Que antes perdiera la vida
Que dar *un cornado* bueno.

No cambiaría la usanza
Que siguen los caballeros,
Que los escuderos fueran
Contra costumbre o derecho;

Más quiso la mala suerte
De Sancho que allí le oyeron
Cuatro perailes, que dicen
De *Segovia,* en Madrid viejo;

Tres agujeros del potro
De Córdoba, y del buen genio,
Y dos vecinos de la heria
De Sevilla, y ya de acuerdo,

Los nueve fueron a Sancho,
Y con poco miramiento,
Le apearon de su rucio
Y lo pensado, le hicieron.

Y fué coger una manta
Echar a Sancho en el centro,
Y entre alegres carcajadas
Echarlo al aire y cogerlo:

Y lo hicieron muchas veces
   Sin dar remate a su juego
   Ni suspiros ni amenazas,
   Imprecaciones, ni ruegos.

A oídos de Don Quijote
   Que ya de allí estaba lejos,
   Llegaron entremezclados
   Las risas y los denuestos.

Pensó de nueva aventura
   Avecinarse al encuentro,
   Más no tardó a ver su engaño
   Mirando a Sancho en aprieto.

La venta estaba cerrada
   Y el hidalgo dió un rodeo,
   Y antes que al corral llegase
   Vió lo que andaban haciendo;

Probó subir a las bardas,
   Y sin conseguir hacerlo,
   Dijo frases y baldones
   A todos los del manteo.

Solo cuando se cansaron
   Cesaron en los tormentos;
   Pero decír pudo Sancho
   Que no pagó el gasto hecho.

ROMANCE XVII

DONDE SE CUENTAN LAS RAZONES QUE PASÓ SANCHO PANZA CON SU SEÑOR DON QUIJOTE, CON OTRAS AVENTURAS DIGNAS DE SER CONTADAS (*)

No hay quien haga ver a un loco
La verdad que hay en las cosas.

A la vera de su amo
Llegó Sancho tan marchito,
Que daba pena de verlo,
Y pena le dió a sí mismo.

Hicieron conversaciones
De todo lo sucedido,
Y no dejó Don Quijote
De insistir en sus delirios.

Era todo encantamiento
Y era la venta castillo,
Ensartando disparates
De su pertubado juicio.

Así fueron un buen trecho
Sin salir de real camino,
Don Quijote alborotado,
Sancho Panza reflexivo.

(*) 1.ª parte.—Capítulo XVIII.

¿Por qué *andar de ceca en meca,*
De *zoca en colodra?* dijo,
A nuestro lugar volvamos
Mejor que hacer desatinos.

No valieron las razones
Y hasta quedó convencido
Sancho Panza, porque un loco
Hace a otros igual perjuicio.

Y andando y hablando vieron
Nubes de polvo espesísimo,
Que se antojó a Don Quijote
Ser de soldados temidos.

Puesta en erupción su mente
Abrió el crater de sus libros
Y ni concebir se puede,
Lo que inventó en lo no visto.

Eran dos los que llegaban
Ejércitos aguerridos:
Y Sancho llegó a creerlo
Por la fé con que fué dicho.

De *Alifanfarón* el uno,
De *Trapobana* rey único,
De *Pentapolin* el otro
Rey, de *Garamantas* hijo.

Describió los caballeros
Del uno y del otro sitio,
Los escudos y las armas
Y los lugares distintos;

La causa de la querella
Entre uno y otro partido:
Y todo Sancho escuchaba
Como fé de Jesucristo.

Colgado de sus palabras
Estuvo como aturdido;
Más al fin rompió el silencio
Y expuso dudas con tino.

Eran carneros y ovejas
Lo que veía, y validos
Y no de trompas de guerra
Lo que observaba hacer ruido.

—Es el miedo, contestóle
Don Quijote, Sancho amigo,
Miedo que hace ver las cosas
Como en sí no son de fijo.

En la suya Don Quijote
Y sin dar a Panza oídos,
Arremetió lanza en ristre
A los rebaños tranquilos.

Gritáronle los pastores;
Pero fué tiempo perdido,
Y al fin mandaron en hondas
Dos peladillas de río.

Dos costillas, una piedra
Le sepultó y mal herido,
Fué la segunda pedrada
A dar en él como un tiro.

Creyó al verse tan maltrecho
Estar más muerto que vivo,
Y al bálsamo de su alcuza
Fué fiado y decidido.

Pedazos le hizo otra almendra
Alcuza del bebedizo
Y se apeó del caballo,
Cuando apearse no quiso.

Pastores y ganaderos
Creyeron un homicidio,
Y a paso más que de prisa
Huyeron de aquellos sitios.

Solos Don Quijote y Sancho
Al huir sus enemigos,
Puso el hidalgo su boca
Para un examen prolijo.

En ella metió sus ojos
El escudero sumiso,
Al punto que hacía el bálsamo
El efecto apetecido...

No hay que decir como Sancho
Quedó con aquél rocío,
Más al ver que no era sangre
Se manifestó tranquilo.

De la pedrada saltaron
  Muelas y dientes partidos,
  Y no escaseó Don Quijote
  Palabras para sentirlo.

Al fin con Sancho por guía
  Y algo en el andar remiso,
  Camino adelante fueron
  A voluntad del borrico.



ROMANCE XVIII

DE LAS DISCRETAS RAZONES QUE SANCHO PASABA CON SU AMO Y DE LA AVENTURA QUE LE SUCEDIÓ CON UN CUERPO MUERTO, CON OTROS ACONTECIMIENTOS FAMOSOS (*)

Y apenas sale de una
Cuando estan entrando en otra...

Camino real adelante
Y en noche un tanto cerrada,
A buena de Dios, sin rumbo
Iban Don Quijote y Panza.

La falta de las alforjas
Uno y otro lamentaban,
Sin despensa y matolaje
Y un hambre que les mataba.

El hambre hace ver visiones
Y si ya las hay, se agrandan,
Y ello fué que frente a ellos
Vieron estrellas que andaban.

Era multitud de lumbres
Que aire manso no apagaba;
Quedó suspenso el hidalgo,
Pasmóse Sancho al mirarlas.

Uno paró a su rocino,
El otro al asno paraba
Y uno franco, otro embustero
Temblaron viendo fantasmas.

(*) 1.ª parte.—Capítulo XIX.

Decía el amo:—Sin duda
Es aventura extremada,
Grandísima, peligrosa,
Que fuerza y valor reclama.

Que tengas Sancho, buen ánimo
Pues si la experiencia basta,
Sabes bien *el que yo tengo,*
Para tí verdad probada.

Quietos y puestos a un lado
Con impaciencia observaban
Qué podía ser aquéllo
Para ellos cosa extraña.

De allí a poco descubrieron
Encamisados con hachas
Encendidas y a caballo
Y murmurando en voz baja.

Remató de todo punto
El valor de Sancho Panza
Que daba diente con diente,
Como en fiebre de cuartana.

En la mente de Quijote
A lo vivo reflejaban
Impresiones de los libros,
Origen de su desgracia.

Figurósele al manchego
Que la litera eran andas
Y que muerto a mal ferido,
Un caballero llevaban.

Púsose bien en la silla,
Y erguido y con voces altas,
Que todos se detuviesen
Ordenó a los que llegaban;

Que dijesen quiénes eran,
De dónde y a qué su marcha,
Y más datos enojosos
Pedidos a gente honrada.

Entre los que resistían
Y el hidalgo que apretaba,
Una mula asombradiza
Precipitó la batalla.

Tiró a su dueño la mula
  Que le apeó por las ancas,
  Por ello un mozo al manchego
  Denuestó de mala traza;

Y Don Quijote colérico
  Arremetió con su lanza,
  Y aquellos encamisados
  Huían ante la carga.

A los que al suelo caían
  Bien a su gusto apaleaba,
  Y habérselas con el diablo
  Los maltratados pensaban.

* * *

Se puso en claro el misterio
  Que el hidalgo alborotara;
  Aquellos *encamisados*
  Curas eran llevando hachas.

Hachas de cera encendida,
  Y en la litera enlutada
  Huesos de un muerto en Baeza
  Que a Segovia trasladaban.

Lo blanco, sobrepellices
  La murmuración, plegarias,
  Canto de curas al muerto
  Y que los vivos les pagan.

Satisfecho Don Quijote
  Dió voces a Sancho Panza
  Y Sancho se hacía el sordo,
  En desvalijo de viandas.

Su gabán, costal haciendo
  Le sirvió para la saca,
  Y el fruto de su rapiña
  Fué para su asno carga.

A un bachiller rezagado
  O el que así se titulaba,
  El buen hidalgo le dijo
  Que tras los otros marchara.

Sancho que sacarle pudo
Bajo la mula en que estaba,
Dijole que su amo era
Don Quijote de la Mancha:

El de la *Triste figura*
Según otros le llamaban,
Al andante caballero
De más valor y pujanza.

* * *

A solas Panza y su amo
Este pidió razón clara
De aquel nuevo apelativo
Que Sancho le adjudicaba.

—*Es que lo estuve mirando*
A la luz de aquella hacha,
Y vuestra merced resulta
Ser la figura más mala.

Así con ruda franqueza
Sin que al señor molestara,
La razón que le pedían
Dió Sancho en pocas palabras,

—No es *esso,* dijo el hidalgo
Aunque a tí no se te alcanza,
Te lo ha sugerido el sabio
Que ha de escribir mis fazañas.

Con este asunto por tema
Hablaron según andaban,
Y al fin llegaron a un valle
Que a descanso convidaba.

Se apearon y en la hierba
Hicieron asiento y cama,
Aplicando contra el hambre
Las fiambreras robadas.

No fué completo el banquete,
Que la sed les inquietaba,
Y con ser tan apremiante
No tenían vino ni agua.

ROMANCE XIX

DE LA JAMÁS VISTA NI OIDA AVENTURA QUE CON MÁS PELIGRO FUÉ ACABADA DE FAMOSO CABALLERO, COMO LA QUE ACABÓ EL VALEROSO DON QUIJOTE DE LA MANCHA (*)

«Érase que se era, el bien que viniere para todos sea, el mal para quien lo lo fuere a buscar...» (1)

En noche obscura y por campo
Bien cubierto de arboleda
Van el amo y su escudero
Caminando casi a ciegas.

Terrible sed los impulsa,
Cuando a sus oídos llegan
Ecos como de torrente,
Brisas como de agua fresca.

Alégrales aquel ruído,
Que pronto les causa pena
Porque a compás se oyen golpes,
Crujir de hierro y cadenas.

Noche así bajo altos árboles
Que hacen la noche más negra,
Pondría pánico en otro
Que Don Quijote no fuera.

(*) 1.ª parte.—Capítulo XX.

A más el viento no duerme
Y pronto el día no llega,
Y ellos no saben el sitio
Por donde marchan a tientas;

Y a pesar de todo ello
Soñando aventuras nuevas,
Son los consejos de Sancho
Para el señor, frases huecas.

Ordena que a *Rocinante*
Ponga las cinchas más prietas,
—Y queda con Dios, le dice,
A quien disuadirle intenta:

Espérame hasta tres días
Si en ellos no estoy de vuelta,
Amigo Sancho, puedes
Tú volverte a nuestra aldea.

Lágrimas, consejos, ruegos...
No encontró Sancho manera
De hacer entrar en razones
A quien discurre sin ella.

Esto viendo Sancho Panza
En juego puso agudezas,
Y en vez de apretar las cinchas,
Quiso no apretar con fuerza.

Con el cabestro de su asno
Y maña y sin que lo vieran,
Ató al caballo las patas
Para que andar no pudiera

Convencido Don Quijote,
Después de hacer varias pruebas,
Y creyendo ser aviso
Para su arriesgada empresa.

Se avino a esperar despierto
Sin apearse siquiera,
—A *que ría el alba*, dijo
Aunque yo llore hasta verla.

Cada vez más asustado,
Sancho a su señor se pega,
Abrazado al muslo izquierdo
Ya que su amo lo tolera.

Demándale Don Quijote
  Cuento de que hizo promesa,
  Para entretener las horas
  Que habían de estar en vela.

—Vuestra merced esté atento
  Y voy: *Erase que era...*
  Así empezó Sancho Panza
  Antiguo cuento o conseja,

Que Lope Ruiz se llamaba
  El pastor de su leyenda,
  Y Torralba la Pastora,
  Su causa de amor y quejas;

Que antes ella no quería,
  Y que luego quiso, cuentan,
  Y la que antes él quería,
  Ya no quería ni verla;

Que iba tras él la pastora
  Y él huía su presencia,
  Y que huía con sus cabras,
  Siendo las cabras trescientas;

Que llegó al río Guadiana
  Y la Torralba iba cerca,
  Y estaba el río salido
  De madre y de parentela;

Que ni barcaza ni barco
  Ni cómo pasar pudiera
  Hallaba Lope, y al cabo
  Encontró una barquichuela;

Que contrató aquel barquito
  Con la condición que fuera
  Pasando cabra por cabra,
  Una a una y todas ellas.

Vuestra merced, bien ahora,
  Añadió Sancho con flema,
  Vaya contando las cabras
  Y llevando el cuento en regla:

El pescador y una cabra...
  Y vá una; dá la vuelta
  Y pasa otra cabra, y luego
  Otra cabra; era la tierra

De la otra orilla, con cieno,
Con fango, resbaladera;
Con todo, pasó otra cabra
Y otra luego el barco lleva.

—Bueno, dijo Don Quijote,
No repitas y así abrevias,
Haz cuenta que pasan todas
Sin tantos viajes y vueltas.

—Vuestra merced me conteste:
¿Cuántas van de las trescientas?
—¿Yo qué diablos sé? el hidalgo
Respondió con impaciencia:

—*He ahí lo que yo dije*
Que bien contándolas fuera,
—¿Cómo?, dijo Don Quijote,
¿En la historia es tan de esencia?

¿Tanto es preciso fijarse
Que si en números se yerra
No puede seguir la historia?
—Que no señor, no hay manera.

Y la historia es acabada
Como mi madre y mi abuela,
Añadió Sancho, y su amo
Mostró en ello indiferencia.

Al acabarse la historia
Volvió el hidalgo a su idea,
En conseguir del caballo
Que moviese y anduviera,

Quiso su mala fortuna
O el diablo que no sosiega,
La crianza y el aguante
De Sancho poner a prueba.

O el frío de la mañana
Que asomábase risueña,
O qué cosas lenitivas
Tomó tal vez en la cena;

O bien natural impulso
Dada la humana flaqueza,
Ello fué que hacer quería
Lo que por él nadie hiciera;

Pero su miedo arreciaba
  Con intenciones aviesas;
  Y *ni un negro de uña* quiso
  Marchar del amo más fuera.

Lo que por bien de paz hizo
  En comezón tan molesta
  Fué que del *arzón trasero*
  Soltó la *mano derecha;*

Y con ella la lazada
  Que los calzones sujetan,
  Y con todo disimulo
  Y con poco de vergüenza,

Sin que de aquella maniobra
  Su señor se apercibiera,
  Con los calzones en bajo
  Como *grillos* en las piernas,

Con rapidez increible
  Y extraordinaria destreza,
  Echó arriba la camisa
  Y al aire las posaderas.

Fué su tortura más grande
  Al tener por cosa cierta,
  Que *mudarse* no podía
  Sin estrépito que oyeran.

Por más que apretó los dientes
  Y hacía otras diligencias,
  Hubo algún pequeño ruído
  Que Don Quijote oyó cerca.

—*¿Qué rumor es ese, Sancho?*
  Dijo y esperó respuesta.
  —*No sé, señor,* balbuciente
  Sancho respondió con treguas;

A lo que comprendo torpe,
  Debe de ser cosa nueva,
  Pues sé que las aventuras
  Nunca por poco comienzan.

Y otra vez el escudero
  Intentó seguir la prueba,
  Y se libró de la *carga*
  Sin ruídos que lo vendieran.

No sintieron los oídos;
Pero la naríz alerta
Percibió el desaguisado
De que a traición la ofendieran.

Paréceme, Don Quijote
Dijo entre burlas y vera,
Que no va tu miedo a menos
Y por instantes aumenta.

—Así es, más dígame
Mi señor ¿qué le revela
Que me haya crecido el miedo?,
Dijo Sancho con torpeza.

—*En que ahora más que nunca*
Hueles Sancho y de manera,
Que con el ambar no habría
Nadie que lo confundiera.

Retírate algunos pasos
Y no estará mal que aprendas
A cuidar de tu persona,
Y lo que a la mía debas.

—Apostaré, dijo Sancho,
Que vuestra merced se piensa
Que con mi persona hice
Cosa que hacer no debiera.

Desdeñoso Don Quijote
Puso al mozo cara seria
Y—«Peor es meneallo»,
Dijo por fin de querella.

Viendo Sancho que llegaba
La mañana, con presteza,
Dejó a Rocinante libre,
Y él se arregló con decencia.

Al observar Don Quijote
Anda su jaco sin riendas,
Dió nuevo adiós al criado
Y fué buscando pelea.

Fué después el escudero
Y llegando a una pradera,
Vieron los dos, chorros de agua,
Que bajaba de altas peñas.

No lejos había casas
Mal perjeñadas, mal hechas,
De las que salía el ruído.
Que su miedo produjera.

Don Quijote poco a poco
Se acercó a las casas viejas
Invocando en su socorro
A Dios y a su Dulcinea.

La causa de aquellos golpes
Quedó pronto descubierta:
Eran batanes, seis mazos
De batán en su faena.

Corrido quedó el hidalgo,
Rió Sancho la ocurrencia,
Y coto hallaron sus burlas
En golpe dado con fuerza.

Mediaron explicaciones
De ser más cautos promesas,
Y el lance de los batanes
Quedó en la mayor reserva.



(1) Palabras puestas en boca de Sancho al empezar el cuento dicho en este capítulo.

ROMANCE XX

QUE TRATA DE LA ALTA AVENTURA Y RICA GANANCIA DEL YELMO DE MAMBRINO, CON OTRAS COSAS SUCEDIDAS A NUESTRO INVENCIBLE CABALLERO (*)

No hay quien tratando de locos
Se libre siempre de serlo...

¿Dónde vás, pobre barbero?
Vuélvete atrás del camino
Que puedes dar con un loco
Y puedes quedar perdido.

Si así le hubieran sonado
Y así se lo hubieran dicho,
Libre fuera de aquel susto
Que luego contó aturdido.

Un infelíz raspabarbas
Para cumplir con su oficio,
Marchaba desde su pueblo
Hacia otro pueblo vecino.

Montaba curioso rucio
Y por lluvia sorprendido,
Para librarse del agua,
Como previsor y listo,

(*) 1.ª parte.—Capítulo XXI.

Se colocó en la cabeza
Y torpe fué su artificio,
La bacía que llevaba
Que por limpia era de brillo.

Llegó a verle Don Quijote
Y alborotóse su juicio,
Pensando que la bacía
Fuera el yelmo de Mambrino.

Y no hubo más; lanza en ristre
Sin alto ni previo aviso,
A todo andar del caballo
Arremetió al barberillo.

Tiróse del burro al suelo
El barbero, y como un tiro,
Se puso por pies en salvo
Dejando yelmo y avíos.

No puso el genial manchego
Empeño alguno en seguirlo,
Viendo a sus pies la bacía,
Que ocasionó el desquilibrio.

—Alza el yelmo, dijo a Sancho,
Y Sancho al cogerla dijo:
—Por Dios, la bacía es buena,
Nunca mejor otra he visto.

No contestó Don Quijote
Que impaciente como un niño,
En la cabeza se puso
Aquel artefacto limpio.

En vano buscó el encaje
Y al no hallarlo, pensativo
No tardó en sacar razones
De sus propios desatinos.

Celada era la bacía,
A través de su delirio,
Y reía Sancho Panza
Con buen humor al oirlo:

Más puso freno a su risa
Al ver el serio peligro,
En que repitiera el amo
Ensayos de dar castigo.

Cambió palabras y tono
Y como buenos amigos,
Conversaron largo rato
De los hechos sucedidos.

Por fin Sancho codicioso
Y como siempre, ladino,
Del botín abandonado
Quería sacar partido,

—¿Qué haremos, dijo mirando
A su señor de hito en hito,
Del rucio que aquí abandona
El derribado Martino,

Que vuestra merced estima
De modo que yo no estimo,
Caballo, rucio, rodado
Que yo tengo por borrico?

—Sabe, Sancho, respondióle
El caballero, que digo,
Que a despojar no acostumbro
De su caballo al vencido.

Ni uso es de caballería
Ni yo lo leí en los libros,
Caballo, o asno si quieres,
Deja en ese punto mismo.

Viendo que hacer no podía
El plan que hubo concebido,
Del asno a los aparejos
Fué Sancho en su idea fijo.

No encontrando resistencia
Puso los más nuevecitos
A su pollino, *dejándole*
Mejorado en tercio y quinto.

Y ya con ésto, quedóse
Aquel lance concluido,
Y a buscar nuevas hazañas
Por veredas y caminos.

En la charla que llevaban,
Sancho ya fuera de juicio,
Expuso plan que al hidalgo
No le pareció mal dicho.

De Rey que anduviera en guerra
Ponerse ambos al servicio,
Y así bien llegar podrían
A ganar fama en escritos.

Hízole ver Don Quijote
Que para ello era preciso
Buscar en las aventuras
Ocasión de hacerse dignos.

Y sobre triunfos de corte
Y conquistas y amoríos,
Llegando a Rey el hidalgo
Y Sancho a hombre distinguido.

Barajando fantasías
Y haciendo planes distintos,
Marchaban disparatando
Como si tuvieran juicio.



ROMANCE XXI

DE LA LIBERTAD QUE DIÓ DON QUIJOTE A MUCHOS DESDICHADOS QUE, MAL DE SU GRADO, LOS LLEVABAN DONDE NO QUISIERAN IR (*)

No es prudente hacer un bien
Sin saber a quien se hace.

El sueño de sus grandezas
Seguían el amo y Panza
Caminando como siempre,
Sin saber dónde marchaban;

Cuando absorto Don Quijote
Puesto en alto la mirada
Pudo ver, y vió acercarse
Una comitiva rara;

Doce hombres que por el cuello
Unos a otros enlazaban
Como cuentas de rosario,
Y las manos esposadas

—Cadena de galeotes,
Dijo Sancho al ver la sarta,
Gente forzada del Rey
Que así sus delitos pagan.

(*) 1.ª parte.—Capítulo XXII.

—¿*Gente forzada* dijiste?
Repitió el señor sin calma;
Aquí de los caballeros,
No digas más Sancho Panza.

* * *

Al llegar los que venían
Colocóse ante los guardas
Los encargados de aquella
Colección de gente *honrada,*

Y con amables razones
Y con melosas palabras,
Pidió informes y noticias
De cada cual que llevaban.

—Gente del Rey que a galeras
Por bién la justicia manda
Son todos, el guardián dijo,
Y van así por sus causas.

No satisfecho el hidalgo,
De cada uno la desgracia
Exigió que le dijeran
Los condescendientes guardas.

Consintieron los custodios
Que a cada cual preguntara,
Y uno a uno Don Quijote
Pareció que confesaba.

Por ladrón iba el primero
Condenado a las *gurapas;*
El segundo por *canario*
Según la gente *non sancta.*

Canario el que su delito
Dice en el tormento, canta,
Y confesó ser *cuatrero*
A quien los otros maltratan.

Que por no tener dineros
Dijo, el tercero, penaba
Pues con ellos a escribano
Y procurador untara.

Hombre de respeto el cuarto
De blanca y espesa barba,
Por alcahuete y hechizos
Llegó a caer en la trampa.

Don Quijote a cada paso
Los delitos comentaba,
Y casi no hallaba uno
Merecedor de la infamia.

Siguió en orden preguntando
Y dijo el que le tocaba
Que iba allí por los abusos
Hechos con primas hermanas.

Llegó el turno al que tenía
Argollas a la garganta
Y más hierro que los otros
Y un candado de obra basta.

Sorprendido el noble hidalgo
Que tan así le llevaran,
Le informaron ser famoso
En astucia y en infamias;

Un Ginés de Pasamonte
Ladrón de más de la marca
Que con gesto de vinagre
Replicó a quien preguntaba:

—Señor caballero, vea
Si algo nos dá, *que ya enfada*
Querer *las vidas ajenas*
Averiguar a mansalva:

Si quieres saber la mía
Queda en un libro apuntada,
Y yo le digo a *voacé*
Que ha de ser libro de fama.

Más cosas y desvergüenzas
Ginés dijo en amenaza,
Hasta que vió al comisario
Alzar contra él la vara.

En esto que Don Quijote,
Cuando nadie lo pensaba,
Con razones que a su loco
Pensamiento le asaltaban:

—Me parece duro el caso,
Dijo con voz entonada,
Hacer esclavos a hombres
Que Dios ser libres mandara...

Cuando más, añadió luego
Cuanto más señores guardás,
Que no debeis ser verdugos
Si con vosotros no es nada.

Así diciendo invitóles
A que la cuerda soltaran,
Porque si así no lo hicieran
El lo haría con sus armas.

—*¡Donosa majadería!*
Dijo el comisario, ¡basta!
Cuídese de su persona
Que pudiera hacerle falta:

Vuestra merced enderezca
El bacín puesto por gala...
No busque tres pies al gato
Y continúe su marcha.

—El *gato vos,* el manchego
Dijo rápido y con rabia;
Y además *rato y bellaco*
Que un caballero no aguanta.

Y uniendo veloz los hechos
Con la última palabra,
Echó al suelo al comisario
Herido de una lanzada.

Atónitos y suspensos
Los otros guardas estaban;
Pero en sí volviendo pronto
Mano echaron a la espada.

Los otros de a pie, sus dardos
Con rapidez preparaban;
Y tranquilo el caballero
A todos los esperaba.

Los galeotes que vieron
La revuelta en su ventaja,
Lograron desensartarse
Y decidir la batalla.

A Ginés de Pasamonte
  Ayudó Sancho con maña,
  Y con su ayuda el bandido
  Rompió cadena y amarras.

Apuntó con la escopeta
  Que al comisario quitara,
  Y mientras sus compañeros
  Agredían a pedradas.

No hubo confusión más grande
  Ni más terrible algazara
  Que aquel menudear de manos
  Con ahorros de palabras;

Estaba ciego de furia
  El hidalgo de la mancha,
  Y el infeliz Rocinante
  No podía con la carga.

Sancho se hizo temerario
  Y como el amo luchaba,
  Unas veces dando coces,
  Otras veces a puñadas.

Por fin contra los guardianes
  Concluía la jornada,
  Y los que les agredían
  Más en su furia arreciaban;

Huyendo de Don Quijote,
  Huyendo del que apuntaba
  Y huyendo de tantas piedras
  Que contra ellos disparaban,

Los por el Rey guardadores
  De cuerda tan mal tramada,
  De allí salieron a escape
  Después de volver espalda.

* * *

Ya los galeotes libres,
  Con singular algazara,
  Alrededor del hidalgo
  Pareció que le escuchaban,

El les pidió que al Toboso
Seguidamente marcharan,
Y a su hermosa Dulcinea
Refiriesen tal fazaña.

Hiciéronle observaciones,
Como gentes que mal paga,
Y hubo con este motivo
Groserías y amenazas.

Y ello fué que Pasamonte
Ladrón de torcida entraña,
Dió la señal y ya todos
Se pusieron a distancia;

Y sobre Sancho y su amo
Empezaron a pedradas
Con tal fuerza y con tal ojo,
Que hizo suya la ventaja.

Al suelo fué Don Quijote
Mal herido en la jornada,
Librándose el escudero
Porque su asno le tapaba.

Antes de huir de aquel punto,
No contentos con su infamia,
Ropas del amo cogieron,
Y el gabán de Sancho Panza.

ROMANCE XXII

DE LO QUE LE ACONTECIÓ AL FAMOSO DON QUIJOTE EN SIERRA MORENA, QUE FUÉ UNA DE LAS MÁS RARAS AVENTURAS QUE EN ESTA VERDADERA HISTORIA SE CUENTA (*)

Si se trata de aventuras
Hay que ver quién es el loco...

Razones a lo palurdo
Que son razones de peso,
Si el palurdo es avisado
Y encuentra ganancia en ello,

Vencieron la resistencia
Del gallardo caballero
Negándose a cuanto fuera
Pregón que indicara miedo.

Y hablando al fin Don Quijote
Con el parecer ajeno,
Consintió en buscar refugio
Para huir de *cuadrilleros.*

Ambos en uno, amo y mozo
En el mismo pensamiento,
Por Sierra Morena entraron,
Don Quijote y su escudero.

(*) 1.ª parte.—Capítulos XXIII y XXIV.

En la entraña de la Sierra
  Para mesa y para lecho,
  Entre peñas y alcornoques
  Aprovecharon un hueco.

Mala suerte fué la suya
  De que les viera sin verlos,
  El Ginés de Pasamonte
  Que allí fué también huyendo.

Observóles el bandido
  Y cazador en acecho,
  A ellos marchó cuando astuto
  Los vió entregados al sueño.

Aquél ingrato bandido
  Tan ladrón como embustero
  Hurtó el pollino de Sancho
  Al ver al mozo durmiendo.

Cuando *alegraba la aurora*
  La tierra con sus reflejos
  Sintió Sancho la tristeza
  Echando el rucio de menos.

—*¡Oh hijo de mis entrañas!*
  Nacido bajo mi techo,
  ¡De mi mujer un regalo
  Y brinco de mis pequeños! (1)

Estas y otras cosas dijo
  Con lágrimas y lamentos,
  Haciendo que Don Quijote
  Quedara pronto despierto;

Y condolido el hidalgo
  Al conocer el suceso,
  Consuelo dió al afligido
  Ofreciéndole más premio.

Por el rucio que le hurtaron
  Tres le daría en el pueblo,
  Y ya el corazón alegre
  Recobró Sancho el sosiego.

Siguieron por piedra y monte
  Con distintos pensamientos,
  Uno pensando aventuras
  Y otro en reparar el cuerpo.

Con las alforjas a cuestas
Ya Sancho satisfecho,
Cuando miró que su amo
Alzaba un bulto del suelo.

Con la punta de su lanza
Observó que iba subiendo
Un cogín y una maleta,
Y todo casi deshecho.

No podía el de a caballo
Con el lanzón sostenerlo,
Y con ansias de codicia
El servidor llegó a tiempo.

Registrada la maleta
Hallaron que había dentro
Cuatro camisas de Holanda
Y varias prendas de lienzo.

Cosas curiosas y limpias
Todas las prendas que vieron,
Y escudos de oro guardados
En atado *pañizuelo.*

Al hallarlos Sancho Panza
No contuvo su contento,
—*Bendito sea,* decía,
Todo el cielo, todo el cielo;

Tras de tantas amarguras
Como venimos sufriendo,
Nos ha *deparado* ahora
Aventura de *provecho.*

Ricamente guarnecido
Halló en la maleta puesto,
Un *librillo* de memorias
Que a Don Quijote dió luego.

El libro quiso el hidalgo,
Y a Sancho dejó el dinero,
Y éste le puso mojada
La mano, a fuerza de besos.

En el comienzo del libro
Escrito estaba un soneto,
Y más adelante cartas
Y otros versos y más versos.

Ello todo a ser venía
  Historia de amor intenso,
  Sin que de nombres hubiera
  Indicación del secreto.

Al fin después de la busca
  Marcharon a paso ciego,
  Dejando que Rocinante
  Fuera guía para ellos.

* * *

Andando por monte y piedras
  Meditaba el caballero,
  Que alguna extraña aventura
  Hallarían en su empeño.

Con esta idea grabada
  En su agitado cerebro,
  Vió *por una montañuela*
  Marchar un hombre ligero;

De *barba negra y espesa*
  Todo roto, casi en cueros,
  Saltando de risco en risco
  Y con cabellos revueltos;

El de la *triste figura*
  De *seguille* tuvo intento,
  Más no pudo su caballo
  Seguir impulsos del dueño.

Amo y señor, entendidos,
  Tras el fugitivo fueron
  Y en discurso de quien fuera
  Iban por cuesta y senderos,

Rodeando la montaña
  Desde alto un arroyo vieron,
  Junto al arroyo una mula
  Muerta, ensillada y oliendo;

Y mientras reflexionaban
  Si sería tal encuentro
  Del que observaron que andaba
  Por matorral, piedra y cerros,

Escucharon como un *silbo*
De pastor que se halla lejos,
Viendo más tarde unas cabras,
Y junto a ellas, el cabrero.

* * *

Ya reunidos y al habla
El pastor y aventureros,
Contestando a Don Quijote
Así el pastor fué diciendo:

—*Sabré yo decir*, amigos,
Y en lo que deciros puedo,
Que hará al pie de los seis meses,
Poco más o poco *menos,*

Que a una *majada,* a tres leguas
Llegóse gentil mancebo;
Causándonos extrañeza
A cuantos pudimos verlo;

Que sobre la *mesma mula*
Caminaba el caballero,
Y el *cogín* y la *maleta*
Llevaba en los delanteros,

Que preguntó de la sierra
Lo más áspero en terreno;
Y a la vez lo más oculto
A curiosos indiscretos.

Le mostramos este sitio
Y hacia él vino derecho,
Y a todos dejó prendados
De *su buen talle* y despejo.

A verle más no volvimos
Y un día salió a los nuestros,
Les dió puñadas y coces
Y se llevó pan y queso.

Enterados del ataque
Pretendimos su escarmiento,
Y a los dos días le hallamos
En un alcornoque grueso

Nos dijo en buenas razones
Que no nos maravillásemos
De verle de aquella suerte
Por ser su convenimiento;

Que por sus muchos pecados
Era en penitencia puesto;
Pidió perdón y le hicimos
Corteses ofrecimientos.

Mostraba ser gran persona
Y hablaba humildoso y tierno;
Cuando *paró, enmudecióse,*
Bajó los ojos incierto;

Después enarcó las cejas,
Con furia levantóse luego,
Arremetiendo a puñadas
Con el que topó primero.

«Ah fementido Fernando»
Gritaba en tales aprietos,
Y se apartó de nosotros
Y fué a emboscarse corriendo...

Es cuanto puedo deciros
Del que por loco tenemos,
Y a todos nos maravilla
De ver en él lo que vemos.

Así habló el pastor amable,
Y el afamado manchego
Sentía las comezones
De conocer al sujeto,

Y fuera suerte o no suerte
O por la magia dispuesto,
Salió de *entre una quebrada*
Y apareció el del misterio.

* * *

Cumplidos y cortesías
Ambos con rostro risueño,
Cruzó el ingenioso hidalgo
Con el personaje nuevo.

Que contara su desgracia
Pidió al del bosque, el manchego
Que con él la lloraría,
De no encontrar el remedio.

Y después que a boca llena
Comió de cuanto les dieron,
Que tal comer parecía
De hombre afanoso y hambriento;

Y tras tomar precauciones
Recomendando el silencio,
Pues concluía si hablaban,
Como en las cabras del cuento;

Hasta una verde pradera
Llevó a su auditorio atento;
Y ya sentados, la historia
Empezó a contar Cardenio.

El era de padres ricos
Y de noble nacimiento,
Y amó a la hermosa Luscinda
A quien tuvo por un *cielo.*

Correspondió la doncella
Con el suyo, amor inmenso
Y el padre no se oponía,
Si estaba el suyo de acuerdo.

Carta de un duque, Ricardo
Hombre de pro y de concepto,
Y que cuidarse ofrecía
De su porvenir y medios,

Reclamaba su presencia
Para ser y entretenerlo,
Con el mayor de sus hijos
No criado, compañero.

Y ocultando sus dolores
Y sus ansias conteniendo,
De allí tuvo que partirse
Seguro de su regreso.

Esperar prometió el padre
Y ella *con mil juramentos,*
Fiel ofreció que sería
En amores y recuerdos.

Un segundo hijo del duque
  Se holgó con el contratiempo,
  Y se llamaba Fernando
  Y le mostró gran afecto.

El diablo que hace las cosas
  Con infernales intentos,
  Hizo que le ponderase
  De su Luscinda lo bello,

Dándole cuenta Fernando
  De su amor y devaneos,
  Y así aumentó confianza
  Quien antes tuvo recelos.

De una hermosa labradora
  Vasalla de sus terrenos,
  Estaba el doncel prendado
  Y la ofreció casamiento.

Supo después sus mentiras
  Y que hizo con ella exceso,
  Con astucia de bellaco
  Y ofertas de caballero.

Él por huir del apuro
  Y por sus ansias Cardenio,
  Los dos hicieron de modo
  Que a la ciudad junto fueron,

Vió a Luscinda, enamoróse
  Y sin parar en sus celos,
  A la plaza de su encanto
  Puso Fernando el asedio.

Aprovechaba las cartas
  Que le mostraba Cardenio,
  Y todo cuanto mediase
  En aquel amor sincero.

«Acaeció que Luscinda»,
  Dijo el del bosque, «recuerdo
  Que aun se requema en mi alma,
  Y está venganza pidiendo;

Acaeció que mi novia
  Pidióme para recreo,
  Libros de caballería
  Que la causaban contento.

Era el de Amadís de Gaula»...
Que no sé si es malo o bueno;
—¡Bueno!, dijo Don Quijote,
Con pérdida de sosiego,

Vuestra merced me dijera
Al principio de todo eso,
Que Luscinda de aficiones
A libros también dispuestos,

Y ya sin otros informes
Jurara estar en lo cierto,
Afirmando haber alteza
En su claro entendimiento.

* * *

De andante caballería
Hablar al bravo manchego,
Era, encajándole todos,
Recordar varios proverbios.

Fué dar en la matadura
O como echar leña al fuego...
En la casa del ahorcado
Mentar la soga, no es cuerdo,

Poner el dedo en la llaga,
Todo está en llegar a tiempo,
Y otros refranes pudieran
Recordarse a tal efecto.

No pudo al dar en su flaco
Estar el hidalgo quedo,
Y dijo al que relataba
Que hubiera sido un acierto.

Remitir con el *Amadís*
De Gaula, para modelo,
También *Don Angel de Gracia*
Como de los más perfectos.

Cardenio no arguyó nada,
Quedóse un tanto suspenso,
Y se *le había caído*
La cabeza sobre el pecho.

La levantó al poco rato
Y dijo con duro gesto,
Que nadie le negaría,
De no ser un *majadero,*

Que el maestro Elisabat
Fué de la reina cortejo.
—*¡Eso no, voto a tal!*, dijo,
El esforzado manchego,
Que *la reina Madasima*
Ha menester más respetos,

Quien lo contrario entendiere
Del modo que yo lo entiendo,
Que *miente como un bellaco*
A demostrarle me avengo:

A pié, a caballo, de noche,
Como quisiere yo quiero
Y desarmado o armado,
Según convenga, convengo.

Ya Cardenio el accidente
Sentía mover sus nervios
Y al oir lo de bellaco
Con más los otros denuestos,

Alzó un guijarro y un golpe
Dió a Don Quijote en el pecho,
Y con el puño cerrado
Acudió Sancho resuelto.

A Panza esperó tranquilo,
Y en tierra dió con sus huesos
El criado que, valiente
Quiso ser en un momento.

Metióse el pastor juicioso
A poner paz de por medio
O defender del ataque...
Y le sucedió lo mesmo.

Hecha su hazaña, el del bosque
A emboscarse fué corriendo,
Como quien huye de locos
Porque se sintió más cuerdo.

---

(1) Como joya o joyel, porque como lo llevaban al aire las mujeres colgando de las tocas, con su movimiento parecía que saltaba o brincaba, y en su lenguaje porque sobre él montarían y brincarían los hijos.—Nota de la edición hecha en 1764 por la casa editorial de Gaspar y Roig.

ROMANCE XXIII

QUE TRATA DE LAS EXTRAÑAS COSAS QUE EN SIERRA MORENA SUCEDIERON AL VALIENTE CABALLERO DE LA MANCHA Y DE LA IMITACIÓN QUE HIZO A LA PENITENCIA DE BALTENEBROS (*)

Se ve andando por el mundo
Que no se acaban los locos.

No hay que pedir reflexiones
Si el mal está en la cabeza,
Y por eso a la locura
No es fácil hallar enmienda.

¡Pobres, Don Quijote y Sancho!
Tal uno y otro vadean,
Que cuando salen de una
En otra el diablo les entra.

Apenas andar pudieron
Por la peligrosa sierra,
Volvieron a su manía
De marchar sin rumbo, a ciegas.

Y conforme caminaban
Iba Sancho en impaciencia
De que le alzaran el veto
De darle libre a la lengua.

(*) 1.ª parte.—Capítulo XXV.

Conseguida de su amo
  La necesaria licencia
  Empezó por reprensiones
  Con máscara de extrañeza.

Dijo que no comprendía
  En su señor la defensa
  De la reina *Magimasa,*
  U otro nombre que tuviera.

Dióle su señor razones
  Dignas de tener en cuenta,
  Y él excusó con refranes
  La observación indiscreta.

—*Que con su pan se lo coman,*
  No ando en las vidas ajenas,
  Quien compra y miente, en su bolsa
  Halla premio a su torpeza.

Desnudo nací, desnudo
  Me veo de igual manera,
  Así *ni pierdo, ni gano*
  En mi hacienda y sin hacienda;

Que *hay tocinos y no estacas*
  Seguro es que muchos piensan;
  Ni lo digo, ni lo pienso,
  Y que allá se las entiendan.

Así barajando nombres
  Y buscando frases hechas,
  Sancho calentó sus cascos
  Con necedades como estas.

Redújole Don Quijote
  A límites de prudencia,
  Y al entrar en razón Sancho
  Sale su señor de ella;

Y habla de Gaula, Belíani
  y dá por fin en la idea
  De que ha de imitar locuras,
  Desatinos y rarezas,

Del sandio desesperado
  Y del furioso, hacer pruebas,
  Mandando en tanto una carta
  A su hermosa Dulcinea.

—*No te canses,* Sancho amigo,
En hacer que tal no emprenda;
Loco he de ser y soy loco
Hasta tanto que tú vuelvas.

Así dijo Don Quijote
Asintiendo Sancho a fuerza,
En dirigirse al Toboso
Y llevar la carta puesta;

Pero al hablarle del yelmo
Se le acabó la paciencia;
Y sin temor a los palos
Rumió de mala manera:

—El de la *Triste figura,*
Y perdonad la franqueza,
¿Qué yelmo y tal de Mambrino
Una bacía como esta?

Si a vuestra Merced oyeren
No pensaría cualquiera,
Que *ha de tener* hueco el juicio
Quien así se manifiesta?

—Por el mismo que juraste
Si otro no hay quien te convenza,
Que hay en tí un entendimiento
El más corto de la tierra:

¿Es posible en tanto tiempo
Como ya conmigo llevas,
Que de ver no hayas echado
El por qué de tus sorpresas?

Rodeados de encantadores
Que nos atacan y acechan,
Estamos los caballeros
De las más nobles empresas;

Y los tales del encanto
Hacen, para que se vean
Al revés todas las cosas
Que por otras cosas truecan.

Así dijo Don Quijote,
Y llegaron a una *peña*
Que como *peñón tajado,*
Estaba junto a *otras piedras.*

—Aquí quedo, este es mi sitio,
Aquí haré mi penitencia:
Con el humor de mis ojos
Por mi desventura inmensa.

Acrecentára sus aguas
Arroyo que poca lleva...
Vosotros, rústicos dioses,
Oid mis sentidas quejas.

¡Oh, *Napeas* y *Dríadas!*
De las espesuras estas,
No turben vuestro sosiego
Los ayes de mi flaqueza.

Así fué diciendo cosas
Sin que Sancho lo entendiera,
Y yendo a su Rocinante
Le dió libertad completa;

Accedió a que su caballo
Falta del rucio supliera,
Y que Sancho lo llevara
En su viaje de ida y vuelta.

—Preciso es, dijo el hidalgo,
Para que tú bién lo veas,
Rasgarme las vestiduras
Y tirar las armas estas;

Darme de calabazadas
Ya verás, contra estas;
Y cosas que han de admirarte
Mucho más de lo que piensas.

—*¡Por amor de Dios!*, decía
El escudero con pena,
Si calabazadas quiere
Délas en agua, no en peña.

—No son de burla estas cosas
Puesto que han de ser de veras,
Y me será necesario
Que dejes hilas si llevas...

Entraron en pormenores
De la carta y de las señas,
Y la libranza del asno
Que a Sancho al llegar le dieran.

Andando en estos detalles
Conoció Sancho quién era
La moza Aldonza Lorenzo
Convertida en Dulcinea.

Encima del campanario
De la torre de su aldea,
Subió a llamar dos zagales
Que andaban a media legua;

Y los zagales la oyeron
Como si Aldonza estuviera
Al mismo *pie de la torre*
Dando las voces aquéllas.

Para contestar a Sancho
Al decirle que pudiera
Escoger para su dama
Una de verdad Princesa,

Refirió el ilustre hidalgo
Cuento que ingenio demuestra,
Y que pasar en silencio
Hasta sería una ofensa.

Erase una viuda hermosa
Y rica y libre y honesta,
Que de un motilón rollizo
Prendóse con toda fuerza.

Su mayor llegó a saberlo
Y manifestó extrañeza,
Que *habiendo tantos maestros*
Como a su mano quisiera;

Presentados y teólogos
Dignos de mujer tan bella,
Al motillón de que hablaba
Sin vacilar eligiera.

Y la viuda replicóle
No sin gracia y desenvuelta:
—*Señor mío,* está engañado
Y muy a lo antiguo piensa;
Para lo que yo le quiero...
Su filosofía es buena,

En el libro de memorias
Que hallaron en la maleta,
Quedó al fin la carta escrita
Con garabatos por letras (1).

Conceptos extravagantes
Y frases a forja hechas,
Revelaban en la carta
La desdichada mollera,

Ya marchar quería el mozo
Con bendición y licencia,
Y no estar a ver *sandeces*
Que quiso su amo que viera.

—Quiero Sancho por lo menos,
Y asi hablarás con certeza
En cueros hacer locuras
Una más, o *dos docenas.*

Así dijo el hidalgüelo
Con remarcada insistencia,
Y empezó la despedida
Con lágrimas y advertencias.

No hubo andado los cien pasos
Cuando Sancho volvió riendas,
Y dijo, como atendiendo
Escrúpulos de conciencia:

—*Vuestra merced bien ha dicho*
Para yo jurar con prueba,
Al menos una locura
Está en razón que yo vea.

Desnudóse al oir esto
El hidalgo a toda priesa,
Y *sin calzones* y en aire
Comenzó por *zapatetas.*

Dos *tumbas,* los pies en alto
Y *cabeza abajo* puesta...
Sancho se fué satisfecho
Y el loco quedó en la selva.

(1) Tengo para mi amado lector, cualquiera que lo fuese de mi Romancero, que para que la sepan o recuerden no está fuera de razón copiar letra a letra y todas ellas en su orden la carta; dice así:

«Carta de Don Quijote a Dulcinea del Toboso:
Soberana y alta señora:
El ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del corazón, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la salud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento magüer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que además de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relación ¡oh bella ingrata, amada enemiga mía! del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme; tuyo soy; y si no, haz lo que te viniere en gusto; que con acabar mi vida, habré satisfecho a tu crueldad y a mi deseo.

Tuyo hasta la muerte:

El Caballero de la Triste Figura».



ROMANCE XXIV

DONDE SE PROSIGUEN LAS FINEZAS QUE DE ENAMORADO HIZO DON QUIJOTE EN SIERRA MORENA (*)

Que un bruto se vuelva loco
Siempre ha sido cosa rara.

A solas, si a solas puede
Hallarse un hombre sin juicio,
Porque siempre le acompañan,
Visiones de su delirio;

A solas ya Don Quijote
Entre árboles y entre riscos,
Con un ambiente impregnado
De mejorana y tomillo;

Pareció estar menos loco
Por parecer más tranquilo,
Y sin perder arrogancia
Empezó a ser reflexivo;

Aquello de las *sandeces,*
Calabazadas y brincos,
Iba perdiendo terreno
Y aumentando los peligros.

(*) 1.ª parte.—Capítulo XXVI.

Haciendo comparaciones
  De lo encontrado en sus libros,
  Concluyó por el acuerdo
  De aminorar desatinos.

Saltaron en su memoria
  Razones de lo leído,
  Y comprendió que la ausencia
  De su dama, era castigo.

En la soledad Amadis
  Rezaba como un bendito,
  Y en vez de mazar su cuerpo
  Podía él hacer lo mismo.

Y pensando poco a poco
  Ya no volvió a lo que hizo,
  Y la feroz penitencia
  Redujo a lanzar suspiros.

A los Faunos y Silvanos
  Y a las Ninfas de los ríos,
  Dió en llamar y en hacer versos
  En los árboles escritos.

Andando a paso seguro
  Y llevando rumbo fijo,
  Porque Sancho y Rocinante
  Querían ir a igual sitio,

De las revueltas del monte
  Fueron a franco camino,
  Con gran contento el de arriba
  Y el otro dando relinchos.

Sería el día siguiente
  De aquel andar segurísimo,
  Cuando Sancho vió la venta
  Que recordaba un suplicio;

La venta en que le mantearon
  Algunos de mal instinto,
  Y donde no entrar quería
  Por evitar compromisos.

Menos medroso su estómago
  Demandó alimento a gritos,
  Y entre recuerdos y dudas
  Iba llegando indeciso.

En esto que dos personas
  Salieron de aquel recinto,
  Y eran el cura y barbero
  Del pueblo, su pueblo mismo.

Holgáronse conociéndole
  Los, al pronto sorprendidos,
  Y al llegar ambos a Sancho,
  Así a Sancho, el cura dijo:

—*¿Dónde queda vuestro amo*
  Dónde queda, *Sancho amigo?*
  Y a todos reconociendo
  Sancho Panza mentir quiso.

Por eso como respuesta
  De solapado y ladino,
  Dijo que su amo quedaba
  En importantes oficios.

—No, no, replicó el barbero,
  No es verdad lo que habéis dicho
  Que *lo habéis muerto y robado*
  Imaginar es preciso;

Al miraros caballero
  En rocín tan conocido;
  Ved bién lo que váis diciendo
  Porque os traerá perjuicio:

El *dueño tendréis que darnos*
  Y en cabal, como os digo,
  O *sobre ello habrá morena*
  Y a la justicia os brindo.

Sancho ante aquellas palabras
  Dióse pronto por vencido,
  Y lo presente y pasado
  Cantó más claro que un mirlo.

Al querer sacar la carta
  Observó haberla perdido,
  Y se tiró de los pelos
  Y blasfemó de lo lindo.

Y no era por el encargo
  Como se hubiera creído,
  Era que a la carta junto
  Llevaba preciado escrito;

Y era el escrito el mandato
De amo dadivoso y listo,
Ordenando que le dieran
Tres burros como castillos.

Le dió razones al cura,
Y él se quedó convencido,
Ofreciendo de memoria,
Decir la carta del libro.

Diciendo fué disparates;
Pero bién salió el sentido,
Del conjunto de la epístola
Expresión de un amorío.

Y luego de repetirla
Y de mirarse atendido,
Como si le dieran cuerda
Con la impaciencia de oirlos,

Añadió como si hablara
Libre de sueño y delirios,
Todo el plan de Don Quijote,
Realidad a plazo fijo.

Emperador por lo menos
Sería y era sencillo,
Por la *fuerza de su brazo*
El llegar a conseguirlo.

El para entonces, ya viudo
Heredera de hombre rico,
Doncella de emperatriz
Le tendría por marido.

Como el cura y el barbero
No le cortaban el hilo,
Siguió diciendo sandeces
Y ensartando barbarismos.

Y los dos, barbero y cura
Quedáronse convencidos,
De como tratar con locos
Puede hacer perder los juicios.

Lo importante para ellos
Por la compasión movidos,
Era sacar al hidalgo
Del bosque y del desatino.

Y llegaron discurriendo
El cura y el barberillo,
A concertar con astucia
Un plan el más peregrino.

De *doncella andante en hábito*
Y *escudero* a su servicio
La dama sería el cura
Y el barbero el criadillo;

Llegarían al hidalgo,
Y al llegar a su escondrijo,
Menesterosa, afligida
Reclamaría su auxilio;

Un *don* quería pedirle
Al esforzado caudillo,
Con que poder *desfacelle*
Un agravio recibido.

El antifaz que llevara
No había de serla quito,
Hasta que al mal caballero
Hubiera el otro rendido.

Todo quedó en buen acuerdo
Y todo quedó previsto,
Y todo por caridades
De dos hombres compasivos.

ROMANCE XXV

DE COMO SALIERON CON SU INTENCIÓN EL CURA Y EL BARBERO, CON OTRAS COSAS DIGNAS DE QUE SE CUENTEN EN ESTA GRANDE HISTORIA (*)

No hay un hombre, si ya es hombre
Sin percances en su historia...

De mal modo disfrazados
Van el cura y el barbero
Con ropas que, bajo prenda,
Les dejaron los venteros.

Apenas puestos en marcha
Dió el cura en el pensamiento
De mudar el que tenía
Y que antes tuvo por bueno;

Creyó ser cosa *indecente*
En un *sacerdote*, aquello
De vestir como una dama,
Del modo que iba dispuesto.

Se lo dijo al barberillo
Y llegaron a un acuerdo,
Y para el cambio vestirse
En el preciso momento.

(*) 1.ª parte.—Capítulo XXVII.

Llegó Sancho y rió mucho
  Al observarlos y verlos,
  Y todos puestos en marcha,
  Sancho Panza iba primero.

Como las retamas viera
  Del camino, estuvo cierto,
  Alabó sus previsiones
  Y creyó tener talento;

Y ya cerca de la entrada
  De donde quedó su dueño,
  Avanzó Sancho, y los otros
  Acordaron estar quietos.

El cura y el raspabarbas
  Esperaban con sosiego
  A la sombra de los árboles
  Y a orillas de un arroyuelo.

Estando así, a sus oídos
  Llegaron y percibieron
  Cantos como de tristeza
  Que parecían lamentos.

Fijáronse unos instantes
  Y uno y otro comprendieron
  Que la voz era de hombre,
  Y los cantos eran versos;

Y al observar que la música
  Sollozos se habia vuelto,
  De saber el que los daba,
  Los dos comezon tuvieron.

Poco habían caminado
  Y pudieron ver no lejos,
  Un hombre de iguales señas
  Que diera Sancho en su cuento.

Y cuando los vió aquel hombre
  Inclinó sobre su pecho
  La cabeza, sin mostrarse
  Por encontrarles inquieto.

Le habló el cura en finos modos,
  El loco le oyó sereno,
  Y entre dos bien educados
  No es difícil el concierto.

Díjóle el fugitivo
  Las causas de sus tormentos,
  Y a instancia del sacerdote
  Contó su historia Cardenio.

* * *

Igual que antes los contara
  Sin palabra más ni menos,
  Refirió sus infortunios,
  Sus amores y sus celos.

De cómo aquel don Fernando
  Traidor amigo, en acecho
  Hizo de secretos suyos,
  Armas de su vil intento;

Cómo al padre de su novia
  Logró astuto convencerlo
  Demandando en matrimonio
  La que ideaba su cielo;

Cómo a él llegó una carta
  Que hízole tornar al pueblo,
  Y era carta de Luscinda,
  Vísperas del casamiento;

Cómo saltando por todo
  Y de amor y furor ciego,
  Entró en casa de su novia
  Y habló con ella en secreto;

Cómo Luscinda juraba
  Darse muerte con acero,
  Antes que aceptar esposo
  Que no fuese su Cardenio;

Cómo para convencerle
  Y seguir su juramento,
  Llevaba oculta una daga
  Para fin de su tormento;

Cómo asistió entre cortinas
  A presenciar el suceso,
  Oyendo el *sí* para otro
  De labios, que suyos fueron;

Y cómo al fin por el campo
Marchó sin temor a riesgos,
A llorar sus desventuras
Suspirando y maldiciendo.

—No os canseis, concluía,
En quererme dar remedio.
En vano receta el médico
Si no lo toma el enfermo.

El cura se disponía
A darle sanos consejos,
Cuando al oído de todos
Llegaron tristes acentos.

ROMANCE XXVI

QUE TRATA DE LA NUEVA Y AGRADABLE AVENTURA QUE AL CURA Y AL BARBERO SUCEDIÓ EN LA MISMA SIERRA (*)

Mujer, amor y locura
No son cosas diferentes...

El contador de su historia,
El cura y el barberillo,
Los tres saber deseaban
Quién daba tristes suspiros;

Queriendo salir de dudas
Los tres pensaron lo mismo,
Que fué buscar al que iba
A llorar en tales sitios.

No anduvieron veinte pasos
Y su plan quedó cumplido,
Porque al pie de un fresno, un mozo
Pudo ser de todos visto.

Tenía los piés descalzos
Y eran piés alabastrinos,
Y estaba en parduzca ropa
Como labrador vestido.

(*) 1.ª parte.—Capítulos XXVIII y XXIX.

Guardando el mayor silencio
  Le observaron escondidos,
  Y al ver largos sus cabellos
  Y otros detalles más íntimos,

Cayeron pronto en la cuenta
  Del error antes tenido,
  Pues era el mozo que vieron,
  Mujer de rostro divino.

Más curiosos todavía
  Dejaron el escondrijo,
  Y hacia la doncella fueron
  Y ella escapar de allí quiso;

Pero sus piés delicados
  Heríanse con los grijos,
  Y aunque grande fué su esfuerzo
  En el suelo dió consigo.

Aprovechando el percance
  Acudieron en su auxilio;
  El cura la dió razones
  Y ella rompió su mutismo.

Díjoles que agradecía,
  Sus ofrecimientos finos,
  Y habló con *tan suelta lengua*
  Que admiraron cuanto dijo.

En *asiento de una piedra*
  Como un almohadón mullido,
  Se acomodó y, ya calzada
  Y deteniendo gemidos,

Empezó a contar su historia,
  Sus amarguras e idilio,
  Con voz reposada y clara
  Y elegancias en su estilo.

* * *

En pueblo de Andalucía
  Nació de padres muy ricos,
  Altivos respecto a honrados
  Y humildes en apellido.

A todo gasto en la costa
De menester y capricho,
Criáronla y la querían
Como se quiere a los hijos.

La mujer, la más hermosa,
De su pueblo y los vecinos,
Era el alma de la casa
Con imperio decisivo.

Prendóse de su belleza
Hombre de malos instintos
Y era el tal, hijo del Duque
Y el amo del Señorío.

A honestidad de doncella
Puso cerco con cinismo,
Confundiendo el vasallaje
Con sumisión al capricho.

La festejó noche y día
Mostrando amante delirio,
Con músicas y regalos
Y recados expresivos.

Una desleal sirviente
Facilitó su delito,
Y a la callada, una noche
Le introdujo en su recinto.

Al ver allí a Don Fernando,
Que tal era el atrevido,
Se preparó a la defensa
De su virtud en peligro.

Al oir Cardenio el nombre
De aquel noble fementido,
Propenso estuvo al ataque
Que trastornaba su juicio.

Siguió la joven la historia
No sin haber percibido
La zozobra de Cardenio
Que fué dueño de sí mismo.

Dijo que aquel caballero
Prendado de sus hechizos,
Quiso acudir a violencias
Y usar de medios indignos;

Que viendo él la rebeldía
  Mezclando amor con instinto,
  La juró hacerla su esposa
  Como hacen los hombres dignos;

Que repitió el juramento
  Con lágrimas y suspiros,
  Terminando por creerle
  En un instante maldito;

Que partió el mal caballero
  Repitiendo el compromiso,
  Y a poco ni volvió a verle
  Ni supo de su destino.

Como las malas noticias
  Llegan pronto al más dolido,
  A ella llegó de Fernando
  La que la causó martirio.

Casado había con otra
  En la ciudad, y al oirlo,
  Fiándose de un criado
  Salió del pueblo en sigilo.

Tras pocas indagaciones
  Conoció lo sucedido;
  Que la novia no quería;
  Pero al fin dió el *sí* preciso;

Y que al darlo, desmayada
  Cayó como sin sentido,
  Y que un papel la encontraron
  De su propia mano escrito;

Que aquel papel declaraba
  Tener a otro por marido,
  Siendo Cardenio su esposo
  Y dueño de su albedrío;

Que habia de darse muerte
  Contrariando su cariño,
  Encontrándola una daga
  En parte de sus vestidos.

La quiso matar Fernando
  Y no pudo y se fué herido,
  Y se supo que Cardenio
  Salió también fugitivo.

Oyendo el fin de la historia
Cardenio un tanto intranquilo,
A la hermosa Dorotea
Dijo nombre y apellido;

Por la fé de caballero
Y de *cristiano* y amigo
Juró amparar su demanda,
O vengar el acto indigno.

En gratitud y promesas
El licenciado intervino,
Y el licenciado propuso
Marchar todos reunidos;

Y que una vez en su pueblo
Tomarían un partido,
Y Cardenio y Dorotea
Aceptaron lo así dicho.

Con brevedad el barbero
Refirió a punto y seguido
La historia de Don Quijote,
Su locura y desatinos:

Dijo también el proyecto
Que tenían concebido,
Y esto que oyó Dorotea
Se ofreció a cuadro más vivo.

Doncella menesterosa
Ella, en vez del barberillo,
Que no imitan bien los hombres
Los modales femeninos.

Pidió dejar a su cargo
La parte de su artificio,
Cosa que harían bien hecha
Porque leyó muchos libros.

De la almohada, guardadora
De su improvisado equipo,
Sacó una saya y alhajas
Para cambiarse de tipo.

Cuando después de dar voces
Llegó Sancho a sus amigos,
Al ver la hermosa doncella
Quedóse un tanto aturdido.

Quién era la bella dama
  Preguntó con *grande ahinco*,
  Y puesto a mentir el cura,
  No le hubo en mentir más listo.

Díjole ser la heredera
  Del reino grandioso y rico,
  Que *Micomicón* se llama
  Y es de sobra conocido;

Que atraída por la fama
  De Don Quijote, se avino
  A buscarle y a pedirle
  Un *don* hasta conseguirlo.

Quería que Don Quijote
  Vengara en su beneficio
  El agravio que un gigante
  Parece ser que le hizo.

Sancho Panza creyó todo
  Y cuerdo, quedó sin juicio,
  Viendo emperador a su amo,
  O si él quisiere arzobispo.

Princesa *Micomicona*
  Vió en Dorotea el borrico,
  Y todos juntos marcharon
  Buscando al manchego altivo.

ROMANCE XXVII

QUE TRATA DEL GRACIOSO ARTIFICIO Y ORDEN QUE SE TUVO EN SACAR A NUESTRO ENAMORADO DE LA ASPERÍSIMA PENITENCIA EN QUE SE HABÍA PUESTO (*)

No hay loco que no se crea
Ser superior a los otros.

Sobre la mula del cura,
Soberbia mula por cierto,
Marcha la dama, seguida
Del barberillo escudero.

Tras ellos va Sancho Panza,
Y el licenciado y Cardenio,
Por así ser conveniente,
Quedan detrás y algo lejos.

A los tres cuartos de legua
A Don Quijote advirtieron
Que ya vestido y sin armas,
Parecía estar sereno.

Apenas Sancho les dijo
Ser aquél su caballero,
La dama menesterosa
Resuelta marchó a su encuentro;

(*) 1.ª parte.—Capítulo XXIX.

Y una vez que estuvo cerca
  Y que la apeó el barbero,
  Se puso en tierra y de hinojos
  Frente al ilustre manchego.

Díjole rápidamente
  Y con afligido acento,
  Que de *lueñes* tierras vino
  Por la fama de sus hechos;

Que un *don* de su cortesía
  Y de su famoso esfuerzo
  Esperaba, si a su fama
  Respondía su denuedo.

Quiso alzarla Don Quijote
  Y ella resistió en hacerlo,
  En tanto no prometiera
  Otorgar el *don* de ruego.

Don Quijote hombre galante
  —*Yo vos, le otorgo y concedo,*
  Contestó, si no es en daño
  De mi Rey, mi amor o reino.

Besarle quiso las manos
  En pago al ofrecimiento,
  Y él impidió que la dama
  Realizara su deseo.

Con el mayor disimulo
  Siempre a sus fines atento,
  La calidad de la dama
  Le dijo Sancho a su dueño.

Dorotea, con el arte
  De comediante perfecto,
  Le habló de un gigante malo
  Que usurpaba sus derechos.

—*Vuestra persona magnánima*
  Véngase conmigo luego
  Por donde yo le llevare
  A vengar cuanto me hicieron.

Así dijo Dorotea,
  Don Quijote vino en ello,
  Sancho arregló a Rocinante
  Y todo quedó dispuesto.

Montó sobre su caballo
El engañado manchego,
La dama sobre la mula,
Sobre su jaco el barbero;

Al fin y a pié Sancho Panza,
Su rucio echando de menos;
Pero contento, pensando
Ser gobernador de negros.

* * *

Ocultos entre las breñas
El licenciado y Cardenio,
Vieron cuanto sucedía
Acordaron salir ellos:

A tal fin se remudaron,
Según podían hacerlo,
Para que a primera vista
No pudieran conocerlos.

Salieron al real camino
Por atajos y senderos,
Algo antes que la otra gente
Llegaran por donde fueron.

Frente unos de otros, el cura
Fingió asombro y aspavientos,
Ponderando las fazañas
Del hidalgo de su pueblo.

Tantas cosas le decía
Tales eran los floreos,
Que Don Quijote sintióse
Avergonzado en extremo.

Reconoció al licenciado
Y puso cortés empeño
En darle cabalgadura
Sobre su flaco jamelgo;

No pudiendo conseguirlo,
La dama y el escudero
En ceder éste su silla
Con el cura convinieron.

Subió el cura; el barberillo
Buscó en las ancas asiento;
Pero rebelde la mula
No quiso entrar en convenio.

Mula de alquiler al cabo
Y sin duda de mal genio,
Dió con el barbero en tierra
Sin barbas y al descubierto.

Corrió al sitio del peligro
El cura, y en un momento
Puso, después de un *ensalmo,*
Las barbas al escudero.

Creyó la superchería
Don Quijote a fuer de bueno,
Y del *ensalmo* prodigio
Al cura pidió el secreto.

A estar volvieron en marcha
Cura, dama y caballero
Los tres montados, y andando
Nicolás, Sancho y Cardenio.

Que a Micomicón irían
A Don Quijote dijeron,
Siendo camino forzado
El de atravesar su pueblo.

* * *

Para un embuste otro embuste
Muchas veces sin quererlo,
Y en lo que al cura ocurriera
Hallarse podría ejemplo.

Después de tantas mentiras
Como aderezó su ingenio,
Al preguntar Don Quijote
De su viaje allí el pretexto,

Le dijo que iba a Sevilla
A cobrar ciertos dineros,
Muchos *pesos ensayados,*
Y con él iba el barbero.

Y que cuatro salteadores
Les salieron al encuentro,
Y le quitaron las barbas
Y pusieron como nuevo

Al otro, y el otro era
El que señaló Cardenio;
Y añadió el cura a lo dicho
Remarcando aquel enredo,

Que según *pública fama,*
Los salteadores aviesos,
Eran *unos galeotes*
Que libertó un caballero.

—*Quiso defraudar justicia*
Ir contra el rey, Señor nuestro,
Procediendo de igual modo
Contra justos mandamientos.

Hizo por fin, añadía
El licenciado, hizo un hecho,
Por donde pierda su alma
Y no se gane su cuerpo.

La color se le mudaba
Al hidalgo al oir esto,
Y sin que nada dijese
Iba mostrándose inquieto.

ROMANCE XXVIII

QUE TRATA DE LA DISCRECIÓN DE LA HERMOSA DOROTEA, CON OTRAS COSAS DE MUCHO GUSTO Y PASATIEMPO (*)

Para confiar, los hombres:
Para mentir, las mujeres.

Si estuvo bien o mal hecho
Libertar los galeotes,
Tema fué donde la calma
Volvió a perder Don Quijote.

Gracias a que Dorotea
Contuvo nervios de azogue,
Pudieron seguir andando
Tranquilos como hasta entonces.

Urden ellas las mentiras
Mucho mejor que los hombres,
Y la dama inventó luego
La historia de sus dolores.

Rey su padre y nigromante
Astros consultó una noche,
Y dijeron que sería
Huérfana de gran renombre.

(*) 1.ª parte.—Capítulo XXX.

Así fué: *Pandafilando*
Gigante de los peores,
La usurparía su reino
De Micomicón el noble;

Que resistir no podría
La fuerza de tan mal hombre,
Peligrando los vasallos
Al despertar sus furores;

Que viniese a las Españas
Buscando en camino y montes
Al caballero afamado
Don Azote o *Don Jigote*...

—*Don Quijote,* dijo Sancho
Y ella enmendó sus errores,
Haciendo reir al cura
Que vió que daba en el toque;

Que aquel caballero andante
Y de sentimientos nobles
Podría con su bravura
Vencer a malos y torpes,

Y restituirla pronto
Reino, vasallos y corte;
Dependiendo la jornada
De hombre más fuerte que roble;

Y que si aquel caballero
La requiriese de amores,
En pago de sus proezas
Le admitiera por consorte.

Que al gigante mataría
Ofrecióla Don Quijote;
Pero en cuanto al matrimonio
No había iguales razones;

A su sin par Dulcinea
No haría oficios traidores,
Y ella era su pensamiento,
Su amor y sus aficiones.

Habló como siempre Sancho
Pecando de pillo y zote,
Poniendo a la del Toboso
No completa de primores.

Y otra vez su caballero
Sintió de furor ardores,
Y en el espaldar de Panza
Descargó dos fuertes golpes.

Gracias a que Dorotea
Al buen hidalgo dió voces,
Pudo Sancho libertarse
De aquellos tan malos trotes.

Pidió perdón a su amo
Que no era en sentir de bronce,
Y todo quedó en su punto
Y amo y criado conforme.

* * *

Mientras esto sucedía
Quedando todos acordes,
Sancho vió por el camino
A Ginés de Pasamonte.

Iba en traje de gitano
El travieso galeote,
Y sobre el asno que a Panza
Le desveló muchas noches.

Empezó Sancho a insultarle
Con frases de las peores:
Menester no fueron tantas
Las *palabras, ni baldones.*

Para que dejando el rucio
Marchase a pasos veloces,
Con alegría de Sancho
Que al burro llenó de flores.

Le besaba y estrujaba
Sin que diera el rucio coces,
Ni estremecer se le viera
Oyendo agradables motes.

Cuando a solas pudo hablarle
Pidió a Sancho Don Quijote,
De su encargo a Dulcinea
Fieles noticias e informes.

ROMANCE XXIX

DE LOS SABROSOS RAZONAMIENTOS QUE PASARON ENTRE DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA, SU ESCUDERO, CON OTROS SUCESOS (*)

Para que nazcan ingratos
Hay que sembrar beneficios.

Sobre qué hizo o no hizo
Dulcinea con la carta,
Qué le dijo, de qué modo
Aquella hermosura estaba,

El hedor que despidiera
Y respecto a sus alhajas;
Y qué de su penitencia
Llegó a decirle su amada;

De todo esto y otras cosas
Que su magín barajaba,
Le preguntó a su escudero
Don Quijote de la Mancha.

Y mintiendo por los codos
El socarrón Sancho Panza,
Le dijo lo que a cualquiera
Toda ilusión acabara:

(*) 1.ª parte.—Capítulo XXXI.

Que la ponderada hermosa
Objeto de aquellas ansias,
Estaba cribando trigo
En un corral de su casa;

Que no hizo aprecio ninguno
Del papel que la llevaba,
Y sobre un costal podía
Si a bien tenía, dejarla;

Que de leer ni escritura
Sabía una palotada,
Que ni de ámbar desleído
Ni olor *sabeo* arrojaba;

Que olía como él olía
Y en lo de joyas que nada,
Y que le dió pan y queso
Asomándose a unas bardas.

Todo esto y muchos detalles
Que el hidalgo comentaba,
Fué diciendo a Don Quijote
Aquel hombre de labranza,

Concluyendo por decirle,
Como dicho por la dama,
Que dejara penitencia
Y acudiese a saludarla.

Haciendo casi un aparte
Del tema que manejaban,
Con estupidez el amo
Y su criado con farsa;

—*¿Qué debo de hacer yo ahora*
Si mi Señora lo manda?
Yo no puedo ir a verla
Hasta cumplir mi palabra;

Acabar con el gigante
Que ha de darme nombre y fama,
Y en cortarle la cabeza
Regresar a nuestra patria.

Así decía el hidalgo
Seguro de lo que hablaba,
Volviendo Sancho a la suya
De que su amo se casara.

—*Mira Sancho, si el consejo*
Que me das es porque haga
Que te cumpla la promesa,
Lo sacaré de *adahala* (1)

Así dijo Don Quijote
Explicando la palabra,
Y Sancho quedó conforme,
Siendo junto al mar, la gracia,

—*Que si no me contentare,*
Añadió con toda calma,
La vivienda, mis vasallos
Poder embarcar por cargas..

* * *

Reunidos los viajeros
Junto a fuente de buen agua,
Vieron pasar un muchacho
Vagabundo por las trazas.

Así que vió a Don Quijote
Acudió con algazara,
Y se la abrazó a una pierna
Como con afecto y ansia,

Le conoció el buen hidalgo
Por ser el que libertara
De los azotes de un amo
Que le trató sin entrañas.

Ante todos contó el lance
Con satisfacción marcada
El andante aventurero,
Sin poner ni que quitara.

Ratificó el muchachuelo
Aventura tan extraña,
Mostrándose pesaroso
De cuanto entonces pasara.

Caso fué que cuando estuvo
Su salvador a distancia,
Con fiero encono su amo
Le vapuleó con más rabia;

Concluyendo por decirle
En parecida demanda,
Que a no salir tan de prisa
Podía costarle cara;

—*Señor caballero andante*:
Si me halla en igual desgracia,
Siga su camino y deje
Que cada cual se las haya;

Por gran mal que mi mal sea
El socorro lo agiganta:
¡Dios maldiga a los andantes
Caballeros que así vagan!

Se alzó al oirlo el manchego
A castigar tal infamia;
Pero se marchó el muchacho
Más que con piernas, con alas.



(1) Del árabe «Ade halet, lícita estipulación.»

ROMANCE XXX

QUE TRATA DE LO QUE LE SUCEDIÓ
EN LA VENTA A TODA LA CUADRILLA
DE DON QUIJOTE (*)

Que cuando el error arraiga
Es difícil arrancarlo.

Instalados en la venta
  Donde Sancho no quería,
  Porque aquel manteamiento
  Fué de lo que no se olvida;

El ventero y la ventera
  Y la Maritornes misma,
  A Don Quijote y Sancho
  Demostraron alegría.

Lecho mejor que aquel lecho
  De su primera visita
  Pidió el hidalgo que pronto
  Buscó descanso a sus cuitas.

Y Don Quijote en su cuarto,
  La ventera decidida,
  A Nicolás el barbero
  Pidió las barbas postizas;

(*) 1.ª parte.—Capítulo XXXII

Y entre barbero y ventera
Armaron fuerte porfía,
Que terminó cuando el cura
Terció fallando en justicia.

Devuelto el rabo que barba
Bien poblada parecía,
En calma quedaron todos
Los de fuera y la familia.

Por mor de aquella locura
Que a Don Quijote afligía,
A tema y cuento salieron
Libros de caballería.

Por ellos mostró el ventero
Culto y afición grandísima,
Y a instancia del sacerdote
Fué y sacó los que tenía,

Don Girongillo de Tracia
Era el primero en la lista,
Y *Félix Marce de Hircania*
El otro que le seguía;

Gonzalo Hernández de Córdoba
Sus hechos de armas y vida,
Y *García de Paredes*,
Siendo su propio cronista.

Trataron cura y barbero
De hacer con la librería,
Lo que con los del Quijote
Hicieron ama y sobrina.

No prosperó tal idea
Contra el patrón que argüía
Ser deleite aquellos libros,
Y no contener mentiras.

Los segadores amigos
Por las noches los leían,
Y a todos causaban gozo
Las aventuras leídas.

A tal efecto el ventero
De igual modo que su hija,
Los más grandes desatinos,
Como verdad referían;

Y contra tales creyentes
Sermón el cura perdía,
Y en salvo quedaron libros,
Que tantos daños hacían. (1)



(1) El final del capítulo XXXII en que se inspira este romance y los otros dos capítulos de la obra que siguen, se refieren a la «novela del Curioso impertinente,» no encajando en el plan del presente «Romancero», que procura sintetizar hechos y aventuras de Don Quijote, aquellos en que toman parte de uno u otro modo «El Ingenioso Hidalgo» o su escudero Sancho Panza, por cuya razón se prescinde aquí de algunos, muy pocos, capítulos de la obra.

ROMANCE XXXI

QUE TRATA DE LA BRAVA Y DESCOMUNAL BATALLA QUE DON QUIJOTE TUVO CON UNOS CUEROS DE VINO TINTO Y SE DA FIN A LA NOVELA DEL CURIOSO IMPERTINENTE (*)

Con los cristales ahumados
No se ven las cosas claras.

Estaba leyendo el cura
El curioso impertinente,
Y con gran gusto le oían
Leer tan bién, sus oyentes,

Cuando todos escucharon
A Sancho que hablaba fuerte,
Para demandar auxilio
En imprevisto accidente:

Su amo, señor y dueño,
Por su buena o mala suerte,
Había visto al gigante,
Que mete miedo a la gente;

Y en descomunal batalla
A gigante dió la muerte,
Y él vió rodar la cabeza,
Y salir sangre a torrentes.

(*) 1.ª parte.—Capítulo XXXV.

—¡Que me maten! el ventero
Pensaba y dijo impaciente,
Si en algunos de los cueros
No descargó sus reveses.

Todos en el cuarto entraron
Viendo un cuadro sorprendente,
Un cuadro que Dorotea
No creyó podía verse.

En camisa que los muslos
No era fácil que cubriesen,
Y más corta por la espalda
Que lo era por el frente,

Mostrando sus largas piernas
Flacas, con pelo rebelde,
No teniendo telarañas
De sucias, por su moverse,

Estaba el gran Don Quijote
Luchando como valiente,
Contra los cueros de vino
Que rajaba por el vientre.

Era un lago el aposento
De vino apenas corriente,
Y el ventero no podía
En su furor contenerse.

Dormido estaba el hidalgo
Aunque otra cosa creyere,
Soñando estar con el monstruo
Golpe a golpe hasta vencerle.

No meditó el de la venta,
Ni consultó pareceres
Y a puño cerrado, golpes
Empezó a dar al durmiente.

Gracias al cura y Cardenio
Que fueron a socorrerle,
No terminó la batalla
Con un hidalgo que muere.

De que no vió la cabeza
Ni que la sangre corriese,
No pudo el ventero a Sancho,
Aunque quiso, convencerle;

Pues Sancho le replicaba
Creyendo tales sandeces,
Que todo era *encantamento*
En aquel mesón de duendes.

Con agua fría del pozo
Por todo el cuerpo y la frente,
Se logró que Don Quijote
Despiertos ojos abriese.

Princesa Micomicona
Miró en el cura el demente,
Y a sus piés arrodillado
Le dijo frases corteses.

El licenciado, el barbero
Y Cardenio, cuerdo siempre,
En el lecho a Don Quijote
Dejaron tranquilamente.

Con promesas al ventero
De no perder intereses,
Pues todo se abonaría
De modo que justo fuere,

Quedaron todos en calma
Y con los mismos oyentes,
El cura siguió leyendo
El curioso impertinente.

ROMANCE XXXII

QUE TRATA DE OTROS RAROS SUCESOS QUE EN LA VENTA OCURRIERON (*)

Si hay en el alma grandeza
Borrarse pueden los odios.

Pasan cosas en el mundo
Coincidencias tan grandes,
Que parecen artificios
Las que son casualidades.

Ello fué que a la tal venta
Que se hizo memorable,
Llegó rara comitiva
Cubierta con antifaces.

A caballo a la gineta
Cuatro hombres que arrogantes,
Con lanzas y *con adargas*
Son servidores de clase;

Mujer vestida de blanco
En sillón con respaldares;
Junto a ella, y luego, mozos
Que van a pié sin cansarse.

Uno de los caballeros,
El que al entrar va delante
Ordena y manda, y ninguno
Se permite replicarle.

(*) 1.ª parte.—Capítulo XXXVI.

La dama guarda silencio
Y lanza suspiros y ayes,
Sin que conteste a preguntas
Y ofrecimientos que se hacen.

Entre dimes y diretes,
Reproches y claridades,
Se descubre ser Luscinda
La que va en aquel talante;

Luscinda por quien Cardenio
Hubiera dado su sangre,
Y era el señor, Don Fernando,
El de efectos desleales.

Juntos en un mismo sitio
Porque Dios quiso juntarles,
Don Fernando y Dorotea
Luscinda y Cardenio amante.

Contra quien a fuerza quiere
Lo que del alma no sale,
Habló la hermosa Luscinda
De recibidos ultrajes.

De rodillas frente al hombre
Causa de su amor y afanes,
Lloró Dorotea en súplica
De remedio a sus pesares.

Justas quejas de la una,
De la otra tiernas frases,
Todo unido y su conciencia
Como juez inapelable,

A Don Fernando vencieron
Hasta lograr ablandarle,
Dejando libre a Luscinda,
Y él con Dorotea amarse.

Solamente Sancho Panza
Sintió el feliz desenlace,
Porque sin *Micomicona,*
Reino y condado en el aire.

ROMANCE XXXIII

DONDE SE PROSIGUE LA HISTORIA DE LA FAMOSA INFANTA MICOMICONA CON OTRAS GRACIOSAS AVENTURAS (*)

No son como son las cosas
Cuando las mira un demente.

Como Sancho estuvo atento
  Y se mostró contrariado
  Por paces, conciliaciones
  Y cuantos hechos pasaron;

Que aquella *Micomicona*
  De quien esperó un Estado,
  Era solo Dorotea
  De bastante menos rango,

Compungido fué a contarle,
  Corrió a decirlo a su amo,
  Con decisión de volverse
  A su pueblo y a su arado.

Con protestas y con voces
  Despertar hizo al hidalgo
  Poniendo, un rato de cuerdo,
  Todas las cosas en claro.

(*) 1.ª parte.—Capítulo XXXVII

Se hizo vestir Don Quijote
Para demostrar a Sancho
Que pudiera *encantamento*
Ser todo aquello pasado.

Mientras así discurrían
El manchego y su vasallo,
Seguir la farsa adelante
Sus amigos acordaron,

La invención proseguiría
Como se había pensado,
Hasta dejar en su casa
Aquel loco tan extraño.

Se presentó Don Quijote
De todas armas, armado
Y fué de oir lo que dijo
Pertinaz en sus engaños:

—*Estoy, hermosa señora,*
Por mi escudero enterado
De que ya no sois quien sois,
Por voluntad del Rey mago:

Que vuestro ser se ha desecho,
La grandeza aniquilado,
Y de Reina y gran señora
Descendeis al doncellazgo.

Digo alta y desheredada
Señora, que fiel acato,
Que no hay peligro en la tierra
Que no lo salve mi brazo.

Camino abrirá *mi espada,*
Caerá el gigante rodando,
Y os pondré a vos la corona
Según os tengo jurado.

Respondióle Dorotea
Que habíanle hecho un engaño,
Suponiendo su mudanza,
Sin que hubiera en nada cambio.

Don Quijote a su escudero
Miró con algún enfado,
Y estuvo a ras para darle
A su escudero mal rato.

Sancho quedó convencido
Y volvió a pensar en sandio,
Y para el día siguiente
Caminar quedó acordado.

* * *

Cruzábanse ofrecimientos
El manchego y Don Fernando
Cuando penetró en la venta,
Vestido en moro, un cristiano.

En su pos y en un jumento
Regularmente ataviado,
Llegó también una dama
Morisco traje llevando.

Pidió el hombre un aposento,
Dijéronle no haber cuarto,
El tal mostró pesadumbre,
Fué a la mora cabizbajo,

Y sin hablar más palabras
La hizo apear en sus brazos
Y vieron todos en ella
Tipo bello extraordinario

Y Dorotea y Luscinda,
Buenas siempre en todo caso,
Y la ventera y su hija
Todas con igual cuidado,

Y la misma Maritornes
Por si era preciso en algo,
Hicieron a la viajera
Ofrecimientos y halagos.

Ella nada respondía;
Pero sus manos cruzando
Sobre su pecho indicaba
Estimar el agasajo.

Junto a ellas llegó el cautivo,
O sea el recien llegado,
Díjolas que no entendía
La mujer, el castellano.

Y respondiendo a preguntas
Impertinentes acaso,
Dijo ser mora, con ansias
Del ser del redil cristiano.

Con este y otros detalles
Que iba el cautivo contando,
Puso en todos ellos gana
De saber su historia y actos.

Más todos fueron prudentes
Y comprendieron que al cabo,
Después de largo camino
Necesitaba descanso;

Y Dorotea y las otras
Entonces se contentaron,
Con que le mostrara el rostro
Que lo llevaba tapado.

Como ella no lo entendía
Quiso el cautivo explicarlo,
Y ella descubrió una cara
Que por hermosa era encanto.

Por el nombre de la bella
Luego después preguntaron:
—*Zoraida,* el cautivo dijo
Y ella protestó con llanto.

—*No, no Zoraida, María*
Dió a entender con gestos varios,
Que si no para entenderlos
Podían adivinarlos.

En esto llegó la noche
Y todos se acomodaron
Alrededor de la mesa
Con cena en manteles blancos.

Mientras los otros cenaban
Y él no comía bocado,
Sobre las armas y letras
Habló Don Quijote largo.

Fué su discurso brillante
Imposible de contarlo,
Discurso el más elocuente
Que salió de cuerdos labios.

Nadie oyéndole creyera
Y lástima fué pensarlo,
Que hubiese dentro de un loco
Poesía y saber tanto.

Ya terminada la cena
La cama le prepararon,
Y caballeros y damas
Hicieron sus comentarios.

Don Fernando les propuso,
Y los demás apoyaron,
Que les contara el cautivo
Su historia y hechos más raros,

Y así fué que aquél viajero
Contó sus penas, contando
Larga historia interesante,
De aventuras de soldado. (1)

---

(1) Imposible seguir a la letra, ni pretender sintetizar el notabilísimo discurso que acerca de las «letras y armas» puso Cervantes en boca de su fantástico personaje al final del capítulo XXXVII y en todo el capítulo XXXVIII de su inmortal obra; por esto no se hace aquí consignar el sitio en que se colocó el hermoso discurso de que se habla; hay además otra circunstancia y es la de que dentro del plan seguido en este «Romancero» solo caben las aventuras en que toman parte Don Quijote y Sancho Panza; también por esta razón se prescinde aquí de sintetizar el contenido de los capítulos XXXIX y XLI, que contienen la «Historia del Cautivo», asunto de verdadero interés, pero por completo independiente de cuanto afecta y guarda relación con la vida y aventuras de Don Quijote y su escudero Sancho Panza.

ROMANCE XXXIV

QUE TRATA DE LO QUE MÁS SUCEDIÓ EN LA VENTA Y DE OTRAS MUCHAS COSAS DIGNAS DE SABERSE (*)

Indicios de prueba fuertes
Son los impulsos del alma.

Aprendizajes de vida
Y distracciones del alma,
Proporcionan muchas veces
Estar en una posada.

Y a fe que aquella del cuento
Que Cervantes ideara,
Fué lugar interesante
Como punto de parada.

Es ameno, entretenido,
Ver como llevan en marcha
Cada viajero una historia,
Cada historia una enseñanza.

Dijo la suya el cautivo
Y otra ya se preparaba,
De tal modo que sin ésta
Era historia no acabada.

Coche y hombres a caballo,
Que por el polvo y la traza,
Mostraban al acercarse
Llegar de mucha distancia,

(*) 1.ª parte.—Capítulo XLIII.

En la venta hicieron alto
  Y allí pidieron posada,
  Contestando la ventera
  No poder entonces darla;

Ni un palmo, con tanta gente,
  En el mesón la quedaba,
  Y era verdad lo que dijo
  Por los demás confirmada.

—*Pues aunque todo eso sea,*
  Dijo el pedidor con calma,
  El señor oidor viene
  Y aquí ha de tener estancia.

Arreglad según podáis
  El caso porque la haya,
  Que no ha de faltarle una
  A quien se merece tantas.

A este tiempo ya del coche
  Un viajero se apeaba,
  Con traje que de su cargo
  Demostración era clara.

Vestía la *ropa luenga*
  Y las mangas arrocadas,
  Y llevaba de la mano
  Doncella bien ataviada.

Vestía ella de camino
  Y era preciosa su cara,
  Con diez y seis primaveras
  Y un esplendor de alborada.

A ellos llegó Don Quijote
  Y díjoles con cachaza,
  Podían en el castillo
  Bien *espaciarse a sus anchas.*

—*No hay estrecheza en el mundo*
  Que a las letras y las armas
  No dé lugar, y esto menos
  Si bellezas acompañan.

Así les dijo el hidalgo
  Con otras muchas palabras,
  Y fueron los otros huéspedes
  Corteses con quien llegaba.

Quedó el oidor confuso
De oir a hombre de tal facha,
Y ver que los otros eran
No de gentes ordinarias.

Se acomodaron las cosas
De modo que se quedaran,
Las mujeres en un cuarto
Y ellos fuera, *como en guarda.*

* * *

El cautivo que impaciente
Al oidor observaba,
Sintió hacia éste y su hija
Secreto impulso del alma.

Rápidas indagaciones
Justificaron sus ansias:
Era el oidor, su hermano,
Hermano a quien tanto amaba.

Tras muchos años de ausencia
Y de ocurrir cosas tantas,
Dios que todo lo dispone,
En un mesón los juntaba.

No queriendo de repente
Decir quién fuera a las claras,
De buena gana hizo el cura
Oficios de diplomacia.

Bien preparado el encuentro,
Hubo alegrías y lágrimas,
Y reflejar no es posible
La escena que allí pasaba.

Gozaron todos la dicha
Que los hermanos hallaban,
Y que Don Quijote oyó
Sin perder acto o palabra;

Más como siempre los hechos
Para él, cuanto pasara,
De andante caballería
Eran aventuras raras,

Por si *follón* o *gigante*
O *mal andante,* intentara
Querer robar el tesoro
De belleza allí encerrada;

No hubo medio a disuadirle
Del castillo estar en guardia,
Y se salió de la venta
Al recogerse las damas.

ROMANCE XXXV

DONDE SE CUENTA LA AGRADABLE HISTORIA DEL MOZO DE MULAS, CON OTROS EXTRAÑOS ACAECIMIENTOS EN LA VENTA SUCEDIDOS (*)

Caballo loco que salta
Es el amor de un mancebo.

Estaba todo en silencio,
Y de prisa en sus andares
El alba, entre cielo y tierra
Pugnaba por asomarse.

Rompió la monotonía
De aquel silencio apreciable,
El eco dulce y armónico
De trovas y de cantares.

A oído de las mujeres
Notas agudas y graves
Llegaron, y fué Cardenio
A que más se impacientasen.

—*Escúchele quien no duerma*
Y a fé que habrá de alegrarse;
Es *voz de un mozo de mulas*
Que seduce al escucharle.

(*) 1.ª parte.—Capítulo XLIII.

Así dijo, y Dorotea
  Respondió, tomaban parte
  En la escucha de las trovas
  Melancólicas y suaves.

Y Dorotea fué a Clara
  Haciendo que despertase,
  Y la hija del Justicia
  Sintió alegría y afanes.

Y puesta en decir la causa
  De su placer y pesares,
  A Dorotea en voz queda,
  Dijo secretos de amante:

Que no era mozo de mulas
  Quien cantaba con tal arte,
  Y por el contrario, era
  El señor de dos lugares;

Cómo y cuándo verle pudo
  No sabía ella explicarse,
  Y la dió a entender por señas
  Amor puro, honrado y grande;

No podía de otro modo
  Con ella comunicarse,
  Y ella también le adoraba
  Aun no queriendo adorarle.

Tan niña como ella el mozo
  Y muy hacendado el padre,
  No consentiría éste
  Que con ella se casase;

Y porque así lo pensaba
  Hacía por olvidarle,
  Sin que conseguir pudiera
  Que su alma lo borrase.

En fin; que de su persona
  Y actos de amor dió detalles,
  Y de ser un buen poeta,
  Y de ser gran estudiante;

Que no le vió cuando tuvo
  De aquel pueblo que ausentarse,
  Y en una de las posadas
  Recibió susto agradable;

Y el susto fué conocerle
A pesar de sus disfraces
Yendo de mozo de mulas
Al servicio de su padre;

Que jamás le habló palabra,
Querría que la dejase;
Pero que ya no podía
Tener vida sin amarle.

A Dorotea hizo gracia
Tanta inocencia, y amable
La prometió entrometerse,
Para un feliz desenlace.

* * *

La hija de la ventera
Joven de amor en su clase,
De acuerdo con Maritornes
Dispuesta siempre a burlarse,

En contra de Don Quijote
Plan de los más singulares
Idearon y llevaron
A cabo en pocos instantes.

La pared que al campo daba
No tenía ventanales;
Pero había un agujero
Como le hay en los pajares.

Por él, subida en el asno
Vió al ingenioso arrogante,
Seguir haciendo la guarda
Del mesón como baluarte.

A Dulcinea invocaba
Con las más extrañas frases,
Cuando astuta la sirviente
Comenzó por *cecearle*.

Llegó el bravo caballero
Así que pudo enterarse,
Y volviendo a la locura
De quiméricos percances,

De la hermosa castellana
   Se creyó ser adorable,
   Deshaciéndose en excusas
   Al rehusar ser su amante.

La Maritornes le dijo
   Que a su ama contentase,
   Permitiendo únicamente
   Que sus manos se juntasen.

Cayó el hidalgo en la trampa,
   Y en pie sobre Rocinante,
   La mano que le pedían
   Al agujero hizo entrase;

Y Maritornes que todo
   Lo tenía previsto antes,
   Una cuerda en la muñeca,
   Le ató con fuerza bastante;

Se bajó a escape del burro
   Y acabando el disparate,
   De la cuerda el otro extremo
   Al cabestro logró atarle.

Rieron ama y criada
   Con sus diabólicos planes,
   Y sin contener la risa
   De allí se fueron a escape.

ROMANCE XXXVI

DONDE SE PROSIGUEN LOS INAUDITOS SUCESOS DE LA VENTA (*)

Es el amor tan valiente
Que nunca cede a la fuerza.

Suspendido por el brazo
Quedó el loco caballero,
¡Y menos mal!, sostenido
Sobre Rocinante a quieto,

Primero galanterías,
Y poco a poco improperios,
Al mirarse de tal modo
Fué Don Quijote diciendo.

Desprendido el nuevo día
De aquella noche de infierno,
A caballo cuatro hombres
Con *escopetas bien puestos,*

Arribaron a la venta
Y sobre la puerta, dieron
Grandes golpes de llamada
Que turbaron el silencio.

Visto esto por Don Quijote,
—Caballeros o escuderos
O quien quiera que seais,
Les dijo con duro acento:

(*) 1.ª parte.—Capítulos XLIV y XLV.

Por qué llamar no tenéis,
Y debiérais dar en ello,
A puertas deste castillo
No debe llamarse recio.

—*¿Qué diablos de fortaleza*
O castillo ha de ser esto
Para guardar ceremonias?
Y abrid si sois el ventero.

Así y alguna otra cosa
Dijo uno de los viajeros,
Manifestando disgusto
De que le hablaran en necio.

—*¿Tengo de ventero talle?*
Dijo el hidalgo soberbio;
Y entablóse una disputa
Que pudo ser rudo encuentro.

En tanto fué a Rocinante
Un caballo de más nervios,
Andando los dos caballos
En inmoral escarceo.

Por ello, el de Don Quijote
Se desclavó de su puesto
Haciendo que su jinete
Quedase solo y suspenso.

En grave apuro se hallaba
El valiente caballero,
Sus piés a *toca* o *no toca*
Sin llegar, y a ras del suelo;

Y fueron tantas las voces
Que a la sazón dió el manchego,
Que se despertaron todos
Y acudió al fin el ventero.

Así que vió Maritornes
Tal escándalo y estruendo,
Fué y deshizo lo que hizo,
Y el hidalgo quedó suelto.

* * *

Los cuatro hombres que llegaron
Al estar amaneciendo,
Al cantor mozo de mulas
Buscaban con gran empeño.

Pidiendo informes y dando
Detalles del jovenzuelo,
Le hallaron entre los otros
Criados del justiciero.

Dijéronle que su padre
Quedaba en el desconsuelo,
Y que a su casa tornara,
Y a tal fin iban resueltos.

Como don Luis le llamaban
Chocó aquel *don* a Cardenio,
Y a Cardenio, Dorotea
Dió la llave del secreto.

Si marchaba o no marchaba
Fué la disputa en aumento,
Y como hablaron ya fuerte
Todos bien se apercibieron.

Partido a favor del mozo
Tomaron ellas y ellos,
Que siempre el amor encuentra
Partidarios de su exceso.

El oidor llamó a parte
Al disfrazado mancebo
Y entre lloros y entusiasmos
Dijo el joven su tormento.

El oidor al oirle
Quedó absorto del suceso,
Y en situación tan difícil
Acudió a su aplazamiento.

* * *

En tanto que sucedían
Tan peregrinos enredos,
Aprovechando el descuido
Que síempre hay gente de acecho,

Sin pagar en la posada,
Y tal vez por ganar tiempo,
Marchar sin que fueran vistos
Intentaron dos sujetos.

No les salió bien la cuenta
Porque apercibido el dueño,
Se manifestó rebelde
A su proyectado acuerdo.

Acabadas las razones,
A puñadas la emprendieron,
Y a Don Quijote, socorro
Pidió la hija del ventero.

No se lo negó el andante;
Más dijo que para ello
Necesitaba licencia
Por su anterior juramento;

Y si la egregia princesa
De Micomicón, gran reino
Se la daba, en el instante
Aplicaría el remedio.

Le concedió Dorotea
Su permiso al caballero;
Pero al mirar Don Quijote
La baja clase de aquellos,

Alegó no ser posible
Dar su defensa y esfuerzo,
Pudiendo prestar auxilio
Sancho Panza, su escudero.

Y mientras estas razones
Alegaba el buen manchego,
Contra el dueño de la venta
Menudeaba el molimiento.

Por fin lograron palabras
Lo que los golpes no hicieron,
Y los tramposos pagaron
El gasto que habían hecho.

* * *

Seguían las emociones
  En la posada del cuento,
  Y cuando uno terminaba,
  Se presentaba otro enredo.

Ya de día entró en la venta
  Aquel infeliz barbero,
  A quien bacía y albardas
  Quitaron Sancho y su dueño.

Conoció a Sancho enseguida
  Y a Sancho se fué resuelto:
  Palabras fuertes al pronto,
  Y fuertes puñadas luego.

Mucho Don Quijote holgóse
  Al ver de Sancho el denuedo,
  Tanto que pensó en sus mientes
  Armarle de caballero.

Ya todos apercibidos
  De razones y golpeos,
  Sancho Panza y Don Quijote
  La ocurrencia refirieron.

—Para *que Vuestras Mercedes*
  Vean claro y manifiesto
  El error; *llama bacía*
  A lo que fué y es el yelmo;

Es el *yelmo de Mambrino*
  Que le quité con mi esfuerzo
  Y así fué: y *lo de la albarda,*
  Yo en verdad no me entrometo.

Una vez que así les dijo
  El andante aventurero,
  Que la bacía mostrara
  Ordenóle a Sancho en serio.

—Así podrán convencerse
  Añadió terco que terco;
  No todo *en este castillo*
  Ha de ser encantamento.

ROMANCE XXXVII

DONDE SE ACABA DE AVERIGUAR LA DUDA DEL YELMO DE MAMBRINO Y DE LA ALBARDA Y OTRAS AVENTURAS SUCEDIDAS CON TODA VERDAD (*)

Como la gente lo diga
Lo blanco parece negro.

En la enconada disputa
De si era yelmo o bacía,
Y si era jaez o albarda
Lo hurtado a la fuerza viva;

Nicolasillo el barbero
Tuvo la idea maldita,
De fomentar la locura
Que su paisano sufría.

Y encarado a su colega
Hombre de menos malicias,
Ponderando su pasado
Y propia sabiduría,

Aseguró ser un yelmo
Cosa para él conocida,
La bacía de que hablaban
Y pusieron a su vista.

(*) 1.ª parte.—Capítulo XLVI.

Siguieron otros la burla
Con intención tan dañina,
Y acordaron que por votos
Concluyera la porfía.

De uno a uno, Don Fernando
Con seriedad mal fingida,
Recogía pareceres
Con que apoyar la mentira.

De la votación secreta
Resumen hizo enseguida
Y yelmo ser resultaba,
La prenda que discutían.

Y la albarda de igual modo
Jaez era y cosa fina,
Por más que así no pensara
Quien por el robo sufría.

Aquél *barbero burlado*
Inútilmente rechina
Protestando de manera
Que daba de oirlo grima.

Uno de los cuadrilleros
De los cuatro que allí había,
Dijo estar *hecho una uva*
Quien dijese cual decían.

—*Como bellaco villano*
Mentís, replicó con ira
Don Quijote, disponiéndose
A una fuerte acometida.

Pedazos se hizo en el suelo
Aquél lanzón que esgrimía,
Y los demás cuadrilleros
Se fueron a la ofensiva;

Hasta el dueño de la venta
Se fué a buscar su varilla,
Pues de aquella Hermandad Santa
Formaba una parte activa. (1)

Y la que después armóse
Nadie describir podría,
Y gracias a una locura
Del loco, cesó la riña.

Don Quijote su memoria
Revolvió y vió que veía
La *del campo de agramante,*
Discordia la más reñida.

Nombró al oidor y al cura,
Del modo que lo entendían,
Rey Agramante al primero,
Y Rey Sobrino al curita;

Y hecho así, la paz a todos
Impuso y le obedecían,
Porque nadie iba ganando
En aquella cachetina.

* * *

El oidor y Cardenio
Luego después, convenían
Con el cura y Don Fernando
Lo que con Don Luis se haría;

Que tres criados tornaran,
Y fuera el otro a Sevilla
Con don Luis, de cuyo padre
La respuesta esperarían.

Y estando todo en sosiego,
El demonio que maquina
Siempre que vé que las almas
Se pueden estar tranquilas,

Dispuso que un cuadrillero
A quien castigado habían,
Recordara un mandamiento
De los varios que tenía:

Orden de prisión en regla
De Sancho a tiempo temida,
Y otra contra Don Quijote,
Por libertar gentecilla.

Una vez reconocido
Asió al cuello a quien decía,
Y favor demandó a gritos
De todos cuantos le oían.

Logró el manchego soltarse
De quien tan fuerte le asía,
Puso en su garganta manos
Que de hierro parecían,

Y otra vez se armó la gresca
Con barruntos de palizas,
Pidiendo los cuadrilleros
Al que hacer preso debían.
—¡Vive el Señor! dijo Sancho,
Que bien mi amo adivina,
De que todo encantamento
En este castillo anida.

---

(1) Para descripción de la escena que se desarrolló se hace aquí preciso dejar la descripción al mismo Cervantes: «Don Quijote puso mano a su espada y arremetió a los cuadrilleros; Don Luis daba voces a sus criados que le dejasen a él y acorriesen a D. Quijote y a Cardenio; el cura daba voces, la ventera gritaba, su hija se afligía, Maritornes lloraba. Dorotea estaba confusa, Luscinda suspensa y D.ª Clara desmayada; el barbero aporreaba a Sancho; Sancho molía al barbero; D. Luis a quien un criado suyo se atrevió a asirle del brazo porque no se fuese, le dió una puñada en los dientes que le bañó en sangre; el oidor le defendía; D. Fernando tenía bajo sus piés a un cuadrillero midiéndole el cuerpo con ellos muy a su sabor: el ventero tornó a reforzar la voz, pidiendo favor a la Santa Hermandad; de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mojicones, palos, coces y efusión de sangre...»

ROMANCE XXXVIII

EN QUE SE DÁ FIN A LA NOTABLE AVENTURA DE LOS CUADRILLEROS, Y LA GRAN FEROCIDAD DE NUESTRO BUEN CABALLERO DON QUIJOTE (*)

A cada paso se riñe
Con aquel que más se quiere.

El cura con su elocuencia,
Fernando con su bolsillo,
Concluyeron las cuestiones
Que metieron tanto ruído.

Todo en calma Don Quijote
No terminó su delirio,
Y a la hermosa Dorotea
Pidió salir del castillo.

La dijo que la tardanza
Era en la guerra un peligro,
Y que matar al gigante
Era cuanto antes preciso.

La infanta Micomicona
A pronta marcha se avino,
Aunque malicias de Sancho
Fueron razones de juicio;

Dijo que a ser Dorotea
Lo que a creer llegó el mismo,
No se andaría hocicando,
Cosa que bien hubo visto,

(*) 1.ª parte.—Capítulo XLVI.

Con alguno de la rueda
   Que no era Santo de fijo,
   Y sí mortal que aprovecha
   Confusiones y descuidos.

A esto añadió groserías
   Frases de color tan vivo,
   Que sacaron los colores
   Al rubor más atrevido.

Montó en cólera el hidalgo
   Improperios mil le dijo,
   Echóle de su presencia
   Y Sancho salió aturdido.

Dorotea con ingenio
   De buen pararrayos hizo
   Convenciendo a Don Quijote,
   Que ya estaba convencido,

Que todo era encantamento
   En aquel terrible sitio,
   Y ver pudo el escudero
   Cosas de modo distinto.

Humillaciones de Sancho,
   Del amo faltas de juicio,
   Terminaron la contienda
   Y quedaron como amigos.



ROMANCE XXXIX

DEL EXTRAÑO MODO CON QUE FUÉ ENCANTADO DON QUIJOTE DE LA MANCHA (*)

Para tratar con un loco
Vale astucia más que fuerza.

Un cura como aquel cura
Sólo un Cervantes lo idea,
Con travesuras de mundo
Zurcir intenciones buenas.

Maquinó el travieso Padre
Para salir con su empresa
Y llevarse a Don Quijote
Sin causar a otros molestia,

Valerse de una diablura
Que sólo un loco creyera
Preparando encantamentos
Contra quien con ellos sueña.

Todos su plan ayudando
Vieron llegar a la venta,
Un carretero de bueyes
Propicio al plan y la oferta.

Una como jaula hicieron
Con tablas fuertes y gruesas,
Y todos se disfrazaron
Como figuras grotescas.

(*) 1.ª parte.—Capítulo XLVII

Fueron donde reposaba
De las pasadas refriegas,
El más hidalgo manchego
Que pudo pisar la tierra;

Y antes de que despertase
Y uso hiciese de su fuerza,
Le ataron de piés y manos
Sin que moverse pudiera.

Despertó con sobresalto
Y luego que se dió cuenta
Fantasmas de aquel castillo
Vió en las figuras aquellas.

Sólo Sancho comprendía
La realidad, aunque a medias;
Pero se cosió los labios
Y esperó con impaciencia.

Allí llevaron la jaula
Y lo encerraron en ella,
Enclavando dos maderos
Para que no se rompiera.

Después aquellas visiones
De distinta vestimenta,
Colocaron en el carro
Aquel jaulón de madera.

Fué de oir a Don Quijote
En su locura y simplezas;
Pero salió a maravilla
El plan del cura de aldea.

ROMANCE XL

DONDE SE REFIERE EL VIAJE DEL ENCANTADO CABALLERO DE LA MANCHA, CON OTROS FAMOSOS SUCESOS (*)

Engañar se puede a un listo
Más fácilmente que a un tonto.

Volando su pensamiento
Y el cuerpo a paso de bueyes;
Va Don Quijote en la jaula
Donde no piensa ni quiere.

Le confunde y atormenta
Todo cuanto le sucede,
Y va hilando disparates
Mientras el carro se mueve.

El grupo aquel caminaba
De la manera siguiente:
Lo primero, la carreta
Con el jaulón tosco y fuerte:

A los lados, cuadrilleros
Con sus ballestas corrientes;
Luego después, Sancho Panza
Con malicias y sandeces;

Detrás de todo, el barbero
Y el sacerdote ocurrente,
Y los dos con antifaces
Porque no los conociese.

(*) 1.ª parte.—Capítulo XLVII

Volviendo el cura la cara
Vió a caballo seis o siete
Hombres de paz en su aspecto,
Que llegaban diligentes.

Por lo que después se supo
Era el señor de tal gente,
Canónigo de Toledo
Y hombre de pluma y de leyes,

Curioso como cualquiera
Sin dejar de ser prudente,
Preguntó qué motivaba
Llevar hombre de tal suerte.

Oído por Don Quijote
Dijo con frases corteses,
Que había sido encantado
Por envidias al que vence:

A esto acudió el licenciado
Para evitar que dijeren
Algo, que romper pudiera
Trama tejida hábilmente.

Entrometióse allí Sancho
Y en lenguaje rudo y breve,
Negó del encantamento
Cuanto decirle pudieren.

—*¡Señor cura, señor cura!*
Repetía sonriente,
Pues sepa que le conozco
Y entiendo lo que sucede.

Cura y Canónigo hablaron,
Sin que Sancho les oyere
De lo hecho por Don Quijote
Y el por qué de ser demente.

Libros de caballería,
Con el juicio que merecen
Fueron el tema obligado
De discursos elocuentes.

El uno y otro conformes
Que con ellos no se aprende,
Y que son perjudiciales
Por cuanto en ellos se miente.

ROMANCE XLI

DONDE PROSIGUE EL CANÓNIGO LA MATERIA DE LOS LIBROS DE CABALLERÍAS CON OTRAS COSAS DIGNAS DE SU INGENIO (*)

Cuando los tontos discurren
Golpean sobre seguro.

El Canónigo seguía
Bien concertado discurso,
Respecto a los malos libros
Que perjudicaban mucho.

Cosas muy discretas dijo
De las comedias y el mundo,
Y a observaciones del cura
Más su ingenio brillar pudo.

A indicación del barbero
Hicieron parada y punto,
Llegaron a hermoso valle
Donde comerían juntos,

Sitio para sestear
Que no le iguala ninguno;
Y allí prepararon viandas
De necesidad y gusto.

(*) 1.ª parte.—Capítulo XLVIII.

Observando Sancho Panza
Que nunca pecó de mudo,
Que hablar al señor podía,
Sin testigos importunos,

Díjole haber conocido
Y estaba en ello seguro,
Ser el cura y el barbero
Los de disfraces de luto;

Pero volvió Don Quijote
A no mostrarse sesudo,
Y a que por encantamento
Lo claro se hacía obscuro.

Como prueba concluyente
Aunque prueba de hombre rudo,
Hizo Sancho una pregunta
Que a su amo dejó confuso.

Y fué si tenía gana
De salir de algún *apuro,*
Como los demás mortales
Cuando les aprieta mucho.

Lo entendió al fin el manchego
Y aunque no tan en palurdo
No negó estar en el trance
Que la realidad le puso.

—*Ya te entiendo;* respondióle
Y muchas veces lo sufro,
Sácame deste peligro
Porque no anda todo pulcro.

ROMANCE XLII

DONDE SE TRATA DEL DISCRETO COLOQUIO QUE SANCHO PANZA TUVO CON SU SEÑOR D. QUIJOTE (*)

Ven los locos en los cuerdos
Unos infelices locos.

Venga acá, Señor: ¿podría
Negar que de alguno malo
Dicen «no come», «no bebe»,
«No duerme» estará encantado?

Y esto a poco que se piense
Decir quiere y dice claro,
Que si vos coméis, bebéis
Y otras cosas que me callo,

O yo debo ser muy bruto
O no estáis en tal encanto.
Así, dijo a Don Quijote
Su fiel escudero Sancho;

Pero el ilustre manchego
El argumento acatando,
Respondió que ciertamente
Sucedió así en lo pasado;

Y que los encantadores
Que así causaban su daño
Con su poder, bien podían
De otro modo hacer encantos.

(*) 1.ª parte.—Capítulo XLIX.

Pues con todo el escudero,
  Dijo necio y porfiado,
  Vuestra merced haga prueba
  De mirar si hay o no engaño.

Salir desta cárcel quiera
  Que yo prometo ayudarlo:
  Y a probar más aventuras
  Enhorabuena vayamos.

Los bueyes el carretero
  Desunció luego del carro,
  Y Sancho al cura le dijo
  Dejasen libre a su amo,

Porque si así no se hacía,
  Aunque sólo fuera un rato
  No iría limpia la jaula,
  Y molestaría olfatos.

—Si dá como caballero
  Palabra de no dejarnos,
  Se soltará, dijo el cura
  Convencido ser del caso.

—*Sí doy, dijo Don Quijote*
  Que todo estaba escuchando:
  Y al fin y a gusto de todos
  Allí le *desenjaularon.*

Palmadas dió a Rocinante,
  Panza le llevó más largo,
  Y a poco, ya el caballero
  Regresó *más aliviado.*

Sin ocultar su extrañeza
  El canónigo mirábalo
  Y departir con él quiso
  En verde yerba sentados.

Dióle atinadas razones
  Y a su juicio llamó en vano,
  Diciéndoles las verdades
  Que le habían ocultado.

Le habló mucho de los libros
  Que su razón trastornaron,
  Deshaciendo disparates
  Con sabrosos comentarios.

Todo inútil: Don Quijote
Con lenguaje reposado,
Mezclando historia con cuentos
De los más disparatados,

Más se afirmó en su manía
Con hechos extraordinarios,
Demostrando entendimiento
Preso en desatinos tantos.

—*Hallo por mi cuenta dijo,*
Que vuestra merced si acaso,
Es en el presente trance
El sin juicio y encantado.

ROMANCE XLIII

DONDE PROSIGUEN LAS DISCRETAS ALTERACIONES QUE DON QUIJOTE Y EL CANÓNIGO, TUVIERON CON OTROS SUCESOS. (*)

A fuerza de andar con ellos
Hasta los tontos son locos.

A un loco que se desata
Es muy difícil atarle;
Y es dar en la matadura
De su locura burlarse.

Así fué que Don Quijote,
De imaginación brillante,
Tomó para ejemplo un cuento
De los demás disparates.

Desbordó su fantasía
Y sin parar un instante,
De un lago de pez hirviendo
A borbollones y grande.

Recordó; y en aquel lago
Él *vió un caballero andante,*
Y en agua sapos, *serpientes*
Y otros bichos repugnantes;

(*) 1.ª parte.—Capítulo L.

Que invitado el caballero
Por una voz dulce y suave
Sin miedo a nada, arrojóse
En el aceite abrasante;

Y que cuando *él no se cata*
Ni medita en su paraje,
Se mira en floridos campos
Que no pudo imaginarse;

Que se halla frente a un alcázar,
Castillo fuerte o baluarte,
Con muros de oro macizo
Y las almenas diamantes;

Que doncellas que son muchas
Salen *con vistosos trajes,*
Y le lavan y perfuman
Y otros y muchos detalles;

De todo lo cual indujo
Que leído en cualquier parte
Libro de caballerías
A todos ha de gustarles.

Habló luego de su idea,
Su propósito y afanes
Y de dar a Sancho Panza
Insula que gobernase.

Y así que oyó el escudero
Cómo él entraba en los planes,
Volvió a pedir a su amo
Que por su bien trabajase.

A objeciones del Canónigo
Le replicó con donaire,
No sabiendo el eclesiástico
Quien fuera más ignorante.

Volvían ya los criados
Con las viandas abundantes,
Cuando oyeron un estruendo
Producido entre zarzales.

Era una cabra, el cabrero
Asomó a pocos instantes,
Y la cogió por los cuernos
Y la decía insinuante:

¡Ah mi cerrera, cerrera
Que vas por los andurriales,
Hembra sois y sosegada
No estaréis, y Dios lo sabe!

Y como estas y otras cosas
Decía con tonos graves,
No era extraño que admirara
Y que todos se admirasen.

Hubo entre cura y cabrero
Cruce de discretas frases
Y otras suyas Don Quijote
Dijo en estilo elegante.

Una vez que fué obsequiado,
El pastor ofreció amable
Decir la historia y la causa
De hablar con los animales;

Y como todos mostraran,
Gran afán por escucharle,
Refirió lo que no deja
De ser algo interesante.

ROMANCE XLIV

QUE TRATA DE LO QUE CONTÓ EL CABRERO A TODOS LOS QUE LLEVABAN A DON QUIJOTE (*)

No es raro que las mujeres
Amen a quien las engaña.

Lo que refirió el cabrero
En su historia que fué larga,
Es preciso aquí decirlo
Con muchas menos palabras.

Lo que ocurre: unos amores,
Que dan celos y que dañan,
Y una mujer que ligera
Compromete honor y fama.

Una joven muy hermosa
A quien dos muchachos aman,
Los dos de buena familia,
Y posición desahogada;

Que llega un aventurero,
Soldado que fué en Italia,
Y luce vistosos trajes
Y miente contando hazañas;

Que la muchacha se siente
Del bribón enamorada,
Ycuando menos se piensa
Huye con él de su casa;

(*) 1.ª parte.—Capítulo LI.

Que volvió a poder del padre
Y aseguró la engañada,
Que tan sólo la robaron
El dinero y las alhajas;

Que no creyeron las gentes
Lo que decía Leandra,
Y que dudoso su padre
Tuvo por bien encerrarla;

Que por ello, el uno y otro,
Rivales por la muchacha,
Un Anselmo y el Eugenio
Que todo esto relataba,

Hicieron pacto y de allí
Partieron a más distancia
A vivir como pastores
Para olvido de sus ansias;

Y por fin, que otros hicieron
Lo mismo para olvidarla,
Y eran muchos los pastores
Que su amor disimulaban.

Los unos la maldecían,
Otros soñaron venganzas,
Sonando en valle y en monte
Aquel nombre de Leandra.

ROMANCE XLV

DE LA PENDENCIA QUE DON QUIJOTE TUVO CON EL CABRERO, CON LA RARA AVENTURA DE LOS DISCIPLINANTES, A QUIEN DIÓ FELIZ FIN A COSTA DE SU SUDOR (*)

Según aprecia las cosas
La voluntad, se decide.

Finó el cabrero la historia
Dicha con estilo ameno,
Más propio de un cortesano
Que de rústico labriego.

Todos al pastor amante
Finamente se ofrecieron,
Sobresaliendo entre todos
El ingenioso manchego.

Que, a poder en aventuras
Entrometerse de lleno,
Sacaría él a Leandra
Si estaba en un monasterio;

Encantador malicioso
No puede más que otro bueno;
Esto y mucho más le dijo
El buen hidalgo al cabrero.

(*) 1.ª parte.—Capítulo LII.

Preguntó Eugenio a los otros
Quién fuese aquel caballero,
Y le dijeron quien era
Y ponderaron sus hechos.

—Hallo semejanza, dijo
El pastor, a lo que veo
A lo compuesto en historias
Con andantes caballeros:

O vuestra merced se burla
En lo que me va diciendo,
O él tiene *de la cabeza*
Vacíos los aposentos.

No resistió Don Quijote
Aquel insulto grosero,
Y arrojó un pan a la cara
Del que le faltó el respeto,

Sin reparar en manteles
Ni en los que había comiendo,
El pastor sobre el hidalgo
Saltó asiéndole del cuello.

Aunque mediaron los otros
Grave se puso el suceso,
Y llovieron mojicones
Y la sangre llegó al suelo.

Debajo cayó y luchaba
La flor de los caballeros,
Cuando llegó a sus oídos
De fuerte trompeta el eco.

* * *

Don Quijote pidió treguas
A su contrario, creyendo
Que la trompeta indicaba
Ser necesario su esfuerzo.

Hecha la paz, el coloso
Más valiente de su tiempo
Hombres vestidos de blanco
Vió bajar por un *recuesto.*

Era el caso que aquel año
No fué largo en agua el cielo,
Y se hacían procesiones
Misericordia pidiendo.

A tal efecto la gente
De aldeas de aquel terreno,
En procesión a una ermita
Acudían con sus rezos.

Al ver de disciplinante
Los trajes, pensó el manchego
Que era cosa de aventuras
Y no debía estar quieto;

Y su ilusión fué más grande
En su magín mal dispuesto,
Viendo imagen que llevaban
Cubierta toda de negro,

Dama principal de luto
Que sin su consentimiento
Llevaban, creyó la imagen
Su perturbado cerebro,

Y arremetió a Rocinante
Que cerca estaba paciendo,
A Sancho pidió su espada
Y dijo a los que le oyeron:

--*Valerosa compañía:*
Veredes agora y luego,
Cuanto importa haya en el mundo
Los andantes caballeros.

Nadie pudo detenerle;
A todas razones ciego
Y a la procesión llegando
En voz alta y tono recio;

—*Los que os cubrid los rostros,*
Sin duda por no ser buenos,
Atended y escuchad, dijo,
Lo que yo deciros quiero:

Dejad libre a *essa señora,*
Cuyas lagrimas comprendo,
Porque *algún desaguisado*
Le habedes vosotros *fecho.*

Añadió más ocurrencias
Y en resumen de todo ello,
Que menudearon los golpes
Y fué Don Quijote al suelo;

Y mayores desatinos
Dijo Sancho el escudero,
Cuando al llegar a su amo
Le consideraba muerto.

En sí volvió el mal herido
Y aceptando los consejos,
Avínose de buen grado
A regresar a su pueblo.

Siguió su andar el canónigo
Marcharon los cuadrilleros,
Y en el carro de los bueyes
A Don Quijote pusieron.

Cada cual fué a su camino
Y todo quedó repuesto,
Y fin se dió a la jornada,
Sin otro acontecimiento.

Llegó el caballero andante
A su casa, y en el lecho,
Dejáronle ama y sobrina,
Sancho, el cura y el barbero.

ROMANCE XLVI

DE LO QUE EL CURA Y EL BARBERO PASARON CON DON QUIJOTE CERCA DE SU ENFERMEDAD (*)

Cuando no está bien cerrada
No hay que arañar en la herida.

Un día tras otro día
Más de un año según cuenta
Cide Hamete Benengeli,
Moro de pluma traviesa,

Pasó el ingenioso hidalgo
Con la razón tan serena,
Que de veras parecía
Curado de sus quimeras.

Un día, cura y barbero,
Después de tan larga fecha
Sin verle, por no excitarle
Y que a lo de antes volviera,

Fueron a ver al enfermo
Y él con alegría inmensa,
Les recibió estando en cama,
Como el más cuerdo que hubiera.

Sentado estaba, y vestía
Verde almilla de bayeta
Y un bonete colorado,
Toledano por más señas.

(*) 2.ª parte.—Capítulo I.

Como hacen en los casinos,
Alrededor de una mesa
Los tres, de *razón de Estado*
Y de cómo se gobierna

Hablaban, y cada uno
Mostraba especial idea,
Con proyectos salvadores
Para la paz y la guerra.

Como el hombre de más juicio
Y brillante inteligencia,
Expresaba Don Quijote
Conocimientos e ideas.

En mal hora el señor cura
Propúsose hacer la prueba
Para saber si su amigo
Volvió a la razón completa.

Y fué así: *de lance en lance*
Dijo *haber llegado nuevas,*
De que preparaba el Turco
Potente armada soberbia.

No se sabía por dónde
Tan gran nublado cayera
Y Su Majestad tomaba
Resoluciones diversas.

Cayó en el lazo el incauto
Y volviendo a su dolencia,
Con caballeros andantes
Creyó la cosa resuelta.

Algo imprudente el barbero
Después de obtener la venia,
Refirió el cuento de un loco
Con alusiones directas.

—*¡Ah señor, señor rapista!*
Por Dios que ciego es de veras,
Quien por *tela de cedazo*
No vé lo que vé cualquiera.

Así con otras razones
Contestó con gran presteza,
El más ingenioso hidalgo
Que ha pisado hispana tierra.

Barajó nombres y hechos
De los libros que leyera
Y el loco volvió a ser loco
Sin remedios de la ciencia.

En esto que ama y sobrina
Daban muchas voces fuera,
Y fueron todos al ruído
De inesperada contienda.

ROMANCE XLVII

QUE TRATA DE LA NOTABLE PENDENCIA QUE SANCHO PANZA TUVO CON LA SOBRINA Y AMA DE DON QUIJOTE, CON OTROS SUCESOS GRACIOSOS. (*)

No convencen las verdades
A nadie que ama el engaño.

Quería ver Sancho Panza
A su andante caballero,
Y ambas, el ama y sobrina
No consentían en ello,

Y por eso eran las voces
Y la disputa y jaleo,
Y cosas muy peregrinas
Uno y otras se dijeron.

—*¿Y qué quiere en esta casa*
Y qué quiere *este mostrenco?*
Idos a la vuestra, hermano,
Que grande mal habéis hecho.

Sois quien distrae y sonsaca
A nuestro señor y dueño,
Le lleva por andurriales
Y pone como le ha puesto.

(*) 2.ª parte.—Capítulo II

—He sido yo el sonsacado
Y el distraído, entendedlo,
Dijo Sancho a las mujeres,
Con ademanes resueltos:

Él me sacó de mi casa
Con engañifas, por cierto,
Prometiéndome una ínsula
Que hasta ahora que la espero.

Puso fin a la disputa
Altiva voz del enfermo;
Entró Sancho y se marcharon
A la vez cura y barbero.

Preguntó el hidalgo a Panza
Que decían por el pueblo,
Y obligado a las verdades
Habló Sancho sin rodeos;

Que por loco le tenían
Todos los malos y buenos,
Y no menos mentecato
A él, como su escudero;

Y que nada siendo mucho
Era para el caso esto,
Acerca de las *caloñas*
Contra el noble caballero;

Que llegó de Salamanca
Un hijo estudioso y bueno
De Bartolomé Carrasco,
Bachiller y de provecho,

Y que Sansón que es el nombre
Que lleva en la iglesia puesto,
Le dijo andar en historias
Toda su vida y sus hechos.

Era *El Ingenioso Hidalgo*
Don Quijote, le dijeron,
El libro de que le hablaban
Y él también andaba en cuento;

Que hablaban de *Dulcinea*
del Toboso, y autor dello
Cide Hamete Berengena,
Según a Sansón dijeron.

Al oir estas noticias
Perdió el hidalgo el sosiego,
Sin que contener pudiera
La comezón de sus nervios.

Propuesto por Sancho Panza
Y aceptando en el momento,
Por el bachiller Carrasco
Fué Sancho Panza corriendo.



ROMANCE XLVIII

DEL RIDÍCULO RAZONAMIENTO QUE PASÓ ENTRE DON QUIJOTE, SANCHO PANZA Y EL BACHILLER SANSÓN CARRASCO (*)

Causan las adulaciones
Más perjuicio que provecho.

Era el tal Sansón Carrasco
De imaginación muy viva,
Con vocación de tunante
Y fondo de picardías.

No era *muy grande de cuerpo*
Aunque Sansón se decía,
Socarrón carirredondo,
Y de tez descolorida;

Nariz chata, boca grande,
Señales todas que indican
La *condición maldiciosa*
Que de seguro tenía.

De donaires y de burlas
Amigo, y así enseguida
Se puso viendo al hidalgo
Delante dél derrodillas.

(*) 2.ª parte.—Capítulo III.

Besarle quiso las manos
  Fabricando cortesías,
  Y halagando el amor propio
  Que gusta de las mentiras.

Habló del famoso libro
  Que por el mundo corría,
  Y fué mentando aventuras
  Probando ser conocidas.

Oíale Don Quijote
  Con la interior alegría
  Que produce la lisonja
  En hombres de alma sencilla.

Preguntó Sancho si entraban
  Los yangüeses en la lista,
  Y el bachiller contestóle
  Que de todo hicieron cita:

Hasta lo de las cabriolas
  Que Sancho en la manta hacía,
  Describiendo pormenores
  Entre verdad y mentira.

—*En el aire, no en la manta*
  Es donde decir podrían,
  —*Y más de las que quisiera*
  Respondió Sancho con ira.

Se puso con esto al toque
  La persistente manía,
  De Panza sobre la ínsula
  Por su señor ofrecida.

Socarrón Sansón Carrasco
  Hizo creer se decía
  Que había puntos obscuros
  En las memorias escritas;

Uno dellos que del rucio
  Contradiciones había,
  Que después de que le hurtaron
  Sancho montaba sin prisa;

Y era el otro los escudos,
  De la maleta cogida,
  No sabiéndose que Sancho
  Con los escudos haría

Dijo Panza que su *oíslo* (1)
Esperaba y la comida,
Y que al volver, de todo ello
Daría exacta noticia.

Y se fué; quedaron solos
Con plática entretenida,
Don Quijote en su locura,
Y Sansón, tapando risas.



(1) Su mujer, su esposa.

ROMANCE XLIX

DONDE SANCHO PANZA SATISFACE AL BACHILLER SANSÓN CARRASCO DE DUDAS Y PREGUNTAS, CON OTROS SUCESOS DIGNOS DE SABERSE Y DE CONTARSE (*)

Seguir la corriente a un loco
Tiene sus más y sus menos.

Con cuerpo como el de Sancho
Poco el comer entretiene,
Se come bien y de prisa,
Y de prisa se digiere.

Así que no tardó mucho
En volver y en frases breves
Decir del burro y del oro
Cuanto en verdad ocurriese;

Y como esto ya se sabe
Ser parece impertinente,
Repetir lo conocido
De quien antes lo leyere.

Y deslizándose luego
Con lo que había en su mente,
Pensando en aquella ínsula
Avaricia que le mueve,

Hizo loco que otro loco
En su locura insistiese,
Al aconsejar al amo
Que a más aventuras fuesen;

(*) 2.ª parte.—Capítulo IV.

Y a la tercera salida
Con Sansón allí presente,
Caballero y escudero
Acordaron exponerse.

Tanto más que Rocinante
Con ún relincho inconsciente,
Anunció feliz augurio
En lo que había de hacerse.

A qué punto en la jornada
Irían primeramente,
Preguntó a Sansón Carrasco
El mas fuerte de los fuertes;

Y el Bachiller contestóle
Que a vencer aragoneses,
En justas que Zaragoza
Tendría pronto solemnes;

Más le advirtió que cuidara
De ser en todo prudente,
Que su vida no era suya
Y sí la de muchos seres.

Sancho Panza machó el clavo
Y por lo que a él le fuere,
Advirtió no lucharía
Fueran unas u otras gentes;

Sería buen escudero
Sin echarlas de valiente:
Y así dicho y concertado
Volvió a la ínsula en ciernes,

Ponderó sus condiciones
Y ponderó su caletre,
Para ínsula y aun reino
Que Don Quijote le diere.

Quiso también Don Quijote
Que Sansón Carrasco hiciese,
De pie forzado unos versos
A Dulcinea la célebre.

Y los tres en el concierto
De lo que había de hacerse,
Se puso fin a la plática,
Y todo quedó corriente.

ROMANCE L

DE LA DISCRETA Y GRACIOSA PLÁTICA QUE PASÓ ENTRE SANCHO PANZA Y SU MUJER TERESA PANZA, Y OTROS SUCESOS DIGNOS DE FELICE RECORDACIÓN (*)

En las mujeres de aldea
Hay a veces buen sentido.

Con alegría de tonto
Regresó Sancho a su casa,
Y no tardó en conocerle
Su mujer Teresa Panza.

Le habló Sancho de sus planes,
Habló de sus esperanzas,
Y de reinos o una ínsula
Que había él de gobernarla:

Tenía por cosa cierta
Lo que despierto soñara,
Y era tratando todo esto
Un torrente de palabras.

Admitiendo, con sentido
Teresa tan necias ansias,
Que por sus hijos y ella
Le recomendó mirara;

Que advirtiese que Sanchico
Ya con quince años contaba,
Y que pensar en casarse
No era raro en Mari-Sancha.

(*) 2.ª parte.—Capítulo V.

Caso era de que pensase
Que la hija aun *mal casada,*
Mejor parece y le sienta,
Que bien como barragana.

—Casarla he, dijo Sancho
Si mi gobierno llegara,
Altamente, que no alcancen
Con señoría llamarla.

—*Eso no,* dijo *Teresa,*
Con su igual señor *casadla,*
No de zuecos a Chapines
Y que descubra la hilaza.

Duró algún tiempo el coloquio
Y ella por fin otorgaba,
No por estar convencida,
Por obediencia obligada.

Al tratar de su persona
Volvió Sancho a sus bobadas:
Sería doña Teresa
Y no Teresa a la llana;

En la iglesia sentaría
Sobre *alcatifa y almohadas,*
Y varias otras sandeces
Que ciertas imaginaba.

—Teresa Cascajo soy,
Y Cascajo se llamaba
Mi padre sin tener dones,
Sin arrequibe ni nada,

Y no quiero yo que digan
Si me miran de otra facha:
«Reparad en la *pazpuerca,*
Que copo de estopa hilaba».

Y entre dimes y diretes
Pudo haber una sonada
De no ser de tan buen juicio
Mujer de tan buena pasta.

En cuanto a Sanchico, Sancho
Tenerlo con él pensaba,
Y con esto y otras cosas
Quedó el matrimonio en calma.

ROMANCE LI

DE LO QUE LE PASÓ A DON QUIJOTE CON SU SOBRINA Y CON SU AMA; Y ES UNO DE LOS IMPORTANTES CAPÍTULOS DE TODA LA HISTORIA (*)

Cuando el ingenio anda loco
No hay razones que lo paren.

El ama junto a su amo,
La sobrina junto al tío,
Luchando más que se lucha
Luchando a brazo partido,

Con palabras y razones
De sano y prudente juicio
Sin comprender que todo era
Sermón y tiempo perdido,

Trataron inútilmente
De vencer y hacer tranquilo
Al hidalgo Don Quijote
Testarudo en sus delirios.

A razones oponía,
Las de su desequilibrio,
Las que su magín revuelto
Surgíale reflexivo.

Según él, los caballeros
No podían ser lo mismo,
Y los cortesanos eran
De los andantes distintos.

(*) 2.ª parte.—Capítulo VI.

Les habló de los linajes
  Que a números reducidos
  Eran cuatro, y fué diciendo
  Con sosiego y buen estilo:

Primero *unos que tuvieron*
  Los más *humildes principios,*
  Extendiendo y dilatando
  El orígen humildísimo;

Otros de *principios grandes*
  Que con ellos son nacidos,
  Y conservan y mantienen
  Sin perder lo así adquirido;

Otros de la misma clase
  Que por su ser y destino
  En punta como pirámide
  Fueron a dar sin sentirlo.

Otros por fin, los más dellos
  Que al no tener buen principio,
  Ni razonable manera
  Para los nobles designios,

Como linaje plebeyo
  Llegan al fin del camino,
  Sin dejar nada que pueda
  Por la fama ser escrito.

Es el resumen de todo
  Cuanto les dijo bien dicho,
  Que al hidalgo como al pobre
  Le quedaban dos caminos:

Uno es el de las letras,
  Otro el por él elegido
  El de las armas, por ellas
  Le decidía su sino.

Bajo influencia de Marte
  La suerte nacer le hizo,
  Y era en balde la porfía
  Contra plan bien concebido.

Con esto que llamó Sancho,
  El ama huyó de aquel sitio,
  Y abriéndole la sobrina
  Pasaron a otro recinto.

ROMANCE LII

DE LO QUE PASÓ DON QUIJOTE CON SU ESCUDERO, CON OTROS SUCESOS FAMOSÍSIMOS (*)

No mueren las esperanzas
Con el primer desengaño.

El ama de Don Quijote
A Sansón fué compungida,
Demandando sus auxilios
Y contándole sus cuitas.

El socarrón de Carrasco
Prometió que así lo haría,
Diciendo a Santa Polonia
El ama, oración bendita.

El ama se fué a su casa
Y el bachiller enseguida
Fué a ver al cura, y contarle
Todo aquello que ocurría.

Y mientras esto pasaba
Y se tramaban intrigas,
Entre Sancho y el andante
Hubo cosas peregrinas.

(*) 2.ª parte.—Capítulo VII.

Con chaparrón de refranes,
De los muchos que sabía,
Pidió Sancho una soldada
O jornal, o cosa fija.

Esto no estaba en los libros
De andantes caballerías,
Y Don Quijote negóse
A lo que Sancho quería.

En los dimes y diretes
Fué mútua la despedida,
Y sin terminar el punto
Sansón halló la porfía.

Con incienso y con zalemas,
Seguido de ama y sobrina
Entró el Bachiller Carrasco
Todo lleno de malicias.

Pidió al valiente manchego
No retrasar la salida,
Pues con ello demoraba
Hacer el bien que podía.

Se ofreció por su escudero
Si era su ayuda precisa,
Y al oirle Don Quijote
En Sancho clavó la vista.

Díjole como era cierto
Lo que antes le decía,
Que no faltan servidores
Para hidalgos de tal guisa.

Se conmovió Sancho Panza,
Y con frase dolorida
Se arrepintió de lo dicho,
Y que su mujer pedía.

—*No hay mazo que tanto apriete*
Aro de cuba ceñida,
Si se propone una cosa
Esta mujercita mía.

Pero el hombre ha de ser hombre
Y la mujer, mujer misma,
Y vencer deben los hombres
Influencias femeninas.

Dijo Sancho y esto dicho
  Acordóse la salida
  Del caballero y su mozo
  Para dentro de tres días.

Eran de oir las mujeres
  Lo que al bachiller decían,
  Mientras escudero y amo
  Se abrazaban a su vista.



ROMANCE LIII

DONDE SE CUENTA LO QUE LE SUCEDIÓ A DON QUIJOTE YENDO A VER A SU SEÑORA DULCINEA DEL TOBOSO (*)

No hay ilusión que perturbe
Como la ilusión de amores.

Otra vez Sancho y su amo
Salen buscando aventuras
Y aunque es de noche, parece
Que la luz del sol alumbra.

Tan inmensa es su alegría
Que gozan en sus locuras,
Y a la ciudad del Toboso
Van dirigidos sin duda.

Lo mismo que antes hicieron
Hacen mientras su andadura,
Soñar, decir disparates
Y hablar de los que murmuran.

Sostenía Don Quijote
Con talento sin cordura,
Que sólo porque hablen dellos
Quieren muchos la calumnia.

De la hermosa Dulcinea
Como su amor la figura
Por la envidia que produce
Rencor y *rabias* se juntan;

(*) 2.ª parte.—Capítulo VIII.

Pero más y sobre todo
De los que nombre procuran,
Y quieren a todo trance
No quedar entre penumbras.

El astuto Sancho Panza
Alegando tener dudas
De quien deja más recuerdos
Para épocas futuras,

Si el militar aguerrido
De buena o mala fortuna,
O aquel que muerto en el mundo,
Su capilla y sepultura

Adornan con cabelleras
Mortajas, cera en figuras
Piernas, ojos y otras cosas
De gratitud que perdura.

Le contestó el caballero
Que los santos sin disputa,
Y esto que Sancho esperaba
Dió lugar a la pregunta:

—¿No es resucitar a un muerto
Hazaña mayor en suma
Que matar algún gigante
De los que a la gente asustan?

Preguntó Sancho creyendo
Que vencería su astucia:
Si era mejor ir a santo
Que buscar las aventuras.

—Cada uno su destino
Trae al mundo y con él cumpla,
Y el mío estriba en las armas,
Religión de la más dura.

Así dijo Don Quijote,
Y ya cuando el sol deslumbra,
Al siguiente día vieron
El Toboso de su busca.

ROMANCE LIV

DONDE SE CUENTA LO QUE EN ÉL SE VERÁ (*)

No es culpable aquel que miente
Si a mentir se vé obligado.

Media noche era por filo,
Cuando Don Quijote y Sancho
En la ciudad del Toboso
Mansamente penetraron.

Para el mentiroso Panza
Trance fué más que apurado
Buscar a la Dulcinea
Y su alcázar o palacio.

Se oían gruñir los puercos,
Se oían mayar los gatos
Y rebuznar los jumentos,
Y el ladrar de perros varios.

En los ruídos mal agüero
Entendió ver el hidalgo,
Y estos mismos inquietaban
El corazón del criado.

Dijo ser casa pequeña
Y no edificio muy alto
Donde llegó con la carta
Según le habían mandado.

(*) 2.ª parte.—Capítulo IX.

Liso y llano Don Quijote
En lo que fueron hablando
Confesó que ni de vista
Conocía al ser amado.

—*Señor, no se atenga a eso*
Porque yo saber le hago
Que yo verla *fué de oidas*
Y fué la carta otro tanto.

Así dijo el escudero
Y el caballero obsecado,
Creyó que Sancho mentía
Al fabricar nuevo engaño,

En esta plática estaban
Y pasó cerca de ambos,
Un labrador con dos mulas
Que arrastraban un arado.

Preguntaron si sabía
De la dama los palacios,
El dijo ser forastero
Y les dejó en tal estado.

—A más andar llega el día,
Le dijo el mozo al hidalgo,
Y que salgamos del pueblo
Creo lo más acertado;

Que vuestra merced se embosque
Mientras yo vuelvo y doy pasos,
No dejando ni un *ostugo*
Que no mire con cuidado.

Bien pareció al ingenioso
Consejo que juzgó sano,
Y en práctica lo pusieron
Según lo había pensado.

ROMANCE LV

DONDE SE CUENTA LA INDUSTRIA QUE SANCHO TUVO PARA ENCANTAR A LA SEÑORA DULCINEA, Y DE OTROS SUCESOS TAN RIDÍCULOS COMO VERDADEROS (*)

La mentira de los tontos
No siempre la ven los listos.

A caballo descansando
En o sobre los estribos,
Y en arrimo de su lanza
Quedó el de amores cautivo.

Al Toboso volvió Sancho
Algo confuso y mohino,
Y cuando estuvo de modo
Que no le vió el escondido,

Se apeó el hombre del rucio
Y confuso y pensativo
Al pié de un árbol quedóse
Al habla *consigo mismo.*

Pasó razones y embustes
Que teníanle intranquilo,
Discurriendo la manera
De salir de aquellos líos.

(*) 2.ª parte.—Capítulo X.

De que su amo era un demente
Partió como punto fijo,
Y que ni él ni Don Quijote
A la dama habían visto.

—No será difícil cosa
Hacerle creer se dijo,
Que una mujer, la primera
Que cruce por el camino,

Es la hermosa que buscamos,
Y si él niega, yo lo afirmo,
Y serán encantadores
Que hacen ver todo distinto.

También le salió el suceso
Para su plan peregrino,
Que advirtió tres labradoras
En borricas o borricos.

Resuelto, a *paso tirado*
Volvió a buscar decidido
A su señor Don Quijote,
Con lamentos y suspiros;

Y trás de muchas mentiras
De más o menos sentido,
Díjole que la señora
De sus amantes martirios,

Llegaba con dos doncellas
Y sobre jaeces ricos,
A saludar al hidalgo
Prenda de sus amoríos.

Por fin de cuentas, el loco
Dió en creer los desatinos,
Y picando a Rocinante
Fué con Sancho comovido;

Y salieron de la selva
Cada cual con su designio,
Y en viendo a las labradoras
Llegar por aquellos sitios

Fué Sancho, cogió el cabestro
De uno de los tres pollinos
Y ante aquella labradora
Que lo montaba, contrito

Se arrodilló el escudero,
Y que quiso o que no quiso,
Piropos y acatamientos
Ridículos mil la hizo.

A esta sazón Don Quijote
Se hincó de hinojos lo mismo,
Y una de aquellas mujeres
Díjoles con tono vivo:

Mas jo que te estrego ¡ea!
Váyanse señores míos!
No hagan burlas de aldeanas,
Vayan por donde han venido.

Fueron las otras delante
Y siempre al señor sumiso,
Se alzó Sancho y dejó libre
La que había detenido.

Libre aquella chata, pronto
Dió a la burra con un pincho,
Y la burra tiró al suelo
A quien la daba martirio.

El señor y su criado
Acudieron más que listos,
Ayudando a levantarla
Aunque no fuera preciso,

Pues tomó algo de carrera
Y veloz y dando un brinco,
Se montó como los hombres,
Y marchó con paso vivo:

Igual que Sancho pensara
Fué después lo sucedido;
Eran los encantadores,
Sus mortales enemigos.

Que hicieron a Dulcinea
Una mujer sin hechizos,
Y hasta con olor de ajos
Que perturbaba el sentido.

Sancho Panza satisfecho
Y el amo con menos juicio;
Marchaban a Zaragoza
Seguros de conseguirlo.

ROMANCE LVI

DE LA EXTRAÑA AVENTURA QUE LE SUCEDIÓ AL VALEROSO DON QUIJOTE CON EL CARRO O CARRETA DE LAS CORTES DE LA MUERTE (*)

Cuando la razón se nubla
La verdad parece farsa.

A paso de poca prisa
Van hidalgo y escudero,
Don Quijote distraido
Y Panza pensando en necio.

A rienda suelta el caballo
Paraba de trecho en trecho
A pacer la verde yerba,
Mucha en los *campos aquellos.*

A su amo volvió el criado
De aquel embelesamiento:
—Señor, que para las bestias
Las tristezas no se hicieron.

Más si los hombres las sienten
Demasiado, a lo que infiero
Yo sé que a tales desgracias
Está el hombre predispuesto,

(*) 2.ª parte.—Capítulo XI.

Los hombres se vuelven bestias
Por más o por menos tiempo:
Avive, despierte y *muestre*
Ser andante caballero.

Así dijo Sancho Panza
Mostrando al hablar talento,
Y al tema volvió el hidalgo
De raros encantamentos.

Y en tanto que discutían,
El uno y el otro, vieron
Una carreta cargada
De personajes diversos.

Un feo demonio era
Quien iba de carretero;
Con rostro humano, la Muerte,
Y otro como angel del cielo;

Un Emperador a un lado,
Un *Dios Cupido* al opuesto,
Y armado de todas armas
Un caballero sin yelmo.

Y con estos personajes,
Y otros que menciona el cuento,
Cuando al frente de aquel carro
Fué a colocarse el manchego;

Y requeridos por éste
Quienes eran le dijeron
Y que por hacer comedias
Recorrían varios pueblos.

Y era el *auto de las Cortes*
De *la muerte,* lo que hicieron
En el pueblo que dejaban
Marchando a otro, a lo mesmo.

No hubo caso para lances
Porque Don Quijote, cuerdo
Oyó y creyó sin violencias
Ser cómicos todos ellos.

Y concluído quedara
Lo referente al encuentro,
Si en traje de *bogiganga*
No llegase un tipo nuevo.

Vejigas de vaca hinchadas
  Había en un palo puesto,
  Y con muchos cascabeles
  Llevaba el traje cubierto,

A los saltos y chocando
  Las vejigas contra el suelo,
  Se alborotó Rocinante
  Y de allí salió corriendo.

Como a correr de aquel modo
  No estaba el pobre muy hecho,
  Cayó y tiró en la caída
  A su descuidado dueño.

Acudió Sancho en auxilio
  Y vió al cumplir como bueno,
  Que con su rucio arreaba
  El bogiganga grotesco.

En la duda Sancho Panza
  De qué haría en el suceso,
  A su señor dar ayuda
  Entendió ser lo primero.

Ya Don Quijote montado
  Y enterado bien de aquello,
  Fué tras de los comediantes
  Para darles escarmiento;

Que ya no era necesario
  Observó Sancho sereno,
  Pues el rucio volvió grupas
  Y el comediante fué al pueblo.

Seguía en su mal propósito
  El andante aventurero
  Y en fila, armados de piedras
  Los cómicos se pusieron.

Con agudeza el criado
  Por dar fuerza a su consejo,
  Hizo al señor reparase
  La baja ralea dellos.

Cedió a esta razón el amo,
  Quedó Sancho satisfecho,
  Y así acabó lo que pudo
  Tener un final funesto.

ROMANCE LVII

DE LA EXTRAÑA AVENTURA QUE LE SUCEDIÓ AL VALEROSO DON QUIJOTE CON EL BRAVO CABALLERO DE LOS ESPEJOS (*)

Es refrán y no remedio
«Que un clavo saca otro clavo.»

Dentro de un bosque y sentados
Bajo de árboles frondosos
Don Quijote y Sancho Panza
Tal para cual, como locos

Hablaban de las comedias
Y que comedia era todo,
Dando muestras el criado
De perder grados de tonto.

Las caballerías sueltas
Ellos en buen acomodo,
Después de cenar, a Sancho
Se le cerraban los ojos.

Algo también se dormía
Sin querer y poco a poco
El valiente Don Quijote
Y valiente como él solo.

(*) 2.ª parte.—Capítulo XII.

Pero hizo el diablo que oyera
  Ruido de pasos de pronto,
  Crujido de armas y voces
  De dos diferentes tonos.

Se puso en febril acecho
  Que nunca fué perezoso,
  Y vió bajar de un caballo
  Un jinete gentil mozo.

A Sancho movió con fuerza
  Que despertó quejumbroso,
  Y le dijo que aventura
  Preparábase de asombro.

Refunfuñó el fiel criado
  Al despertar de tal modo,
  Y en observación se puso
  Más que intranquilo, medroso.

Oyeron al caballero
  Cantos de amor, dolorosos,
  Y cuanto luego decía
  Lanzando suspiros hondos:

—*Casildea de Vandalia*:
  Tu hermosura que yo adoro,
  Hice que la confesaran
  Caballeros valerosos;

Navarros y castellanos
  Leoneses, bravos todos
  Y por fin los de la mancha
  Sucumbieron a mi arrojo.

Al oir esto el manchego
  Se le inyectaron los ojos,
  Y dijo a Sancho: «¡Mentira!
  A eso no me acomodo».

El caballero del bosque
  Hizo fin al soliloquio,
  Al sentir que hablaban cerca
  Y comprender que había otros.

—*¿Quién va allá?* Preguntó en alto,
  ¿Es alguien, no se haga sordo,
  Es alguien de los contentos,
  O es alguien de los llorosos?

—*De los afligidos,* dijo
Don Quijote, y de su coto
Salió a luz y frente a frente,
Conversaron uno y otro.

De su amor e igual oficio
Uno cuerdo y otro loco,
Hablaron unos instantes
Usando galantes modos.

Metió baza en lo que hablaban
Sancho sin pecar de corto,
Y cogiéndole del brazo
El otro escudero tosco,

Invitóle a que dejara
Hablar a los amos solos,
Que no está bien a criados
Quererse meter en todo.

Y unos de otros se apartaron
Siguiendo en trato afectuoso
Los andantes caballeros
Dignos de tiempos remotos.

ROMANCE LVIII

DONDE SE PROSIGUE LA AVENTURA DEL CABALLERO DEL BOSQUE CON EL DISCRETO, NUEVO Y SUAVE COLOQUIO QUE PASÓ ENTRE LOS DOS ESCUDEROS (*)

No son los hombres de letras
Lo mejor para loqueros.

Aparte de sus señores
Y contándose sus vidas,
Estaban los escuderos
Debajo de unas encinas.

Oyendo al uno y al otro
Desgraciados parecían:
A la suya iba el del bosque
Y Sancho no lo entendía.

Habló el del bosque del premio,
Que sus trabajos tendrían,
Y con un *canonicato*
Satisfecho quedaría.

Esto para Sancho Panza
Fué como abrirle la herida,
Y de la soñada ínsula
Volvió a decir tonterías.

(*) 2.ª parte.—Capítulo XIII.

Díjole su compañero
  Que no todas eran ricas
  Y daban muchas molestias
  Haciendo amarga la vida;

Que regresar a su casa
  Es lo que mejor sería
  Y un rocín y un par de galgos
  Cualquier escudero endiña.

El por su parte, propuesto
  Hace tiempo que tenía,
  De caballeros andantes
  Dejar las borracherías.

A Sancho preguntó luego
  Que cuántos hijos tenía,
  Y que dos, respondió Sancho
  Hijo y una bella hija.

Con una frase grosera
  A modo de cortesía,
  Acogió el otro bellaco
  La particular noticia.

Mediaron explicaciones
  Y hecha la paz enseguida,
  Murmuraron de los amos
  Que así en criados se estila.

Sacó viandas abundantes
  El del bosque, y a la chita
  Comieron, como se come
  Con un hambre de tres días.

A propósito del vino
  Cosa ocurrió peregrina
  Explicando Sancho Panza
  El por qué lo conocía.

Dos excelentes mojones
  Por la línea masculina
  Fueron los parientes suyos
  Que la mancha recorría.

Vino a probar de una cuba
  Dieron a los dos un día;
  Uno probó con la lengua,
  Otro con narices listas,

Dijo el primero que a hierro
Vino que probó sabía;
Que a cordobán dijo el otro,
Y los dos razón tenían;

Porque limpiada la cuba
Se vió en el fondo, que había
Una llave, con correa
De cordobán, a ella unida.

Tanto fué y vino la bota
En tan grata compañía,
Que por fin los escuderos
Jugaron a la dormida.

ROMANCE LIX

DONDE SE PROSIGUE LA AVENTURA DEL CABALLERO DEL BOSQUE (*)

A veces se va por lana
Y se sale trasquilado.

Y mientras que sus criados
Dormían a pierna suelta,
Después de haber rebullido
En vidas propias y ajenas;

Seguían los caballeros
Ponderando las bellezas
Cada cual, de aquella dama
Que dentro del alma lleva.

El Caballero del Bosque
Habló de su Casildea
Relatando las locuras
Que por su mandato hiciera.

Retó y venció a la Giralda
Giganta de bronce hecha
De los toros de Guisando
En peso tomó las piedras;

Luego en la *sima de Cabra*
Le mandó que se metiera,
Y se metió sin pararse
En la *obscuridad que encierra.*

(*) 2.ª parte.—Capítulo XIV.

Así diciendo, diciendo
Llegó al punto de la quema,
Es decir, que a Don Quijote
Venció en singular contienda;

Y que confesar le hizo,
Y confesó por la fuerza,
Ser más hermosa su dama
Que lo fuese Dulcinea.

Reprimiendo cuanto pudo
El de la región manchega
Un *mentís* que ya tenía
En el pico de la lengua;

Díjole ponía en duda
Que tal victoria obtuviera,
Insistiendo su contrario
Y dando sus propias señas:

Es un hombre de alto cuerpo,
Seco de rostro, faz fea
Estirado, avellanado
De miembros, y aguileña

La nariz, un *algo corva,*
Entre cano en las guedejas,
Bigotes negros caídos
Y grandes según los lleva:

Dando en la piedra de toque
Saltó chispa y hubo hoguera
Y concertaron batalla
Cuando las sombras huyeran.

—Ha de quedar el vencido
A voluntad del que venza:
Fué por los dos aceptada
La condición así puesta.

Apenas la luz del día
Iluminó la pradera,
Despertaron a los mozos
Que roncaban en la hierba.

El escudero del Bosque
Dijo a Sancho justo era
Que, pues los amos reñían
Ellos combate tuvieran.

No pareció a Sancho Panza
  Lógica la consecuencia,
  Y más al ver las narices
  De su escuderil colega.

Era una nariz muy *grande,*
  De berrugas toda llena,
  De *color amoratado*
  Como el de las *berengenas.*

Afeaba tanto el rostro
  Forma, color y grandezas,
  Que al verle Sancho, sentía
  Pocas ganas de pelea.

Y no era Sancho cobarde,
  Porque al hacerle promesa,
  De darle de bofetadas
  Para despertar su cólera,

Contestó que a *garrotazos*
  Haría él que así no fuera;
  Y en resumen paz quería,
  Sin tolerar las afrentas.

A *su contendor* en tanto
  Vió con la celada puesta
  Don Quijote, y parecióle
  Hombre membrudo y de fuerza:

Sobre las armas traía
  O *casaca* o *sobrevesta,*
  De *resplandeciente espejo*
  Con muchas lunas pequeñas.

En resolución que luego
  De pausas y de incidencias,
  Arremetió Don Quijote
  Al que ya creyó en carrera,

Y no estaba lanza en ristre
  Ni demostraba destreza,
  Y así fué que del caballo
  Le hizo caer a tierra.

Junto al caido el manchego
  Le fué separando prendas,
  Y en su rostro miró el rostro
  De Sansón; y Sansón era.

A voces a su escudero
  Llamó y dijo su sorpresa,
  Y que los *encantadores*
  Seguían contra él de cerca.

—Por sí o por nó, Sancho Panza
  Dijo a su amo: *Hinque y meta*
  Bien *la espada por la boca,*
  Por si un enemigo fuera.

Así lo hiciera el hidalgo
  No llegando a toda priesa
  El escudero del bosque,
  Sin aquella nariz fea.

Tomé Cecial, su vecino
  El falso escudero era;
  Confesó Sansón Carrasco
  Todo cuanto le pidieran,

Y mientras que Don Quijote
  Marchó con Sancho a su vera,
  En bizmarse las costillas
  Ponía Sansón más cuenta.

ROMANCE LX

DONDE SE CUENTA Y DA NOTICIA DE QUIÉN ERA EL CABALLERO DE LOS ESPEJOS Y SU ESCUDERO (*)

Una cosa son proyectos
Y otra cosa realidades.

Sansón Carrasco *en bureo*
Con el barbero y el cura,
Concertaron en mal hora
Y buena intención sin duda;

Que fuera Sansón Carrasco
De Don Quijote a la busca,
Siempre con el buen propósito
De atajarle su locura.

El bachiller vestiríase
Como los andantes usan,
Y llevaría caballo
De andar a paso de mula;

Celada, lanzón, espada,
Todo, y cabal armadura,
Y dispuesto de manera
Que no despertara dudas.

Al hidalgo caballero
Promovería disputa,
Y vencido le pondrían
Entre condiciones duras,

(*) 2.ª parte.—Capítulo XV.

La de quedar el vencido
A voluntad absoluta
Del vencedor, y así entonces
Traerianle a la cordura.

A servir como escudero,
Y seguir con él la ruta,
Tomé Cecial, se convino
Hombre gustoso de burlas.

Hecho así, visto lo visto
Convinieron bien la lucha,
Pero no piensa el arriero
Como la cabalgadura.

ROMANCE LXI

DE LO QUE SUCEDIÓ A DON QUIJOTE CON UN DISCRETO CABALLERO DE LA MANCHA (*)

¡Cuántos al hablar son cuerdos
Y al ejecutar son locos.

Camino adelante iban
Uno y otro sonrientes,
Sancho por salir sin golpes,
El amo por sus laureles;

Era el diálogo animado
Y con el tema de siempre,
Aquellos *encantamentos*
Metidos en sus caletres.

Encantos de Dulcinea;
En Sancho el ansia de bienes,
Y los dos en barajeo
De realidad y sandeces,

Sobre *una yegua tordilla*
Que les alcanzó, jinete
Llegó junto a ellos un hombre,
Con gabán de paño verde.

En *tahalí de verde y oro*
Morisco alfange pendiente.
Y espuelas, sin ser doradas
Mejor que si de oro fuesen.

(*) 2.ª parte.—Capítulo XVI.

Cuando llegó junto a ellos
Los saludó cortésmente,
Y espuela dando a la yegua
No quería detenerse.

Le habló entonces Don Quijote
Con tono y modos corteses,
Y pronto puestos al habla
Empezaron a entenderse.

Comprendiendo la extrañeza
Que le producía al verle,
Se adelantó el buen hidalgo
A explicaciones prudentes;

Ser andante caballero
Díjole con frases breves,
Extrañando al que le oía
Que tales hombres hubiese.

Prometiendo tal asunto
Tratar hasta convencerle,
Quiso antes saber quién era
El de los colores verdes.

Ser Don Diego de Miranda,
Le contestó afablemente,
De pueblo al que llegarían
En hora de que comiesen;

Era hidalgo y más que rico,
Amigo de sencilleces,
Y eran la caza y la pesca
Sus recreos inocentes;

Que tenía un hijo bueno
Queriendo mejor que fuese,
El cual de la poesía
Era devoto vehemente.

Con tal asunto el manchego
Cuerdo como pocas veces,
Dijo frases muy sublimes
En períodos elocuentes.

Tanto fué, que quien le oía
Se arrepintió interiormente
De juzgarle *mentecato*,
Según creyó al conocerle.

En esto por el camino
Llegaba pausadamente
Lleno de banderas reales,
Un carro de los corrientes.

A grandes voces a Sancho
Su amo llegó porque fuese
Y le diera la celada,
Según hizo prontamente.

Y a una espantosa aventura
Y sin poder contenerse,
Se lanzó quien no sin causa
Tuvo fama de valiente.

ROMANCE LXII

DONDE SE DECLARA EL ÚLTIMO PUNTO Y EXTREMO A DONDE LLEGÓ Y PUDO LLEGAR EL INAUDITO ÁNIMO DE DON QUIJOTE, CON LA FELICEMENTE ACABADA AVENTURA DE LOS LEONES (*)

El valor de un temerario
Más que valor es locura.

Cuenta la historia que Sancho
Al llamarle su amo a voces,
A unos pastores compraba
Unos cuantos requesones;

Y por caminar de prisa
Y por evitar furores,
El requesón echó al yelmo
Y regresó más que al trote.

Entregó lo que pedía
Su señor, sin dar razones,
Y cogida la celada
Se la puso Don Quijote.

Y ¡claro está! cayó el suero
Por cuello, cara y bigotes,
Y el hidalgo rompió en furia
Con amenazas feroces.

(*) 2.ª parte.—Capítulo XVII.

Cogió el yelmo y vió por dentro
Lo que fueron los sudores;
Limpio el yelmo; echaba Sancho
Mentiras a borbotones,

Y al fin concluyó su amo
Como en otras ocasiones
Por creerlo todo cosa,
De magos encantadores.

Al carro se fué derecho
Y en él venían dos hombres;
El carretero en las mulas
Y otro en las varas de roble.

Preguntóles qué llevaban
Y por las banderas dobles:
Las banderas eran reales
Y en el carro unos leones.

No se contentó con esto
Y pidió más pormenores;
Le dijeron ser del Africa
Y para el Rey y a su nombre,

Les preguntó si eran grandes
Contestaron que mayores
Ni los hubo ni pasaron
En dirección a la Corte.

Eran el macho y la hembra
Y alejarse no era torpe,
Estando los animales
Muertos de hambre desde el bosque.

—*¿Leoncitos a mí?*, dijo
Al oirlo Don Quijote,
¿Leoncitos y a tal hora?
Ya verán esos señores

Que por acá los envían
No se bien con qué intenciones,
Si soy hombre que se espanta
Dellos ni de otros peores.

Y pues sois el leonero
Según bien se os conoce,
Abrid la jaula y echadme
Fuera las bestias enormes.

El de lo verde vió claro
O más claro que hasta entonces,
Tratando de disuadirle
Con finas observaciones.

De todos empeño en balde
Contra quien busca emociones,
Y todos se retiraron
Esperando ver horrores.

Apeóse del caballo
El más valiente del orbe,
Y con espada y escudo,
Con la firmeza de un bloque,

Se puso frente a la jaula
Sin inquietud ni temores
Esperando con las fieras
Ser vencedor en el choque.

Se abrió la jaula: el momento
Fué terrible y de impresiones:
Se asomó el león, la boca
De dientes desgarradores

Abrió mostrando las armas
Con que reina en selva y bosques;
Miró desdeñosamente
Al cielo y al horizonte,

Se desperezó con calma
De animales, el más noble;
Y ancas sólo al caballero
Presentó, sin buscar choques.

Que con palos le irritaran
Dijo al guardián Don Quijote.
—No haré tal, porque hay peligro
De que conmigo la tome.

Así dijo el leonero
Y a fuerza de observaciones,
Pudo alcanzar del hidalgo
Poner fin a tales trotes.

Llegáronse los huídos,
Y al saber los pormenores,
Proclamaron al manchego
Campeón de campeones.

ROMANCE LXIII

DE LO QUE SUCEDIÓ A DON QUIJOTE EN EL CASTILLO O CASA DEL CABALLERO DEL VERDE GABÁN, CON OTRAS COSAS EXTRAVAGANTES (*)

Se confunden muchas veces
El talento y la locura.

No sabía el de lo verde
Qué pensar del caballero;
En los actos era loco,
En razonar era cuerdo.

Una vez gratificados
El del carro y leonero,
Fueron camino adelante
Comentando los sucesos.

Volvió Don Diego Miranda
En hacer su ofrecimiento,
Y a su casa y a su aldea
Llevó al amo y escudero.

Así que vió unas tinajas
El Ingenioso Manchego,
Por ser de las del Toboso
Entró soltando unos versos;

(*) 2.ª parte.—Capítulo XVIII.

Y así que le oyó, fijóse
En el raro caballero
El estudiante poeta,
Hijo del señor Don Diego;

Y la madre como *el hijo*
Quedaron algo *suspensos,*
Al ver la extraña figura
Del famoso aventutero.

Entraron en una sala,
Y Sancho ayudó a su dueño
A lavarse y a ponerse
Presentable y más ligero.

Pasó luego a la otra sala
Y allí habló con Don Lorenzo,
Porque Lorenzo era el nombre
Del estudiante de ingenio.

Por encargo de su padre
Puso el estudiante empeño
En formar juicio, del juicio
Del personal del cuento.

Habló el huesped de tal modo
Con tal brillantez y acierto,
Que por conclusión dedujo
El que le observaba atento,

Era entreverado loco
De saber profundo lleno,
Con lucidos intérvalos
En que parecía cuerdo.

Leyó sus versos el joven
Los aplaudió el forastero,
Y durante cuatro días
Pasaron ratos amenos.

Por seguir tras aventuras
Que reclamaban su esfuerzo,
Marcharon de aquella casa
Don Quijote y su escudero.

ROMANCE LXIV

DONDE SE CUENTA LA AVENTURA DEL PASTOR ENAMORADO, CON OTROS EN VERDAD GRACIOSOS SUCESOS (*)

La fuerza bruta es materia
Que puede vencer al arte.

Poco *se había alongado*
Don Quijote del Castillo
O la casa de Don Diego,
Que para el caso es lo mismo,

Cuando halló cuatro personas
Marchando en igual camino:
Dos como clérigos eran;
Los otros dos, campesinos.

En *cuatro bestias asnales*
Bien borricas o borricos,
Caminaban caballeros
Y sobre albardones limpios.

Hicieron pronto amistades
Y en ir juntos se convino,
Y de unas célebres bodas
Hablaron largo y tendido.

Uno de los estudiantes
Dió los detalles precisos,
De la fiesta preparada,
Boda de Camacho el rico.

(*) 2.ª parte.—Capítulo XIX.

Era el caso que Quiteria
   Mujer de bellos hechizos,
   Estuvo desde muy niña
   En amores con Basilio.

Pero Basilio era pobre
   Y con ser como era un chico
   Honrado, guapo, valiente,
   Agradable y de buen juicio,

El padre de la muchacha
   Para yerno no le quiso,
   Y concertó el matrimonio
   Con rico de los más ricos.

Basilio, zagal humilde
   Sufría hasta lo infinito
   Y ni *razón concertada*
   Le habían después oído.

Tanto penaba el mancebo
   Que lo tenía por fijo,
   Que con el *sí* de la novia,
   Dejaría de estar vivo.

Para su boda, Camacho
   Sin regatear lo más mínimo,
   Preparaba en la pradera
   Un festival nunca visto.

Entre los dos estudiantes
   Que caminaban amigos,
   Conversación entablóse
   Sobre fuerza y artificio.

Si vencer podía el arte
   A la fuerza en desafío
   Y poco a poco, caldeados,
   Parecieron enemigos.

Licenciado le llamaban
   Al del arte contra el brío,
   Y era el bachiller Corchuelo
   Contradictor decidido.

Como llevaban espadas
   Y encono en ello no digno,
   A espadas hicieron juego,
   Que veras pudo haber sido.

Después de largo combate
Y de ataques sostenidos,
Y señalando estocadas
Según quiso, donde quiso,

El arte del licenciado
Vencedor quedó en el sitio,
Y Corchuelo noble y franco
Se dió al cabo por vencido.

ROMANCE LXV

DONDE SE CUENTA LAS BODAS DE CAMACHO EL RICO, CON EL SUCESO DE BASILIO EL POBRE (*)

En una lucha enconada
Vence a Mercurio, Cupido.

Despierto ya Sancho Panza
A suaves golpes del amo,
Fueron amo y escudero
A las bodas de Camacho.

Apenas entre los árboles
Amo y mozo penetraron,
Vieron entero un novillo
En asador colocado.

A su alrededor seis ollas
Con carneros en sus antros,
Y en espera de gallinas,
Liebres, pájaros y gansos.

De zafras más de sesenta
Con vinos tintos y blancos,
Y muchas más otras cosas
De comer y beber largo.

La desvergüenza de Panza
Le hizo dueño soberano
De un caldero y tres gallinas,
En unión con dos gansos.

(*) 2.ª parte.—Capítulo XX.

Doce labradores, puestos
Sobre yeguas allí entraron,
Y daban contínuos vivas
A Quiteria y a Camacho.

Llegaron después las danzas
Por los diferentes lados;
De espadas y de zagales
De parecer muy gallardo:

Era una; después otra
De bellas mozas de garbo,
Sin que ninguna contara
Más de los diez y ocho años;

Iban puestas con *guirnaldas*
De jazmín, rosa, amaranto
Y Madreselva, y de guías
Una vieja y un anciano.

Entró también otra danza
De artificio combinado;
Ninfas de *Amor* una hilera,
Del *Interés,* otras cuatro;

Un castillo de madera,
Castíllo del buen recato:
Marcha delante de todos
Y por *salvajes tirado.*

Rompía el baile Cupido
Que luego *flechaba el arco*
Contra una doncella y versos
La decía en suave canto.

Seguían *los tamborinos*
Y una vez estos callados,
El *Interés* se ofrecía
Sus méritos ponderando;

La Poesía más tarde
Decía versos galanos;
Y otras varias ceremonias,
Y otras danzas y otros cantos,

Pusieron fin a esta parte
De festejo extraordinario,
Haciendo señor y mozo
Ocurrentes comentarios.

ROMANCE LXVI

DONDE SE PROSIGUEN LAS BODAS DE CAMACHO CON OTROS GUSTOSOS SUCESOS (*)

Realiza el Amor delitos
Que pasan por travesuras.

En la ciudad y en el campo
Amor es listo y travieso,
Y por él, es ingenioso
El que parece zopenco.

En las bodas de Camacho
Se dió un caso por ejemplo:
Un rudo pastor, Basilio
Mostró excepcional talento.

Llena de joyas la novia,
El novio de orgullo lleno,
Y un grupo de aduladores
Dándoles vivas sin cuento,

Llegó Basilio vestido
De al parecer *sayo negro*
Gironado como a llamas
De carmesí por el centro;

Coronado con corona
De verde *ciprés funesto,*
En las manos bastón grande
Y cansado y sin aliento,

(*) 2.ª parte.—Capítulo XXI.

Frente *de los desposados*
Hincó el bastón en el suelo,
Y el cuento el bastón tenía
De aguda *punta de acero.*

Encaróse con Quiteria
Con reproches y recuerdos,
Y siendo el bastón hincado,
Dejó estoque al descubierto:

Afianzó la empuñadura
Que clavó en tierra resuelto,
Y sobre su arma ofensiva
Se dejó caer de pecho.

Con rapidez, en un punto
Mostró el punzante instrumento
Por *las espaldas* y en sangre
Quedó bañado su cuerpo.

Acudieron los amigos,
Y otros varios acudieron
Y Don Quijote, en sus brazos
Le alzó como pudo hacerlo.

Quisieron sacar el arma
Y el cura se opuso a ello
Por si al sacarla moría
Sin religiosos consuelos.

Con voz casi de agonía
Y conmovedor acento,
Pedía morir tranquilo
Mirándose sin remedio.

No salvaría su alma
Por confesión, si primero
No le otorgaba su mano
La Quiteria de sus sueños.

Halló Don Quijote justo
Del moribundo el deseo,
Siéndole igual a Camacho
Casar con viuda al momento.

Insistieron los amigos
A Quiteria hicieron ruegos
Porque salvara el amor
Un hombre que fué tan bueno;

Y por más que todavía
Hubo sus más y sus menos,
Con la bendición del cura
Se realizó el casamiento.

A Sancho que malicioso
No dejó nunca de serlo,
Chocó que pronto a la muerte
Hablara tanto el mancebo.

Y por lo visto más tarde
Estaba Sancho en lo cierto,
Porque úna vez desposado
Se alzó Basilio ligero.

El cura tentó la herida
Y vió sin herir el cuerpo,
Y que si pasó el estoque
Fué por un tubo de hierro.

Puso en él Basilio, sangre
Preparada con esmero
Para que no congelase
Y saliera bien y a tiempo.

Entre Camacho y los suyos
Basilio y sus compañeros,
Se armó batalla que pudo
Tener remate sangriento.

Con armas y con razones
El andante caballero
Del pastor se puso al lado,
Y su triunfo fué completo.

Dijo cosas Don Quijote
Que a Camacho convencieron,
Y hecha la paz entre todos
Continuaron los festejos.

Quiteria y Basilio unidos
Regresaron a su pueblo,
Llevando en su compañía
Al hidalgo y escudero.

ROMANCE LXVII

DONDE SE DÁ CUENTA DE LA GRANDE AVENTURA DE LA CUEVA DE MONTESINOS QUE ESTA EN EL CORAZÓN DE LA MANCHA, A QUIEN DIÓ FELICE CIMA EL VALEROSO DON QUIJOTE DE LA MANCHA (*)

El peligro en los valientes
Es la espuela del deseo.

Tres días uno tras otro
Estuvieron en la casa,
A cuerpo de rey tratados
Don Quijote y Sancho Panza.

Para Basilio y Quiteria
Por lo visto y por su charla,
Era un cid el caballero
Y un Cicerón cuando hablaba.

La cueva de Montesinos
Era en su mente alocada,
La idea que a Don Quijote
Entonces preocupaba.

Pidió al listo licenciado
Un hombre que le guiara
Y éste le ofreció a su primo
De aficiones literarias.

(*) 2.ª parte.—Capítulo XXII.

Llegó el primero con su burra,
Pollina bien abultada
Con un *gayado tapete*
Encubridor de la albarda.

Y el primo con Don Quijote
Y junto a ellos Sancho Panza,
Hacia la famosa cueva
Marcharon en caravana.

Entre guía y el andante
La conversación fué larga,
Que si el uno hablaba mucho,
El otro no le iba en zaga.

De vez en vez, varias veces
Metía Sancho su baza
Aderezando refranes
Pegaran o no pegaran.

Así pasaron el día
Y en una aldea inmediata
Hicieron noche, una noche
Para los tres sosegada.

No había más de dos leguas
A la cueva que buscaban,
Y despues de haber comprado
De soga casi cien brazas,

Decidido a entrar en ella,
Sordo a observaciones varias,
Con los otros siguió el viaje
El anheloso de hazañas.

Llegaron frente al abismo
Hueco tapado por *zarzas,*
Cambroneras, cabrahigos
Y malezas intrincadas;

Ataron a Don Quijote
Con aquella soga larga
Y él, *hincado de rodillas*
Hizo oración en voz baja;

Invocó a su Dulcinea
Y buscando puerta franca
Fué quitando impedimentos
A brazo y a cuchilladas.

Salieron de allí al estruendo
Cuervos, grajos, aves raras
Con tal priesa, que tiraron
Al caballero de espaldas.

Se alzó y empezó el descenso
Hasta quedar acabada
La soga que sostenían
Desde fuera el primo y Panza.

Sin oir su voz, a mucho
De haber contenido el ansia
Fueron recogiendo soga
Recelando una desgracia.

Por fin a fuerza de fuerza
Consiguieron que asomara
El valiente Don Quijote,
Que no les dijo palabra.

Le tendieron en el suelo
Y ni habló ni despertaba,
Y al cabo de un buen espacio
Puso en juego la mirada.

Montesinos, Durandarte
Y la Belerma y Guadiana
Mentó, con exclamaciones
Y frases disparatadas;

Suplicáronle que claro
Lo que decía indicara,
Y él dijo que antes comieran
Y luego hablaría en calma.

ROMANCE LXVIII

DE LAS ADMIRABLES COSAS QUE EL EXTREMADO DON QUIJOTE CONTÓ QUE HABÍA VISTO EN LA PROFUNDA CUEVA DE MONTESINOS, CUYA IMPOSIBILIDAD Y GRANDEZA HACÉ QUE SE TENGA ESTA AVENTURA POR APÓCRIFA (*)

No hay para la fantasía
División de loco a cuerdo.

Eran las cuatro de tarde
De luz escasa y plomiza,
Porque la del sol estaba
Entre gasas escondidas.

(*) 2.ª parte.—Capítulo XXIII.

El relato puesto por Cervantes en boca de Don Quijote y que casi por completo llena este capítulo, es de tal índole que no se presta fácilmente a una síntesis, y aparte de las dificultades que ofrece poner en verso tan bellísima prosa, no es la de hacer una copia del inmortal libro, la idea en que se inspira este Romancero. Historia, cuento, traducción, leyenda, fantasía, sueños de cuerdo y razonar de loco; de todo tiene la relación de lo visto por el «Ingenioso Hidalgo» en la cueva de Montesinos y todo ello dicho de manera inimitable es un ramo de varias flores atado con cintas de oro y plata, no sabiendo cuál sea más bello, si el centro, las flores o las cintas que lo sujetan.

Hecha esta aclaración el lector comprenderá por qué se limita el autor del presente romance a indicar de que habló, no lo que habló, ni cómo habló y se refiere en el capítulo que se cita.

Cuando empezó Don Quijote
  La narración peregrina
  De su descenso a la cueva,
  Y las cosas por él vistas.

Historia mezcló con cuentos,
  Lenyendas con fantasías,
  Y alegrías; pero a modo
  De nueva mitología.

Interrumpiendo el relato,
  Preguntas Sancho le hacía,
  Y él, con los encantamentos
  A todo hallaba salida.

—*Por si mire*, señor mío,
  Al concluir le decía;
  Mire y *vuelva por su honra*,
  Despierta a razón tranquila:

No crea esas vaciedades
  Que así su juicio aniquilan:
  Don Quijote le oyó en calma
  Y se afianzó en las mentiras.

Asombrado estaba el primo (1)
  De las frases atrevidas
  Que Panza dijese al amo
  Con desvergüenza inaudita.

Él en cambio, tomar nota
  Del relato, le ofrecía,
  Y para pasar la noche
  Ir quisieron a una ermita;

La ermita tenía casa,
  Y el ermitaño que había,
  Era cristiano, discreto
  Y de alma caritativa.

A Sancho solo inquietaba
  Lo que hubiera de comida,
  Y dijo: *El tal ermitaño*
  ¿Tiene por suerte gallinas?

---

(1) Corresponde esto y lo que sigue, al capítulo siguiente, pero no parece que haya de estar mal unir aquí los dos capítulos, para dejar completa y seguida la relación.

ROMANCE LXIX

DONDE SE CUENTAN MIL ZARANDAJA TAN IMPERTINENTES COMO INNECESARIAS AL VERDADERO ENTENDIMIENTO DESTA GRANDE OBRA (*)

El que tiene un alma noble
En toda ocasión lo muestra.

Hablaban del ermitaño
Aquellos tres caminantes,
Cuando pasó junto a ellos
Hombre al trote sin pararse,

Dando varazos a un macho
Cargado con peso grande
De lanzas y de alabardas
Y él a pié sin inquietarse.

Le preguntó Don Quijote,
Y él respondió con donaire,
Que ya en la venta diría
Si querían preguntarle;

Que les contaría cosas
De que habían de asombrarse,
Y sin detenerse un punto
Siguió camino adelante.

Con esto cambiaron ruta
Dejando la ermita aparte,
Entendiendo ser la venta
Mejor sitio en que alojarse.

(*) 2.ª parte.—Capítulo XXIV.

Después de otros pormenores
Que no importan no mentarles,
Toparon con un mancebo
Que lograron alcanzarle.

Llevaba espada en el hombro
Y a la punta el equipaje,
Un envoltorio, y alegre
Iba entonando cantares.

A preguntas que le hicieron
Dijo marchar a embarcarse
Para servir de soldado
En los ejércitos reales.

De la gloria del soldado
Don Quijote, siempre grande,
Admirando a los que oían
Hizo un discurso notable.

Ofreció luego al mancebo
Ancas en su Rocinante,
Y que cenase en la venta
Con ellos, cuando cenaren.

No quiso el mozo las ancas
Y sí aceptó los yantares,
Y en la venta penetraron
Al declinar de la tarde.

ROMANCE LXX

DONDE SE APUNTA LA AVENTURA DEL REBUZNO Y LA GRACIOSA DEL TITERERO CON LAS ADIVINANZAS DEL MONO ADIVINO(*)

Muchos hay que sin esfuerzos
Rebuznan como animales.

El de lanzas y alabardas
Teniendo en corro de oyentes
A Don Quijote y a Sancho,
Al paje para la hueste.

Al ventero y aquel primo
Que hizo guía complaciente,
Contó el porqué de las armas
Que por encargo adquiriese.

Un regidor de su pueblo,
Hombre de poco caletre,
Perdió un burro en que tenía
Puesto algo de sus quereres;

Otro regidor lo supo
Y fué cariñoso a verle
Diciendo que había visto
El burro que aquel perdiere;

Y puestos los dos de acuerdo
Sin que les siguiera gente,
Fueron al espeso del monte
Buscando al burro rebelde.

(*) 2.ª parte.—Capítulo XXV.

Como de los regidores
El uno, el más ocurrente
Entendió que rebuznando
Era fácil pareciese,

Uno y otro se marcharon
Por lugares diferentes
Y hacían según andaban
Rebuznos suaves y fuertes;

Creyéndose contestados
Por el burro que ver quieren,
Avanzaban y ¡oh sorpresa!
Los dos se hallaban de frente.

Y se repitió aquel caso
No se sabe cuantas veces...
Y al fin comido de lobos
Hallaron al inocente.

Su habilidad en rebuznos
Alababan mútuamente
Y muchos que lo supieron
Hicieron burlas crueles.

En los pueblos convecinos
Se conoció el incidente
Y provocaban cuestiones
Con rebuznos insolentes.

Y a tanto llegó la burla
Nacida de pequeñeces,
Que contra los burladores
Se organizaron las huestes.

Esperando la batalla,
El, aguacil que obedece
Compró las armas aquellas
Como diligencia urgente.

* * *

Celebraban el relato
Del alguacil, sus oyentes,
Cuando llegó a la posada
Hombre que había que verle.

Era el tal Maese Pedro
De ingenio sobresaliente
Titerero muy notable
Como luego ha de leerse.

Llevaba cubierto un ojo,
Y al carrillo un parche verde:
Le recibió el de la venta
Con frases las más corteses;

Le dijo haber en la casa
Para él, seguro albergue,
Y salió Maese Pedro
Por su carro y sus enseres.

Y mientras que regresaba,
El ventero en frase breve
Contó las habilidades
Del titerero alegre.

Libertad de Melisendra
Titulaba en sus sandeces,
El retablo que llevaba
Para entretener las gentes;

Además llevaba un mono
Que aunque animal inconsciente,
No siendo de lo futuro
Todo adivinaba siempre;

Como hacía la pregunta
Al mono que inteligente
Saltaba al hombro del amo,
Cascañeteando los dientes,

Y después el titerero
Hacía en alto presente
La traducción de lo dicho
Por el mono a quien entiende.

Así que a la venta entraron
Don Quijote algo impaciente,
Preguntó cosas futuras
Al mono que no comprende.

—Del porvenir no adivina,
Dijo el pícaro Maese:
Pregúntele del pasado,
Y si gusta del presente.

—Pues *voto* a *seis*, dijo Panza,
Que adivine, si es que puede
En qué se ocupa mi esposa,
En qué piensa y lo que quiere.

Sobre los hombros de su amo
Saltó el mono de repente,
Y al punto Maese Pedro
Con modales reverentes,

Flores dijo a Don Quijote
Cual si su nombre supiese,
Y a Sancho le dijo cosas
De que habló acertadamente.

De que adivinaba el mono
Preciso fué convencerse;
Pero a pactos con el diablo
Lo echó el manchego valiente.

Sancho Panza más incrédulo
Quiso poner en un brete
Al amo del adivino
Que sabe donde le duele.

Y dijo que le indicara
Que su mono les dijese,
Si lo visto en una cueva
Y dicho por quien lo viese,

Era verdad o mentira
Por saber a qué atenerse;
Diciendo entonces el amo,
Por el mono confidente:

—*El mono dice que parte*
De cuanto en la cueva viere,
Es verdad, y que otras cosas
El como falsas las tiene.

Preparado y descubierto
El retablo sorprendente,
Cuantos había en la venta
Fueron curiosos a verle.

ROMANCE LXXI

DONDE SE PROSIGUE LA GRACIOSA AVENTURA DEL TITERERO, CON OTRAS COSAS EN VERDAD HARTO BUENAS (*)

No habría en el mundo pillos
De no haber tontos o locos.

Frente al retablo que alumbra
Luz de muchas candilejas,
Se colocan según pueden
Los huéspedes de la venta.

El declarador anuncia
Que lo que allí representan
Las figuras y aparatos
Con que se ofrece la escena,

Es la *verdadera historia*
De la hermosa *Melisendra*
Cuyo esposo *Gaiferos*
Libró de gente agarena;

Lo que ocurrió en Zaragoza
Que antes llamaban Sansueña,
De romances castellanos
Y de crónicas francesas,

Con gran contento de todos
Daban vida en la leyenda
Las figurillas que Pedro
Movía, sin que le vieran.

(*) 2.ª parte.—Capítulo XXVI.

El *Declarador* decía
Cada paso lo que fuera,
Y por hacer comentarios
Diéronle una reprimenda.

Prometiendo corregirse
Siguió el mozo en su tarea,
Concretándose a los hechos
Al explicar la comedia.

—Miren, decía el muchacho,
Al llegar a un paso della,
Cuantos moros a caballo
Persiguen a Melisendra:

Los católicos amantes
Son perseguidos de cerca,
Y atados a los caballos
Regresarán, si los pescan.

Oyendo así Don Quijote
Creyó en su razón revuelta
Ser caso de dar ayuda
A la cristiana pareja;

Y sin escuchar a nadie
De un brinco, con furia ciega,
Se *puso junto al retablo*
Con demasiada entereza,

Con aquella espada, espanto
De muchos en la pelea
A cuchilladas tiraba,
La morisma titerera.

En vano Maese Pedro
Le daba voces con fuerza:
No quedó armatoste sano,
Ni títere con cabeza.

A fuerza de reflexiones
Pudo lograrse que oyera,
Y el hidalgo quedó en calma
Cuando acabó la contienda.

Y no fué poco; se avino
A tasación que se hiciera,
Y pagó de buen talante
El daño en legal moneda.

ROMANCE LXXII

DONDE SE DÁ CUENTA QUIENES ERAN MAESE PEDRO Y SU MONO, CON EL MAL SUCESO QUE DON QUIJOTE TUVO EN LA AVENTURA DEL REBUZNO, QUE NO ACABÓ COMO ÉL QUISIERA Y COMO LO TENÍA PENSADO (*)

Es peligroso meterse
Con los que luchan por burros.

Cide Hamete lo descubre
Y con Cide Hamete vamos,
Y él nos dice quiénes eran
Maese Pedro y su engaño.

Ginesillo Parapilla
Le denominó el hidalgo,
Y Ginés de Pasamonte
Era el granuja de antaño.

Huyendo de la justicia
Que siempre le fué buscando,
Se metió a ser titerero
Con rostro desfigurado.

(*) 2.ª parte.—Capítulo XXVII.

Al llegar a un pueblo, astuto
Iba recogiendo datos;
Igual que hacen las gitanas
Con cartas y otros engaños.

De unos cristianos ya libres
Que del Africa llegaron,
Compró el mono que tenía
A su fin aleccionado.

Llegado el bribón a un pueblo
Hacía lo del retablo,
Con farsas muy devertida
Que producían encanto.

Después el mono adivino
Hacíale ganar cuartos,
Y así huía los esbirros
Y el *escuero* iba llenando.

Como bien les conocía
A Don Quijote y a Sancho,
Produjo en ellos asombro
Creyéndole con el diablo.

Don Quijote y su escudero
Cuando la venta dejaron
A las riberas del Ebro,
Encaminaban sus pasos.

A dos días de jornada
Oyeron y se asombraron,
De *trompetas, o tambores*
Y *arcabuces,* rumor claro.

Pensó al principio el manchego
Que algún tercio de soldados
Pasaba en aquella parte,
Y picó para mirarlos.

Y cuando estuvo en la loma
Contempló al mirar abajo,
A un *más de doscientos hombres*
De distinto modo armados.

Bajó a escape del recuesto
Y en jirón de raso blanco,
Leyó un letrero que le hizo
Entender de aquello algo. (1)

Toda la verdad supieron
  Así que les preguntaron:
  Los del pueblo del rebuzno,
  Corridos de sufrir tanto,

Iban en guerra y furiosos
  Contra otro pueblo cercano,
  Para vengar las injurias
  Que les hacían a diario.

El andante caballero
  A quien licencia otorgaron,
  Metióse en aquellos grupos
  Ofreciéndose a vengarlos.

Su profesión indicóles
  Y le oyeron con agrado
  Perorar con elocuencia
  Con ejemplos recordados.

Todo iba bien; Sancho Panza
  Imprudente y mentecato,
  Habló del de *los leones,*
  Caballero, de su amo;

Y sin quererse dar cuenta
  Que no le habían llamado,
  Se metió a dar opiniones
  Y echó a perder el cotarro.

Para mostrar que no era
  El rebuzno extraordinario,
  Dijo no ganarle nadie
  A rebuznar de muchacho:

Y que lo que bien se aprende
  Es difícil olvidarlo:
  Y él rebuznó, como el burro
  Que rebuznara más alto.

Uno que junto a él estaba
  Creyó burlas el ensayo,
  Y con intención y brío
  Le descargó un varapalo,

Tan recio fué, que del golpe
  Cayó al suelo el pobre Sancho
  Y al que le dió, el caballero
  Fué con *lanza sobre mano.*

Espesa lluvia de piedras
Los otros les descargaron
Y a todo correr, corriendo
Salió enseguida el hidalgo;

Y marchaba sin aliento
Volviéndose a cada paso
Temiendo de que una bala
Hiciera en su espalda blanco.

---

(1) El lema que llevaba el jirón en forma de estandarte, decía:

«No rebuznaron en balde
El uno y el otro alcalde»

ROMANCE LXXIII

DE COSAS QUE DICE BENENGELI, QUE LAS SABRÁ QUIEN LE LEYERE, SI LAS LEE CON ATENCIÓN (*)

Son muchas, dichas por tontos
Verdades como de niños.

¿Cómo siendo tan valiente
Corriendo vá del peligro
El matador de gigantes
Como no le hubo en su siglo?

Huyendo vá Don Quijote
Hasta lejos de aquel sitio
En que dejó a su escudero
Lleno de dolor subido.

Poco a poco Sancho Panza
Sin contener alaridos,
Pudo seguir a su amo
Sobre su tardo pollino.

A su señor echó en cara
El abandono que hizo,
De criado que le sirve
Con más amor que así mismo.

Se disculpó el caballero
Con discurso de distingos,
Y hubo entre señor y mozo,
Frases de tono agresivo.

(*) 2.ª parte.—Capítulo XXVIII.

Llegó Sancho a despedirse
Del escuderil servicio
Y su señor con las mismas
A darle por despedido.

Que cobrara por su mano
Lo ganado en el oficio,
Dijo a Don Quijote Panza,
Avaro como atrevido.

Llegó a tanto la exigencia,
Que ya Don Quijote altivo,
Le dijo que se quedara
Con cuanto llevó consigo,

Y lo mismo que otras veces
Malandrin, follón vestiglo,
Y otras muchas, muchas cosas
Agrias y fuertes le dijo.

Oyendo insultos y cargos
Se mostró Sancho afligido,
Pidió perdón, se lo dieron...
Y otra vez fueron amigos.

ROMANCE LXXIV

DE LA FAMOSA AVENTURA DEL BARCO ENCANTADO (*)

Cuando la razón no rige
Vale más no saber nada.

Dos días después de aquellas
Nuevas promesas y paces
Entre Sancho quisquilloso
Y su caballero andante,

Al famoso *Ebro* llegaron
Y tuvieron gozo grande,
Mirando aquellas riberas
Junto a *líquidos cristales.*

Pequeño barco advirtieron
Sin remos ni gobernaje,
Y en verlo así Don Quijote
Volvió a ser loco igual que antes.

No vió que persona alguna
Hubiera en aquellas partes,
Y concibiendo una idea
Se apeó de Rocinante.

Sancho se apeó del burro
Al ver a su amo apearse,
Preguntando por la causa
De aquél súbito apeaje.

(*) 2.ª parte.—Capítulo XXIX.

—Es que me llama este barco
Porque vaya en el instante
En socorro de persona
Que se halla en apuro grave.

Así dijo Don Quijote
Y tras otros disparates
Con Sancho embarcó, dejando
Atados los animales.

Levaron ferro, que dijo
Don Quijote delirante
O cortaron las amarras
O mejor, cuerdas tirantes;

Poco a poco el barquichuelo
Quiso en la corriente entrarse,
Y aunque Sancho protestaba
El barco siguió adelante.

De náutica, astrología,
Divinas y naturales,
De muchas cosas, hablaba
El resuelto navegante;

Pero hacer creer no pudo
Con razones tan notables,
Puestas con encantamentos
En un consorcio amigable;

No pudo hacer que asintiese
Sancho con ser ignorante,
Que llevaban muchas leguas
En unos pocos instantes.

Como probanza del sitio
En que debían hallarse,
Dijo Don Quijote a Sancho
Que en un muslo se rascase;

Pues tal hacen los que marchan
A las Indias Orientales
Para saber que han pasado
Línea equinocial en parte:

Si sacan entre los dedos
Lo que no debe mentarse,
Es la prueba decisiva
Y han conseguido orientarse.

Así lo dijo su amo
  Y Sancho sacó abundante
  La prueba de que no estaban
  Donde debían hallarse.

En esto que descubrieron
  Algunas *aceñas* grandes,
  Y en ellas vió Don Quijote
  Castillo, fuerte o baluarte.

Hilvanó más desatinos
  Sin a razón querer darse,
  Ni ver en lo visto, *aceñas*
  Para moler cereales.

A mitad de la corriente
  Llegó el barco en sus andares,
  Y al impulso de las aguas
  Corría para estrellarse;

Salieron los molineros
  Y con temor de un percance
  A dar voces empezaron,
  Que fueron voces en balde.

Salían enharinados
  Por el oficio que hacen,
  Y los tomó Don Quijote
  Por diablos o por gigantes.

Sin escuchar sus sandeces
  Acudieron a sarlvarle;
  Pero evitar no pudieron
  Que Sancho y él naufragasen.

Cayeron los dos al agua
  Y consiguieron sacarles;
  Y desnudos y escurridos,
  Hubo el barco que pagarles.

Siguió en sus encantamentos
  Don Quijote al explicarse,
  Y a ser bestias, y a sus bestias
  Volvieron para marcharse.

ROMANCE LXXV

DE LO QUE LE AVINO A DON QUIJOTE CON UNA BELLA CAZADORA (*)

Hacen a veces los cuerdos
Más locuras que los locos.

Don Quijote y Sancho Panza
Se apartaron del río Ebro,
Y al ponerse al otro día
El sol en el firmamento,

En saliendo de una selva,
En prado verde y extenso
Vió Don Quijote una gente
Que hizo avivar su cerebro.

Eran unos cazadores
De *altanería,* y al verlos
Brotaron las fantasías
En la mente del manchego.

Una gallarda señora
Miró que había entre ellos,
Y ellos eran cazadores
De alcón y ricos pertrechos.

De verde vestida estaba
Y era su ademán resuelto,
Y un azor sobre su mano
Llevaba para señuelo.

(*) 2.ª parte.—Capítulo XXX.

Al mirarla Don Quijote
  Encargo dió a su escudero
  De solicitar licencia
  Para ofrecerla respetos.

Partió Sancho de carrera
  Y en llegando fué derecho
  A la señora y de hinojos
  Quedó clavado en el suelo;

Díjola que aquél su amo
  El valiente *Caballero*
  De los leones, quería
  Hacerla homenaje honesto.

Respondióle la señora
  Tener ya conocimiento
  Del *de la triste figura,*
  Y volver podía presto

Para decir a su amo
  Que merced tenía en ello
  Y lo mismo que su esposo,
  Gozo tendrían con verlo.

Volvió Sancho con la nueva
  Decidor y satisfecho,
  Y Rocinante y el rucio
  Llevaron allí a sus dueños.

No alcanzaron gran fortuna
  Al realizar sus deseos,
  Porque al llegar Sancho Panza
  Cayó a tierra el majadero:

En la soga del albarda
  Quedó prendido y sujeto,
  Y al apear Don Quijote,
  Silla y él, a tierra fueron.

Más que el golpe, la vergüenza
  Sintió el ilustre manchego,
  Y por fin los cazadores
  Les sacaron del aprieto.

Como pudo y renqueando
  De la caida mal trecho,
  Ante el duque y la duquesa
  Se arrodilló el caballero.

Excusas y cortesías
Y flores y ofrecimientos
Hubo entre duquesa, hidalgo,
El duque y el escudero.

Dijo el duque que allí cerca
Tenía un castillo bueno,
Y que a él y con él fuese
Para darle acogimiento.

Así se hizo; la duquesa
Reclamó del escudero
Que junto a ella se fuese,
Para oir sus discreteos.

No se hizo rogar el mozo
Y entre los tres se abrió hueco,
Y paso a paso, a la casa
Marcharon todos contentos.



ROMANCE LXXVI

QUE TRATA DE MUCHAS GRANDES COSAS (*)

No es prudente ni cristiano
Hacer al loco más loco.

¡Ay! que loco y ¡ay! que tonto
Don Quijote y Sancho Panza
Y ¡ay! que duque y que duquesa (1)
Puestos a seguir la farsa.

Ello fué; que los criados
Instruidos en la trama,
Hicieron a maravilla
Obra pronto preparada.

A recibir a los huéspedes
Salieron junto a la casa
Palafrenos con ropas,
Que *de levantar* se *llama;*

Cuando entraron en el patio,
Doncellas de lindas caras
Pusieron a Don Quijote
Un *gran mantón de escarlata.*

Puestos en los corredores
Los criados y criadas,
A grandes voces decían,
Remarcando las palabras.

(*) 2.ª parte.—Capítulo XXXI.

«¡Sea, *sea bien venido*
Señor de tan justa fama,
De caballeros andantes
Esta *la flor y la nata!*»

Y encima de sus señores
Y el hidalgo de la Mancha;
Cayeron de varios pomos
Las más *olorosas aguas.*

Desamparó Sancho al rucio
Y como esto le pesaba,
A una reverenda dueña
Doña Rodríguez Grijalba,

Suplicó que del pollino
Ella o quien fuere cuidara,
Y hubo dimes y diretes
Entre aquélla y entre Panza.

Se oyó llegar la disputa
Hasta groseras palabras;
Intervino la duquesa
Y la cosa quedó en calma.

Luego del tal incidente,
En una Sala adornada
Entraron al atrevido
De más notables hazañas.

Doncellas le desarmaron
Y en gregüesco le dejaban,
Disimulando la risa
Que daba mirar su facha.

Pidiéronle las dejase
Que también le desnudaran
Para ponerle camisa
Que tenían preparada;

No permitió el caballero
Que su honestidad ajaran,
Y aquel menester, a Sancho
Ordenó que realizara.

Hubo entre señor y mozo
Advertencias destempladas,
Por lo hecho con la dueña
Y que a Sancho le pesaba.

Vistióse al fin Don Quijote
Puso en su tahalí la espada,
Y el mantón de color vivo
Echó sobre sus espaldas.

Montera de raso verde
Que las doncellas llevaran,
Se colocó en la cabeza
Y entróse así en otra estancia.

Allí estaban las doncellas
Como en alas colocadas,
Con aderezo de darle
Aguamanos y tohallas.

Doce pajes precedidos
Del jefe Maestrasala,
Salieron para llevarlo
Donde a comer le esperaban;

La duquesa con el duque
Con ceremonia de gala,
Salieron a recibirle
Como si así fuese usanza.

También un grave eclesiástico (2)
Con los duques le aguarba,
Eclesiástico de aquellos
Que gobernar quieren casas.

Para sentarse a la mesa
Cortesía hubo extremada
Del duque hacia Don Quijote
Que presidir no aceptaba.

Sancho Panza, inoportuno
En donde no le llamaban,
Se metió a decir un cuento
De tendencia intencionada;

El de un labrador y noble
Que igualmente porfiaban,
Diciendo al fin el de clase,
Al de condición más baja,

Que la disputa era inútil
Pues si en ello reparaban,
Estaba la cabecera
En el sitio que ocupara.

La indirecta fué terrible,
Don Quijote sintió rabia,
Y oportuna la duquesa
Cambió el tema de que hablaban.

Para ello preguntó a Sancho
Por Dulcinea, la dama
Por quien su señor y dueño
Tenía prendida el alma.

Dijo Sancho tonterías,
Y pues que lo deseaban,
De lo mismo habló el hidalgo
Con frase suave y galana.

Mencionando encantamentos
Caballerías y andanzas,
El clérigo apercibido
De quién era el de la Mancha,

Estuvo con Panza duro,
Y más duro que con Panza
Con Don Quijote, al que dijo
Descortesías amargas.

Tanto fué, que ya no pudo
El hidalgo tener calma,
Y entre razón y locura
Hizo respuesta elogiada.

(1) Recoge la edición que con otras varias y de diferentes años, se ha tenido a la vista para la confección de «El Romancero», la opinión de Don Juan Antonio Pellicer, que conjetura que Cervantes designó en estos sucesos a D. Carlos de Borja y D.ª María de Aragón, duques de Villahermosa; que el castillo o quinta, teatro de las aventuras que ya en otros capítulos se refieren, fué el palacio de Buenavía, que edificó el duque D. Juan de Aragón, primo del Rey Católico, en las inmediaciones de la villa de Pedrola, y que en Alcalá del Ebro, lugar de los duques, estaba probablemente situada la ínsula Barataria.

(2) Es racional creencia de algunos escritores la de que el clérigo a quien retrata y fustiga Cervantes en éste y el capítulo que sigue, fué un fraile que tuvo demasiada influencia en la casa del duque de Béjar, cuya protección buscó Cervantes para la primera parte del Quijote y que «después de admitir dificultosamente este obsequio, alzó la mano en los favores que le dispensaba» instigado por el fraile: «el fraile pues, y Cervantes eran incompatibles. Venció el primero, y el Duque, olvidando al escritor, se llenó de ignominia a los ojos de la posteridad irritada contra su preferencia». Este autor, cuyas palabras van copiadas, llama «imbécil» al eclesiástico, a quien según él alude Cervantes.



ROMANCE LXXVII

DE LA RESPUESTA QUE DIÓ DON QUIJOTE A SU REPREHENSOR, CON OTROS GRAVES Y GRACIOSOS SUCESOS (*)

La intransigencia extremada
Demuestra poco talento.

Justo, a fuerza de cruel,
Bien, por razón y agudeza,
Estuvo el loco elocuente
Acudiendo a su defensa.

Y tales cosas le dijo
A quien mostró intransigencia,
Que aquel clérigo, furioso
Abandonó casa y mesa.

Largo tiempo comentaron
Unos y otros la ocurrencia,
Y tal habló Sancho Panza,
Y su amo de tal manera,

Que lo mismo que otros muchos
Llegó a dudar la duquesa,
Si era más loco el criado
Que Don Quijote lo fuera.

Terminada la comida
La chanza fué más completa;
Con aguamanil, tohalla,
Jabón y pomos de esencia,

(*) 2.ª parte.—Capítulo XXXII.

Lavaron a Don Quijote
Cuatro graciosas doncellas,
Y de tal modo le dieron
De jabón hasta las cejas,

Que daba risa mirarle
Tanta blancura en tez negra,
Teniéndole así algún tiempo
Con artimañas diversas.

Listo el duque y recelando
Que la burla comprendiera,
Ordenó que los criados
Lo mismo con él hicieran.

Sintióse Sancho envidioso
De no hacer con él limpieza,
Y al quejarse a la señora,
Que lo harían, dijo ésta,

Y después de dar la orden
Al maestresala a la mesa
Fué Sancho con los criados,
Sin que la burla supiera.

Quedó en tanto el caballero
En conversación amena
Con la duquesa y el duque
Hablando de Dulcinea;

Después trataron detalles
Y observaciones diversas,
De la historia del Quijote
Cuanto a su parte primera.

Así estaban, y sintieron
Voces y gran rumor fuera,
Y Sancho entró descompuesto
Con muchos mozos de cerca.

Uno *con artesoncillo*
De agua de fregar y espesa,
Corriendo detrás de Panza
Para obligarle a limpiezas.

Contestando a la señora
Manifestó el de la artesa,
Que lavarse no quería
Según usanza, el babieca

—Estas tales cirimonias
Parecen burlas, no veras,
Y al que a *mí llegue a tocarme*
Un pelo de la cabeza,

Digo barba, una puñada
Le servirá de advertencia,
Porque yo no soy tan tonto
Que tales chanzas consienta.

Dijo Sancho; a favor suyo
Salió el amo en la contienda,
Y ofrecióle la señora
Interponer su influencia

Porque pronto su marido
Una ínsula le diera;
Y salieron los criados
Y quedó todo en sosiega.

ROMANCE LXXVIII

DE LA SABROSA PLÁTICA QUE LA DUQUESA Y SUS DONCELLAS PASARON CON SANCHO PANZA, DIGNA DE QUE SE LEA Y DE QUE SE NOTE (*)

¿Criados? de los más fieles
Son tejados descubiertos.

A instancia de la duquesa
Señora de gran ingenio,
De doncellas rodeado
Está el palurdo escudero.

Interrogado hábilmente
Por lo que hubiera de cierto
De no ver a Dulcinea
Y de inventar mil enredos;

Una vez asegurado
Que allí no había indiscretos,
Dijo tener a su amo
Por el loco más completo,

Y que apesar de ser listo
En muchas cosas su dueño,
Lo mismo que a un mentecato
Engañaba con sus cuentos,

Como hizo con Dulcinea
Inventando encantamento,
Y diciéndole haber visto
Lo que no miró ni en sueños.

(*) 2.ª parte.—Capítulo XXXIII.

Prolija fué la duquesa
  Pormenores recogiendo
  Sin duda porque pensara,
  Lo que llegó a ser un hecho.

La cueva de Montesinos
  No escapó a su pensamiento,
  Anotando en su memoria
  Cuanto refirió el manchego.

Se habló luego de la ínsula
  Y acerca de su gobierno,
  La señora hizo que Sancho
  Luciera su pobre seso.

Un chaparrón de refranes
  Disparaba el escudero,
  Alguno que otro del caso,
  Lo más sin venir a pelo.

Le hizo creer la señora
  Que Dulcinea, en efecto,
  Parecía por encanto
  Como sus ojos la vieron;

Y era tal y según dijo
  Su amo, gran caballero
  Siendo Panza el engañado
  Creyendo hacer un invento.

Con esto y considerarle
  Gobernador desde luego,
  Ellos quedaron con risa
  Y él se marchó satisfecho.

ROMANCE LXXIX

QUE CUENTA DE LA NOTICIA QUE SE TUVO DE CÓMO SE HABÍA DE DESENCANTAR LA SIN PAR DULCINEA DEL TOBOSO, QUE ES UNA DE LAS AVENTURAS MASFAMOSAS DESTE LIBRO (*)

Engañar a un pobre loco
No está bien; pero es sencillo

El mayordomo del duque,
De ingenio desenfadado,
Inventó y zurció la farsa
Que los duques concertaron.

En traje y carácter puesto
Sería Merlín el Sabio,
Y a un joven paje sin barba
De Dulcinea acoplaron.

Idearon más figuras
Discurrieron aparato;
Todo sobre las sandeces
Y las noticias de Sancho.

Una vez que dispusieron
Las figuras y el tinglado,
Llevaron de cacería
Al escudero y su amo.

(*) 2.ª parte.—Capítulo XXXIV y algo del capítulo XXXVI.

Eran muchos cazadores
  Y ni el más espavilado,
  Hubiera visto en aquello
  La burla que prepararon.

Tuvieron lances de caza,
  Estuvo el manchego bravo,
  Y empezó a llegar la noche
  De aquel día de verano.

Fuerte ruído de tambores
  De arcabuces y de carros,
  Resplandor de muchas luces
  Y voces, gritos y escándalo;

Infernal algarabía
  Que asombraba y daba espanto;
  Pareciendo arder el bosque
  Por uno y por otro lado.

Cornetas de voz aguda,
  Trotar de muchos caballos,
  Lelilies a uso moro
  Trompetas, clarines, pífaros:

Pasmóse el duque, su esposa
  Impresionóse algún tanto,
  Admiróse Don Quijote
  Y tembló de miedo Sancho.

Pasó mientras que tocaba
  Un cuerno desmesurado
  Un postillón, que vestía
  Brillante traje de diablo.

Díjoles ser el demonio,
  Que iba con afán buscando
  A Don Quijote el valiente,
  De la Mancha, el más hidalgo.

Seis tropas de encantadores
  Eran los allí llegados,
  Llevando un carro triunfante
  Con Dulcinea su encanto.

El duque mostró quién era
  El Don Quijote buscado,
  Y el manchego y el demonio
  Brevemente platicaron.

De parte de Montesinos
Era el curioso recado,
Y Don Quijote aguardóse
Para saber y alcanzarlo:

Como a la sin par hermosa
Dulcinea de su encanto
Podría salvar, volviendo
A su condición y estado.

Marchó el diablo, siguió el ruído,
A Panza le dió desmayo,
Y empezó luego el desfile
De los misteriosos carros:

Iba el sabio Lirgandeo
En el primero llegando;
Otro viejo, el sabio Alquife
En el segundo y de paso.

Arcalaus en el tercero
De Amadis Gaula adversario:
Cesó el ruido, se oyó música
Al aparecer el cuarto.

ROMANCE LXXX

DONDE SE PROSIGUE LA NOTICIA QUE TUVO DON QUIJOTE DEL DESENCANTO DE DULCINEA, CON OTROS ADMIRABLES SUCESOS (*)

Muchos por lograr un cargo
Aguantan hasta el ridículo.

A compás de grata música
Tan suave como sentida,
En carro triunfal, un carro
Fantástico en demasía,

Junto a una figura negra
Llegó la protagonista,
Dulcinea del Toboso
Con gasas de oro vestida.

Una vez frente a los duques
La luciente comitiva,
Y cerca de Don Quijote
Callaron las chirimías:

Alzándose la figura
Que ropa negra traía
Descubrió el rostro y temblaron
Viendo en él la muerte misma;

Y con reposado tono
En hermosa poesía
Dijo en conclusión, el medio
De librar a la oprimida:

(*) 2.ª parte.—Capítulo XXXV.

Para quitar el encanto
  Que Dulcinea sufría,
  Tres mil trescientos azotes
  En uno o en varios días,

Había de darse Sancho
  En sus posadas tupidas,
  Posadas o posaderas
  De carne roja y maciza.

Negóse Sancho resuelto
  Y Don Quijote, con ira
  Le dijo que atado a un árbol
  Más de seis mil le daría.

Protestó Merlín diciendo
  Ser la condición precisa,
  Que a voluntad y no a fuerza
  Los azotes ser debían;

Y si acaso y en alivio
  Por si así lo prefería,
  La mitad con mano ajena
  En la cuenta sumaría.

Ni aun así se avino Sancho
  A sufrir tal azotina,
  Y se alzó la otra figura
  Mostrando su faz bellísima.

Con tono un tanto dudoso
  De voz poco femenina,
  Dijo a Sancho cosas fuertes,
  Insultos, no cortesías;

Le pidió que consintiera
  En cuanto se le pedía:
  Pero Sancho resistióse
  A ser él la medicina.

Intervino la duquesa,
  Merlín el sabio insistía,
  Y le dió el duque en el toque
  Donde mejor vencerían;

Que no le daba el gobierno
  Si en ello no consentía,
  Y siguieron los acosos,
  Y él huyendo disciplinas.

Por fin Sancho en tal apuro
   Prometió que se daría,
   Los azotes necesarios
   En sus posaderas limpias.

Volvió el ruido, marchó el carro
   Cuando el alba ya venía,
   Don Quijote besó a Sancho
   En la frente y las mejillas:

Todos fueron al castillo
   Sin poder guardar las risas,
   Y los duques satisfechos,
   Más burlas entretejían.

ROMANCE LXXXI

DONDE SE CUENTA LA EXTRAÑA Y JAMÁS IMAGINADA AVENTURA DE LA DUEÑA DOLORIDA, ALIAS LA CONDESA TRIFALDI, CON UNA CARTA QUE SANCHO PANZA ESCRIBIÓ A SU MUJER TERESA PANZA (*)

Para burlarse de un hombre
Nunca faltan comediantes.

Por servir a sus señores
Y por servirse a sí mismo,
Que gustaba de las burlas
Y gustaba de artificios,

El mayordomo ingenioso
El más listo entre los listos
Compuso astuto una farsa
Contra dos hombres sin juicio,

Pero antes de relatarla,
Por buen orden, es preciso,
Hablar de unas tonterías,
Sandeces que Sancho hizo.

Contestando a la duquesa
Si había dado principio
A darse azotes, sincero
Dijo haberse dado cinco.

(*) 2.ª parte.—Capítulo XXXVI.

Y al decir que con la mano
  Se los daba, ella le dijo
  Que más que azotes, palmadas
  Era darse en aquel sitio.

Convino con la señora
  El aumentar el martirio,
  Con alguna disciplina
  Que hiciera el mal más sentido.

Mostró después una carta
  Que a su mujer hubo escrito,
  Carta que al duque y duquesa
  Causóles gran regocijo. (1)

Y una vez que al jardín fueron
  Y después de haber comido,
  La invención del mayordomo
  En buen hora dió principio.

Jardín adelante, entraron
  Ambos de luto vestidos,
  Dos hombres que con tambores
  Iban haciendo gran ruído.

Junto a ellos llegaba el *pífaro*
  Negro y pizmiento el indino,
  Y uno, cuerpo de gigante
  Tras ellos por igual sitio,

Con barba la más horrenda
  Blanca y larga que se ha visto:
  Se arrodilló ante los duques
  Y dicen todos que dijo:

Que Trifaldín le llamaban
  Y era escudero y amigo
  De *Trifaldi, la condesa*
  Que con él llegó al castillo;

Que la *dueña dolorida*
  Sobrenombre conocido
  Esperaba su licencia
  Para reclamar auxilio;

Que antes saber deseaba
  Si estaba en aquellos sitios
  El valiente Don Quijote
  Que jamás fuera vencido;

Que a pie, venía en su busca
Sin descanso en el camino,
Desde el reino de Candalla
Donde tiene sus dominios.

Contestó el duque ofreciendo
Y otorgando su permiso,
Y Trifaldín con los suyos
Regresó por donde vino.

Habló a Don Quijote el duque
Diciéndole había visto,
Cómo de tan *lueñes tierras*
Llegaban los afligidos.

—Quisiera yo señor duque
Que hubiera estado y oído
En este punto, aquel cura
Que tantas cosas me dijo.

Así contestó el hidalgo
Añadiendo convencido:
—Venga esa dueña, y que pida
Su remedio al brazo mío.

---

(1) No se pone el contenido de la curiosa carta en el verso, porque no cabe sintetizarla, y copiarla sería contradecir al propósito de «El Romancero», que ya se ha dicho es el de sintetizar, dar una breve idea, lo bastante para que se conozca de cada una de las aventuras del famoso hidalgo: en esta carta es donde se consigna el celebrado concepto con las conocidas frases «Si buen gobierno me tengo buenos azotes me cuesta.....»

ROMANCE LXXXII

DONDE SE PROSIGUE LA FAMOSA AVENTURA DE LA DUEÑA DOLORIDA.—SE CUENTA LO QUE DIÓ DE SU MALA ANDANZA LA DUEÑA DOLORIDA. — LA TRIFALDI PROSIGUE SU ESTUPENDA Y MEMORABLE HISTORIA.—COSAS QUE ATAÑEN Y TOCAN A ESTA AVENTURA Y A ESTA MEMORABLE HISTORIA, Y VENIDA DE CLAVILEÑO, CON EL FIN DESTA DILATADA AVENTURA (*)

En ocasiones los cuerdos
Se confunden con los locos.

Cuando marchó el escudero
De la misteriosa dueña,
Sancho para quien callarse
Siempre fué terrible pena,

De dueñas habló poniéndolas
Peor que dijesen dueñas,
Apoyando la ojeriza
Que tenía contra ellas

En *no sé qué boticario,*
Toledano por más señas;
Y ya con este motivo
Tuvieron los duques tema

(*) 2.ª parte.—Capítulos XXXVII, XXXVIII, XXXIX, XL y XLI.

Para que Sancho siguiese
   Aderezando simplezas.
   El pífaro y los tambores
   Igual que la vez primera,

Por el jardín penetraron
   Precediendo a la condesa,
   Doce dueñas repartidas
   A modo de dos hileras,

Con unos mongiles anchos
   Y unas tocas blancas luengas,
   Llegaron, y la Trifaldi
   Con su escudero tras ella.

Iba vestida de negro
   Con finísima bayeta,
   Y era la falda o la cola
   De tres puntas bien dispuestas.

Tres pajes, también de luto
   Llevaban la falda inmensa,
   Y tres ángulos acutos
   Formaban los tres con ella.

De aquí Trifaldi por nombre,
   O tres faldas así puestas
   Según dice Benengeli
   Pensando de tal manera.

Hubo mútuas cortesías,
   Extremadas reverencias,
   Sin que hablara Don Quijote
   Absorto por la extrañeza.

—*Poderosísimo* duque,
   Hermosísima duquesa,
   Circunstantes discretísimos,
   Antes que mi amarga pena,

Según el mundo de grande
   Según la noche de negra,
   Exponga según deseo,
   Saber si aquí está quisiera,

El señor *acendradísimo*
   Para que mi cuita sepa,
   El que es de la *Manchísima*
   Don Quijote o como sea;

Si también su *escuderísimo*
En este *gremio* se encuentra,
El que dicen Sancho Panza
Cuya fama el viento lleva.

Contestando a estas preguntas
Panza dijo por respuestas:
—Así es mi *dolorísima*
Dueñísima, que Dios tenga:

Aquí está Don *Quijotísimo*
Que para todos es cuenta
Ser como es, de la *Manchísima*
Del mundo gloria en la tierra;

Yo *escuderísimo* Sancho,
Que otros ser, también quisieran,
Y los dos servidorísimos
De la señoría vuestra.

Con frase más adecuada
Y con singular fineza,
Le contestó Don Quijote
Para decirla quién era.

Y luego de hacer extremos
Y demandas y promesas,
La Trifaldi sosegada
Contó sus cuitas y penas.

Fué del reino de Candalla
Como viuda de Archipiela,
La reina doña Maguncia
De quien servil dueña era.

Antonomasia la infanta
Y más bellas entre las bellas,
Se crió y creció debajo
De su cuidado y tutela;

Enamoróse la joven
De un caballero y poeta,
Lo que ocurre muchas veces
Con las mujeres de letras;

Nada hubiera conseguido
Con no carecer de prendas,
Si antes el *desuella caras*
La guardiana no rindiera.

Consiguió cuanto quería
   Con sus trovas y ternezas,
   Conquistando a la tutora
   Y llegando a la doncella.

Hecho el daño no podía
   Con boda borrar la afrenta;
   La desigualdad de clase
   Muro fué más que de piedra.

Caballero Don Clavijo
   Era poco para ella,
   Y la dama dolorida
   Con ingenio y sotileza,

Urdió ardides, con tal suerte
   De amor y honor en defensa,
   Que hizo la unión de tal modo
   Que fué imposible romperla.

Murió la reina Maguncia
   Y ya enterrada por muerta,
   El gigante Malambruno,
   En caballo de madera,

Pareció y en el sepulcro
   Por vengar a su parienta,
   Valiéndose de ser mago,
   Cruel y con saña fiera

Dejó a Clavijo encantado
   Y Antonomasia la bella,
   Y al joven, de cocodrilo
   De metal que nadie entienda.

Como *jimia de bronce*
   Antonomasia se queda;
   Y un *padrón* dejó entre ambos
   Escrito en *siriaca lengua,*

El *padrón* aquél decía
   Con enrevesadas letras,
   Que no habría desencanto
   En tanto que allí no fuera

Don Quijote de la mancha
   Con él a reñir contienda,
   Ya que pasa por valiente
   Sin saber yo que lo sea.

A la infeliz relatante
Segar quiso la cabeza;
Pero a fuerza de implorarle
Se arrepintió de su idea;

Y en cambio igual que a las otras
Y cuantas dueñas hubiera,
Hizo que tuviesen barbas,
Unas rubias y otras negras.

Y la dueña dolorida
Igual que sus compañeras,
Mostraron todas los pelos
Al quitarse las caretas.

Continuando los embustes,
Llantos, súplicas, promesas,
Del buen hidalgo manchego
Consiguió, que consintiera

Montar caballo fantástico
Que devoraba las leguas,
Sin que nadie contuviese
Lo veloz de su carrera;

Y que al reino de Candaya
Marcharan en su defensa,
A reñir con Malambruno,
Y vencer en la pelea.

Llegó la noche, la hora
De burla tan estupenda;
El caballo clavileño
Apareció según era.

Una clavija en la frente
A modo de manivela,
Era bastante a que andara
Por las regiones etéreas.

No protestó Don Quijote,
Panza ofreció resistencia;
Pero al fin tras de su amo
Montó en la máquina aquella.

Como el asiento era duro
Se colocó a mujeriegas,
Y hacia las nubes se fueron,
Sin que de allí se movieran.

Con fuelles los de la trama
  Les daban aire con fuerza,
  Y con estopa encendida
  Poníanles fuego cerca,

Y fué de oir lo que hablaron
  De ocurrencia en ocurrencia,
  Cuando en la región del fuego
  Creyéronse en las tinieblas,

En la parte que al caballo
  Habían dejado hueca,
  Habían puesto cohetes
  Que prendieron desde fuera;

Y al impulso y estampido
  De la pólvora que atruena,
  Del artefacto cayeron
  El hidalgo y aquel bestia.

Apartaron de sus ojos
  Sus pañuelos como vendas,
  Una vez que sus sentidos
  Volvieron a estar en regla,

Viendo a los duques y cuantos
  Formaban la concurrencia,
  Si no muertos, desmayados
  En posiciones diversas:

Vieron también una lanza
  Hincada en tierra y en ella,
  Un pergamino cogido
  Con dos cordones de seda;

Y tenía el pergamino
  Escrito en *siriaca lengua*,
  Que el *ínclito Don Quijote*
  De la Mancha, bravo era,

Y acabó el encantamento
  De Trifaldi la condesa,
  Con solo haberlo intentado
  El de la región manchega;

Y por fin que cuando el *vapulo*
  Escuderil se cumpliera,
  También la paloma blanca
  Volvería en su belleza.

Todos en sí del desmayo
  Que sin sufrirle fingieran,
  Oyeron decir a Panza
  Las mentiras mas tremendas:

Había visto, mirando
  Desde la celeste esfera,
  Grano de mostaza el mundo
  En el que los hombres eran

Del tamaño de *avellana*
  Sin decir grande o pequeña
  Y otros muchos desatinos
  Fraguados en su mollera.

Con estos y otros detalles
  Se concluyó la comedia,
  En que Sancho y Don Quijote
  Tomaron burlas por veras.



ROMANCE LXXXIII

DE LOS CONSEJOS QUE DIÓ DON QUIJOTE A SANCHO PANZA ANTES QUE FUESE A GOBERNAR LA ÍNSULA, CON OTRAS COSAS BIEN CONSIDERADAS DE LOS CONSEJOS SEGUNDOS QUE DIÓ DON QUIJOTE A SANCHO PANZA (*)

No gobiernan bien los pueblos
Los que así no se gobiernan.

No satisfechos los duques
De burlas tan bien urdidas,
Contra un loco de talento
Y un costal de picardías,

Siguieron hilando bromas
Sin mirar el mal que hacían,
Y que una desgracia, nunca
Debe causar alegrías.

Dijo el duque a Sancho Panza
Que *deliñarse* debía,
Para marchar al gobierno
De la ínsula ofrecida.

Alentóse en sus sandeces
Por gozar cuanto quería,
Dándole sus advertencias,
Después de darle noticias.

(*) 2.ª parte.—Capítulos XLII y XLIII.

Díjole como era el traje
Que preparado le habían:
De capitán y letrado
Y con lucientes insignias.

En resumen que a la tarde
De gobernador iría,
Y que ya sus insulanos
Ansias por verle tenían.

Llegó entonces Don Quijote
En actitud reflexiva,
Y a solas los dos tuvieron
Interesante entrevista.

Como habla un padre a su hijo
Y un profesor hablaría,
Los más prudentes consejos
Para norma de su vida,

Dió a su escudero el hidalgo
Que conmovido le oía,
Unos *de adornar* su *alma*
En existencia tranquila;

Otros *de adorno del cuerpo*
Y en todo tan detallista,
Que a seguirlos Sancho Panza
Más perfecto no lo habría.

Nadie que oyese al hidalgo
Pensaría en su desdicha;
Era su razón, un cielo
Que obscurecen las neblinas. (1)

---

(1) No tienen los capítulos en que se inspira este romance, síntesis posible y no es, según se ha dicho en otras notas, el propósito del autor de «El Romancero», hacer una copia que cualquiera que fuera el verso en que se hiciera, resultaría detestable.

ROMANCE LXXXIV

CÓMO SANCHO PANZA FUÉ LLEVADO AL GOBIERNO, Y DE LA EXTRAÑA AVENTURA QUE EN EL CASTILLO SUCEDIÓ A DON QUIJOTE (*)

No seduce demasiado
Una mujer desenvuelta.

Caballero en una mula,
Llevando detrás el rucio,
Con alamares de seda
Y con albardón de lujo,

Camino vá de su ínsula
El gobernador astuto,
Que si no sabe de letra,
De otras cosas sabe mucho.

Un mayordomo le guía
Y en su cara mira en junto
La cara de la Trifaldi,
La dolorida de luto.

A Don Quijote, más ciego,
Su observación dice al punto,
Y aplazan el cerciorarse
De lo que dá por seguro.

Queda triste Don Quijote
Sin su servidor palurdo,
Y en el castillo se mete
Sosiego dando al discurso.

(*) 2.ª parte.—Capítulo VLIV.

Ofrécele la duquesa
Cuatro doncellas de gusto
Que cuiden de su persona
Vistan y pongan desnudo,

Don Quijote no consiente
Nada que ponga en apuros
Su cariño a Dulcinea,
Constante como ninguno;

Prefiere atenderse solo
A su menester y usos,
Y no insiste la duquesa
En la ocurrencia que tuvo.

Se queda solo en su cuarto
Con pensamientos de justo,
Y ya desnudo se acuesta
Y oye rumores confusos.

Se siente un tanto curioso
Y va con paso menudo
A ponerse en la ventana
Y oír más claro el murmullo.

Son dos hermosas doncellas
Puestas en lo más obscuro,
Que a instancias de una, la otra
Canta su afecto profundo.

Y es el mismo Don Quijote
Donde su amor ella puso:
¡Qué niña de quince años!
¡Qué lindo y tierno capullo!

¡Ni por esas! el manchego,
En Dulcinea halla escudo
Y huyendo de tentaciones,
Se duerme sin ser perjuro.

ROMANCE LXXXV

DÉ CÓMO EL GRAN SANCHO PANZA TOMÓ LA POSESIÓN DE SU ÍNSULA Y DÉL MODO QUE COMENZÓ A GOBERNAR (*)

Lleva el hombre de conciencia
En sí mismo la justicia.

En posesión del gobierno
De la ínsula barataria,
Un lugar de mil vecinos
Que a los duques tributaba,

Como prueba en que luciera
Sus alcances Sancho Panza,
Le presentaron tres casos,
Que fueron tres cosas raras.

Primero: entraron dos viejos
Y el uno dellos llevaba,
Por báculo *cañaeja*
Al efecto preparada.

El sin báculo, le dijo
Que aquel otro le adeudaba
Los diez escudos de oro
Que días ha le prestara;

(*) 2.ª parte.—Capítulo XLV.

Que no tenía testigos
Con que dello hacer probanza,
Y pasaría por todo
Lo que su deudor jurara.

Al acreedor, dió su báculo
Porque jurar estorbaba,
Y dijo haber recibido
La cantidad reclamada;

Pero habíale devuelto
Los escudos que tomara,
Y el acreedor al oirlo
De ser verdad no dudaba.

Volvió el báculo a su dueño;
Pero listo, Sancho Panza,
Tuvo una feliz idea
Que nadie se imaginaba.

Hízoles volver y al punto,
Rompió por mitad la caña
Y en ella en monedas de oro
Los diez escudos estaban.

Por eso decía en firme
El deudor cuando juraba,
Que ya el acreedor tenía
La cantidad que prestara.

El segundo caso, era
Cuestión algo delicada:
Entró un hombre a quien asía
Una mujer de las bravas.

Aquel hombre, según dijo
Entre reproches y lágrimas,
Le había robado a fuerza
Su más estimada alhaja.

Escuchada la querella
Y disparos de palabras,
Pidió Sancho al atrevido
Cuanto dinero llevaba.

Y hecho así, condenó al hombre
Que a la mujer lo entregara,
Saliendo de allí contenta
Y a saltos como un cabra.

Rectificando su orden
  Dijo al hombre la buscara
  Y la quitase la bolsa,
  Si es que no quisiera darla.

Salió el hombre; al poco tiempo
  Con la mujer regresaba
  Los dos a brazos partido
  Y mano a mano luchaban.

—Antes me arrancan la vida
  Que yo la bolsa dejara,
  Dijo la mujer resuelta
  Forcejeando y desgreñada.

El gobernador entonces
  Dispuso que la entregara,
  Añadiendo para ello
  Argumentaciones sabias;

—Si con igual energía
  De doncella recatada,
  Hubiérais guardado aquello
  Que dejásteis os quitaran,

Razón tendríais ahora
  En sostener la demanda,
  Porque nadie a fuerza puede
  Robar lo que ya os falta.

Por fin el caso tercero
  No dejó de tener gracia;
  Un sastre y un parroquiano
  Eran los que pleiteaban:

El parroquiano dió al sastre
  Paño, en medida menguada
  Para que una caperuza
  El sastre confeccionara.

Desconfiado el cliente
  Que habría *sisa* pensaba,
  Y dijo al sastre le hiciera
  Sin que dijera éste nada,

Hasta cinco caperuzas
  Con la tela que llevaba,
  Las hizo el sastre, y el otro
  Negóse a darle la paga.

El por qué, preguntó Sancho
De aquél no querer pagarlas,
Y el cliente dijo al sastre
Que su labor enseñara.

El sastre sacó una mano
Y en cada dedo llevaba,
Una de las caperuzas
Sin que ninguna faltara;

Y asegurando ser cierto
Que de la tela entregada,
Ni un hilo cuando las hizo
Pudo ver que le sobrara.

—*Pierda el sastre las hechuras*
Dijo Sancho con cachaza,
Pierda el labrador el paño
Y así el asunto se acaba.

Celebraron las sentencias
Y escritas y detalladas,
Se las mandaron al duque
Que con saberlas gozaba.

ROMANCE LXXXVI

DEL TEMEROSO ESPANTO CENCERRIL Y GATUNO QUE RECIBIÓ DON QUIJOTE EN EL DISCURSO DE LOS AMORES DE LA ENAMORADA ALTISIDORA (*)

¡Mal haya quien se divierte
Á costa del mal ajeno.

La joven Altisidora
Que con otra compañera,
Hicieron a Don Quijote
Creer con canciones tiernas,

Que se había enamorado
Del manchego, y con tal fuerza,
Que la mataban los celos
Sentidos por Dulcinea,

Fingió desmayos al verle
Después de la noche aquella,
En que por oir sus cantos
Estuvo el hidalgo en vela.

Convencido el caballero
De inspirar pasión inmensa,
Quiso matar los efectos
Obrando bien y en conciencia;

(*) 2.ª parte.—Capítulo XLVI.

Y resuelto a tal propósito
Ordenó que le pusieran
Un laúd en su aposento
Por cantar a la doncella.

De acuerdo con las muchachas
El señor duque y duquesa,
Prepararon otra burla
Que resultar pudo seria.

A las once de la noche
Estando todo en sosiega,
Después de abrir la ventana
Para que mejor le oyeran...

Con versos por él compuestos
Y música de vihuela,
Cantó el hidalgo famoso
Sus amores y sus penas,

Cuando un cordel descolgaron
Con cencerros y cencerras,
A la vez que varios gatos
En huída y como fieras,

Entraron por la ventana
Saltando a locas y a ciegas
Para encontrar la salida,
Sin reparar como fuera.

Esto que vió Don Quijote
Volvió pronto a sus quimeras,
Viendo en cencerros y gatos
Encantadores de cuenta.

Desenvainando el acero
Lleno de ira y con fuerza,
Empezó a dar cuchilladas
A diestras como a siniestras.

Con las uñas y los dientes
Un gato de gran fiereza,
Se le agarró a las narices
Como un animal de presa.

Acudió el duque a las voces
Y al ver tan ruda pelea,
El gato quitarle quiso
Temiendo las consecuencias.

Herido y echando sangre
   Aun decía en su demencia,
   Que nadie se lo quitara
   Para que del su fin diera;

Pero al fin se lo quitaron,
   Vieron las heridas hechas,
   Y a curarle y pesarosos
   Estaban duque y duquesa.



ROMANCE LXXXVII

DONDE SE PROSIGUE CÓMO SE PORTABA SANCHO PANZA EN SU GOBIERNO (*)

No hay quien no se crea grande
Si como a grande lo tratan.

El fingido mayordomo
No descansaba un momento,
De añadir burlas a burlas
Contra el antiguo escudero.

Sentado Sancho a la mesa
Según estaba de hambriento,
Le fueron pasando platos
Que no hacía más que olerlos.

De su salud en custodia
Improvisado Galeno,
A cada plato ponía
Con una varilla el veto.

Todos los fué desechando
Con uno u otro pretexto,
Permitiendo que comiera
Como único alimento,

Algunas *suplicaciones* (1)
Pudiendo ser hasta ciento,
Y de *carne de membrillo*
Laminados y no gruesos.

(*) 2.ª parte.—Capítulo XLVII.

Preguntó Sancho su nombre
A médico tan extremo,
Y él dijo que se llamaba,
Doctor Pedro Recio Agüero.

Natural de Tirteafuera
Estando sito su pueblo
Entre Almodóvar del Campo
Y Caracuel; y en oyendo

Sancho Panza frase a frase
Le repitió todo ello:
Recio de Agüero, cambiando
Por Recio de mal Agüero,

Ordenando que marchara
Pues no quería ni verlo,
O a garrotazos le haría
Que saliera del Gobierno.

En tanto carta del duque
Al gobernador trajeron,
Y en la carta le anunciaba
Terroríficos sucesos.

Enemigos de la ínsula
Tenían fraguado intento,
De dar formidable asalto
Y había que andar despierto.

Atónito quedó Sancho
Y entendió que lo primero,
Era meter en la cárcel,
Al médico Doctor Recio.

Y luego de otros detalles,
Siempre con hambre en aumento,
Pidió cuatro libras de uvas
Y un pedazo de pan bueno.

Ordenes dió al secretario
Comentando los sucesos,
Cuando entró un paje a decirle
Que un negociante de lejos,

Un asunto de importancia
Traía y que para ello,
Quería verle en cuanto antes
Según le dijo insistiendo.

Renegó Sancho de un cargo
  Que no dejaba sosiego,
  Sin hacerse cargo nadie
  De su ser de carne y hueso;

Pero a recibir avínose
  Al labrador forastero,
  Y éste le contó una historia
  Larga y plagada de enredos,

Concluyendo por pedirle
  Para salir del aprieto,
  Unos seiscientos ducados
  Que serían su remedio:

Votó Sancho al escucharle
  Díjole fuertes conceptos,
  Y con la silla cogida
  Le amenazó unos momentos;

El labrador comerciante
  Se salió a paso ligero,
  Y Sancho comer no pudo
  En todo un día completo.

---

(1) «Canutillos de suplicaciones», barquillos y todavía se llaman así en Toledo.

ROMANCE LXXXVIII

DE LO QUE LE SUCEDIÓ A DON QUIJOTE CON DOÑA RODRÍGUEZ, LA DUEÑA DE LA DUQUESA, CON OTROS SUCESOS DIGNOS DE ESCRITURA Y MEMORIA ETERNA (*)

En la mujer más sesuda
A veces salta una loca.

M*elancólico y Mohíno*
Herido el rostro y vendado,
En una de aquellas noches
Después de la de los gatos,

Estaba metido en cama
El valiente y pobre hidalgo,
Pensando en su Dulcinea
Y de Altisidora hablando.

En alta voz lamentaba,
Inspirar amores tanto
Y jurábase así mismo,
Ser fiel a su dama y casto.

Sintió que abrían la puerta
Y alguien entrar en su cuarto,
Y de pié sobre la cama
Se puso a escape de un salto,

(*) 2.ª parte.—Capítulo XLVIII.

Envuelto su flaco cuerpo
En amplia colcha de raso,
Con *galocha* en la cabeza
Y aquella cara con trapos,

Era una extraña figura
Y no era menos al caso,
La de la recién llegada
Con una vela en la mano.

La dueña doña Rodríguez
Avanzaba paso a paso,
Y al confrontarse, la vela
Se le escapó de las manos.

A obscuras unos momentos
Dueña y caballero hablaron;
Por nueva luz salió ella
Y él allí quedó esperando.

Volvió luego y con protestas
Una y otro, de recato
Sentada ella junto al lecho,
Siguieron los dos charlando.

Refirió doña Rodríguez
Buscando a su mal amparo,
En larga historia, su vida
Llena de trances amargos.

El final de todo ello
Tan largo para contado,
Es que tenía una hija
Hermosa y de pocos años;

Y que un labrador riquísimo,
Que ser su esposo jurando,
Consiguió cuanto quería,
No cumpliendo lo pactado.

Para obligarle a ser bueno
Y reparar el agravio,
Acudía a Don Quijote
Que la ofreció remediarlo.

Doña Rodríguez, ingrata
Ya que lo suyo hubo hablado,
Llevó el toque a la duquesa
Reduciendo sus encantos.

Reveló que su señora
  Libraba el humor insano,
  Porque tenía en las piernas
  Abiertas fuentes manando.

Tan apenas Don Quijote
  Ponía en ello reparos,
  Cuando se abrieron las puertas
  Más que de golpe y porrazo;

La vela cayó de nuevo
  Efecto del sobresalto,
  Y a obscuras Doña Rodríguez
  Sintió sus faldas que alzaron.

Con al parecer chinelas
  La dieron bien de azotazos,
  Y fueron luego hacia el otro
  Cuando a ella la dejaron.

Quitaron sábanas y colcha
  A Don Quijote, que bravo
  Se defendió con puñadas
  Cuando ya le pellizcaron.

Duró el combate algún tiempo
  En silencio extraordinario,
  Hasta que al fin los fantasmas
  Volvieron sobre sus pasos.

Recogió Doña Rodríguez
  Sus faldas puestas en alto,
  Y Don Quijote quedóse,
  Escocido y meditando.

ROMANCE LXXXIX

DE LO QUE SUCEDIÓ A SANCHO PANZA RONDANDO SU ÍNSULA (*)

Caso hay en que el talento
Puede suplir la malicia.

Bien preparado el enredo
Que nunca Sancho entendía,
Un secretario, escribanos,
Y alguaciles, le seguían.

De gobernador haciendo
Y de hombre de justicia,
De ronda de calle en calle
Y en una noche tranquila,

Llegaron a ver dos hombres
Que a cuchilladas reñían,
Dando fin a la contienda
Al llegar la policía.

Eran jugadores: uno
Ganó mucho en la partida,
Y el otro le reclamaba
Barato que dar solía.

A discusión puesto el caso
Panza oyó cuanto decían,
Y resolvió la contienda
Como ninguno lo haría.

(*) 2.ª parte.—Capítulo XLIX.

Nada negó el ganancioso
  Dando cantidad más mínima,
  Y el baratero la suma
  De otras veces le exigía.

Ni oficio ni beneficio
  Con que ayudarse a la vida
  Confesaba el del barato
  Que ni tuvo ni tenía.

El gobernador dió al punto
  Inesperada salida:
  Que soltara el ganancioso
  Cien reales a quien pedía,

Esto y a más treinta reales
  Sin pretexto y enseguida,
  Para *pobres de la cárcel*
  Que se lo agradecerían.

Al truán y baratero
  Dijo que al rayar el día,
  Desterrado por diez años
  Marchase a región distinta.

Llegó después un corchete
  Que del brazo a un mozo asía,
  Porque al advertir la ronda
  Intentó salir de huída.

Le interrogó Sancho Panza
  Sobre quién era y que hacía,
  Acusando al contestarle
  Ser un mancebo de chispa.

—*¿Y hacia donde íbais ahora?*
  Sancho Panza le decía:
  Señor, a tomar el aire,
  Contestó con frase viva.

—¿Dónde aquí se toma el aire?
  —*Donde sopla,* respondía
  —*Haced cuenta soy yo el aire,*
  Y os soplo en popa enseguida,

Y váis a dar en la cárcel
  Con tanta chocarrería,
  Y allí dormiréis tranquilo,
  Y que de castigo os sirva.

Le replicó que en la carcel
No durmió ni dormiría,
Y el gobernador y el joven
Tuvieron cuestión reñida.

Al fin Sancho convencióse
Aclarada la porfía,
El ir a la carcel, ¡bueno!
Dormir en ella ¡mentira!

Siguió la ronda y hallaron
Joven hermosa y vestida
En traje de hombre, y con joyas
Que delataban ser rica.

Echa luz en el asunto
De aquella superchería,
A poca, muy poca cosa
Quedábase reducida.

Hija de un hidalgo rico,
Y viudo; en años y días,
Ella no salió a la calle
Estando en casa metida.

Quiso ver cómo era el pueblo
Y saber lo que ocurría,
Y con ropa de su hermano
Se disfrazó de tal guisa;

Esta y su hermano anduvieron
Por el pueblo en compañía
De noche, para que nadie
Dijera que los veían.

El maestresala prendado
Quedó de joven tan linda,
Y a su hermano que vió Panza,
Para yerno lo quería.

Iba vestido con ropas
De su hermana, y así hacían,
Ella de hombre, él de doncella,
Y de doncella bellísima.

Soltó Sancho unos refranes
Y después, a toda prisa,
Llevó a los dos hermanitos
A la casa en que vivían.

ROMANCE XC

DONDE SE ACLARA QUIEN FUERON LOS ENCANTADORES Y VERDUGOS QUE AZOTARON A LA DUEÑA, Y PELLIZCARON Y ARAÑARON A DON QUIJOTE, CON EL SUCESO QUE TUVO EL PAJE QUE LLEVÓ LA CARTA A TERESA PANZA, MUJER DE SANCHO PANZA (*)

Una mujer no consiente
Que descubran sus defectos.

Cuando fué doña Gertrudis
Al cuarto en que dolorido
Por arañazos y amores
Daba el manchego suspiros,

Otra dueña la seguía
Por curiosidad de instinto,
Y al verla meterse dentro
Fué a su ama y se lo dijo;

Y curiosa la duquesa
¡Mujer al fin! y en su sitio
En unión de Altisidora,
Y del duque con permiso,

Hasta la puerta del cuarto
Fueron a paso quedito,
Escuchando cuanto hablaban
Los que dentro habían visto;

(*) 2.ª parte.—Capítulo L.

Y así que doña Gertrudis
Se fué imprudente del pico,
Entraron y vapulearon
A los dos como se ha dicho.

* * *

Un paje que por discreto
Fué para el caso escogido;
Llevó la carta de Sancho
Al lugar de su destino,

Con otra de la duquesa,
Sarta de corales finos
Y el traje verde de casa
Que Panza mandarle quiso.

Topó pronto con Teresa
Mujer de Sancho, y sus hijos,
Y a ella entregó la carta
Y sarta de coral rico.

Locas Teresa y Sanchica
Hablaron mil desatinos,
Comunicando la nueva
Donde las daban oídos.

Era su alegría grande,
Y eran sus planes, delirios,
Y al cura, Sansón Carrasco
Y al barbero, sus amigos,

Contaron lo que ocurría
Del amo y de su marido,
Y a casa de Sancho Panza
Fueron los tres reunidos.

Las cartas el señor cura
Pudo leer por sí mismo,
Y hablando al paje, confusos
Quedaban, si no aturdidos.

De la duquesa la carta
Estudiaban el sentido,
Ofreciéndose a Teresa
Con lenguaje harto sencillo:

Hallando raro pidiese
Señora de tal prestigio,
Dos docenas de bellotas
Que sin duda eran capricho.

Le preguntaron al paje
Que se pasaba de listo,
Y en confusiones y dudas
Nada sacaron en limpio.

El cura llevó a su casa
Al paje, con el designio,
No tanto de que cenara,
Como porque hablara el chico.

Sansón a escribir las cartas
Se ofreció amable y maligno;
Pero prefirió Teresa
Que lo hiciera un *monacillo.*

ROMANCE XCI

DEL PROGRESO DEL GOBIERNO DE SANCHO PANZA, CON OTROS SUCESOS TALES COMO BUENOS (*)

Los que parecen más torpes
Son a veces más discretos.

En la mañana siguiente
De aquella noche de ronda,
Se levantó Sancho Panza
Con la cabeza más tonta.

El médico, cuidadoso
Le permitió a primer hora
Poca ración de conserva
Y agua fría; pero sola;

Y con hambre, como siempre,
A juzgar hombres y cosas...
Con sentencias que tenían
Más de cuerdas, que de locas,

Era el caso de aquel día
De solución muy dudosa:
Hombre que incurría en pena
Para librarse de otra.

Al extremo de una puente
Habían puesto una horca:
Si el que pasaba, decía
Jurando, la verdad toda

(*) 2.ª parte.—Capítulo LI.

A que iba y donde fuera
   Estaba libre de soga;
   De otro modo se le ahorcaba
   Por mentir maliciosa.

Llegó uno; juró en firme
   Ir a morir en mal hora,
   En aquel mismo artefacto
   De muerte vil tan odiosa.

Llevando a Panza el asunto
   Vió en resolver, fácil obra:
   Siendo iguales los motivos
   Para una y otra cosa.

Llevaron luego una carta
   Con sobre de letra gorda,
   Misiva en que Don Quijote
   Hizo advertencias juiciosas.

El ordenó contestarla
   A nombre de su persona,
   Y un día sumó a los días
   De vida tan azarosa.

ROMANCE XCII

DONDE SE CUENTA LA AVENTURA DE LA SEGUNDA DUEÑA DOLORIDA O ANGUSTIADA, LLAMADA POR OTRO NOMBRE DOÑA RODRÍGUEZ (*)

No deben tomar los grandes
Por diversión a los chicos.

Iban pasando los días
Sin que Don Quijote andase
A buscar las aventuras
Como caballero andante;

Y pensando así el manchego
A quien pinchaba la sangre,
Pidió permiso a los duques
Para marchar adelante.

A Zaragoza quería
Dentro de poco llegarse,
Para tomar en las justas
Directa y activa parte.

Acordada la licencia
Y acordado el pronto viaje,
Estando a la mesa un día
Con los duques, sin pararse

(*) 2.ª parte.—Capítulo LII.

Penetraron dos mujeres
Cubiertas con negros trajes,
Y la *una dellas llegándose*
A Don Quijote, anhelante

De rodillas se hincó humilde
Queriendo los piés besarle,
Oponiéndose el hidalgo
En toda ocasión galante.

Eran las dos enlutadas
Que fueron a presentarse,
La dueña doña Rodríguez
Y la hija de su madre;

Aquella hija burlada
Por un labrador tunante,
Aunque bien pudo la débil
De promesas no fiarse.

A Don Quijote pidieron
Que no las desamparase,
Y al burlador de su honra
Antes de partir buscase.

Lo prometió el caballero
Y que sabría encontrarle,
Y que con él sostendría
El más sangriento combate.

Oído esto por el duque
Dijo que no se buscase,
Y él, a nombre del mancebo,
Aceptaba tener lance;

Daría campo, y las armas
Serían de las usuales;
Tiró un guante Don Quijote
Y el duque cogió aquel guante.

Con esto, porque las burlas
De hora en hora continuasen,
Apareció de regreso
El diplomático paje.

Había visto a Teresa,
Traía muchos detalles;
Pero esto según él dijo
Debía decirlo aparte.

En tanto, bien con las cartas
Podrían regocijarse,
Entregando las misivas
Que juzgaba interesantes.

Para sí primero y luego
Porque todos disfrutasen,
En alta voz la duquesa
Leyó muchos disparates.

Para Sancho la otra carta
Era y de la misma parte,
Y en abrirla el señor duque
No encontró dificultades.

¡Qué pobre Teresa Panza!
Tener probada en sus frases,
En una cabeza tonta
Monomanías de grande.

ROMANCE XCIII

DEL FATIGADO FIN Y REMATE QUE TUVO EL GOBIERNO DE SANCHO PANZA (*)

Cansan pronto las funciones
De fuegos artificiales.

Llegaba el fin de una broma
Y de tonto, un tonto hacía,
Que hasta los tontos se cansan
De sus propias tonterías.

Y ello fué; que cuando Sancho,
En la noche de aquel día
De los siete que llevaba,
De gobernar de rechifla,

Dispuso aquel mayordomo
Las cosas, que parecían
Traca de final de fiesta
De pólvora de una villa.

Y así que Sancho, con hambre
Cuando cansado dormía,
Despertó sobresaltado
Por los ruídos que se oían.

Eran toques de campanas
De trompetas infinitas,
Y atambores, y arcabuces
Y terrible algarabía.

(*) 2.ª parte.—Capítulo LIII.

—*¡Arma, arma!* señor nuestro:
Ha entrado gente enemiga,
Y con espadas entraron
Los hombres que lo decian.

Poco después, dos paveses
Le pusieron tan asina,
Que cuando quiso dar paso,
Fué a tierra la señoría.

En los paveses cogido
Y atado como le habían,
Era tortuga en su concha
Que mal los brazos movía.

Con antorchas y con armas
Iban hombres y venían,
Pidiendo *escalas* de mano
Aceite, ardiente, alcancías;

Todo como si de veras
Al ataque resistían,
Y dando de cuchilladas
De los paveses encima,

No hay que decir lo que Sancho
Así encerrado sufría,
Y tanto que a punto anduvo
De morirse por asfixia.

Figuraron acabarse
La batalla tan reñida,
Dando gritos de victoria
Al amanecer del día.

Libre Panza del ahogo
Fué por su rucio enseguida,
Albardó, besó al pollino
Ante muchos que allí había,

Montóse y cayó en el burro
Declarando en frase viva,
Que para gobierno de ínsulas
El no nació, ni servía.

Así diciendo, dió a todos
Cariñosa despedida,
Y salió sobre su rucio
Por donde no volvería.

ROMANCE XCIV

QUE TRATA DE COSAS TOCANTES A ESTA HISTORIA, Y NO A OTRA ALGUNA (*)

Es de antiguo para muchos
Pedir limosna, una industria.

En busca de Don Quijote
Siguió Sancho su camino,
Y cuentan que al poco tiempo
Encontró a unos peregrinos.

En lengua que no entendía
Con cantares de afligido,
Pidiéronle una limosna
Y dió lo que pudo y quiso.

Pan y queso que aceptaron
Por no descubrir su hilo,
Que de pobres a industriales
Van derecho al ovillo.

Pedir limosna era en ello
Más que precisión oficio,
Y de Alemania venían
Año por año, a lo mismo.

A Sancho reconoció
Uno de aquellos mendigos
Que se llamaba Ricote,
Y que fué su convecino.

(*) 2.ª parte.—Capítulo LIV.

Por efecto de una ley
Contra adversarios de Cristo,
Ricote igual que otros muchos
En un plazo breve y fijo,

Tuvo que ir expatriado
De aquel su pueblo nativo,
Y disfrazado volvía,
Según él, a Sancho dijo,

Para coger en su pueblo
Su tesoro en escondrijo,
Y por amor que se tiene
Al pueblo en que se ha nacido.

Juntos en una alameda
Y todos hechos amigos,
Tras abundante comida
Y de seis botas de vino,

Aparte Ricote y Sancho
Habló largo el fugitivo,
Invitando a Sancho Panza
Para juntos ir al sitio

En que dejó su tesoro
Oculto y bien escondido,
Dando doscientos escudos
A Sancho por el servicio.

No fué Sancho codicioso
Y al rey y a Dios fidelísimo,
Con razones de prudencia
Rechazó tal beneficio.

Prometió guardar secreto
No delatando lo visto,
Y cada cual por su lado
Marcharon los dos tranquilos.

ROMANCE XCV

DE COSAS SUCEDIDAS A SANCHO EN EL CAMINO Y OTRAS QUE NO HAY MÁS QUE VER (*)

Cuando sin razón se sube
Es muy fácil la caída.

Bien orientado hacia el sitio
Del castillo que buscaba,
Iba camino adelante
El ínclito Sancho Panza.

Se le fué la noche encima
Y era su impaciencia tanta,
Que avivó el paso del rucio
Y lo avivó en hora mala.

Y ocurrió que por lo obscuro
De una noche tan cerrada,
Cayó el rucio y cayó Sancho
En sima profunda y larga.

Por muerto en sus pensamientos
El escudero se daba
Y era su rucio, su rucio,
El objeto de sus ansias.

A tienta por las paredes
Sin saber donde tentaba,
Y después de algunas horas
De inquietudes de su alma,

(*) 2.ª parte.—Capítulo LV.

Topó con un agujero,
Por él pasó casi a gatas,
Y pudo ver que la cueva
Era cada vez más ancha.

Trabajó con una piedra
Y tal fué su fuerza y maña,
Que consiguió por un hueco
Que su pollino pasara.

Anduvo, anduvo y anduvo,
Y anduvo con la esperanza
De dar con una salida
Y sin poder encontrarla.

Llegó el día; pidió auxilio
Con voces desesperadas;
Pero nadie a sus lamentos
Por allí le contestaba.

¡Casualidades del mundo
Si el novelista las fragua!
Estaba junto a la sima
Don Quijote de la Mancha.

Para el desafío próximo
Su habilidad ensayaba,
Y en sus vueltas y revueltas
Llegó a la sima ideada;

Oyó las voces de Sancho,
Cruzáronse las palabras,
Y al fin se reconocieron
Don Quijote y Sancho Panza.

Con auxilio que le dieron
Salió Sancho a la luz clara,
Y a todos contó sus cuitas
Y el modo en que gobernara.

Como siempre, con refranes
Los conceptos tapizaba,
Y los duques en oirle
Gran contento demostraban.

Por fin de cuento; que a Sancho
Le obsequiaron en la casa,
Y él olvidó los pesares
De aquellas burlas pesadas.

ROMANCE XCVI

DE LA DESCOMUNAL Y NUNCA VISTA BATALLA QUE PASÓ ENTRE DON QUIJOTE DE LA MANCHA Y EL LACAYO TOSILOS EN LA DEFENSA DE LA HIJA DE LA DUEÑA DOÑA RODRÍGUEZ (*)

Como apunte bien Cupido
Se siente pronto el efecto.

Bien el lacayo Tosilos
Aleccionado de suerte
Que supliera la figura
Del burlador insolente

De la hija de la dueña
Doña Rodríguez, que quiere
Que aquel hidalgo manchego
Riña por ella y la vengue;

Preparó el duque la burla
A que acudió mucha gente,
Con estacada y con todo
Que un desafío requiere.

El duque con sus empeños
De bromista y de prudente,
De acuerdo con Don Quijote
Que a cuanto propone, accede,

(*) 2.ª parte.—Capítulo LVI.

Quitó el hierro de las lanzas
Para evitar una muerte,
Porque las chanzas, en veras
Acaban muy fácilmente.

Y todo bien preparado
Emoción grande promete,
Cuando suenan las trompetas
Con que la hora se advierte.

Fué condición que admitieron
Uno y otro combatiente,
Que si vencía el hidalgo
El casamiento se hiciese;

Y si Don Quijote fuera
El vencido, libremente
Quedaría Don Quijote
Del empeño que tuviese.

Concertado así, uno y otro
Según costumbres, corteses
Conversaron con las dueñas
Causantes del incidente.

El amor que tiene cosas
Que imaginar no se pueden,
En el pecho del lacayo
Clavó sus flechas aleve.

Y el lacayo en un momento
De humilde, se hizo rebelde,
Y al atacar su contrario
Con brío y pujanza fuerte,

Lo que no pudo esperarse
Surgió como de repente,
Declarándose vencido
Tosilos ante las gentes.

Aceptaba el matrimonio
Causa del lance presente,
Dándose por concluído
Lo dispuesto a resolverse.

Sorpresa fué para el duque
Que de ira estaba verde;
Más como hablar no podía
Tuvo al fin que contenerse.

Protestó Doña Rodríguez
  De no ser el combatiente
  El burlador de su hija
  Por quien el duelo se hiciere;

Pero pronto Don Quijote
  En su ver, extraños veres,
  Habló del encantamento
  Que ocurría muchas veces.

Eran los encantadores
  Sus enemigos de siempre,
  Que la cara del lacayo
  Pusieron por el ausente.

Contuvo el duque la risa
  A que rabia lugar cede,
  Se allanó Doña Rodríguez
  Que habiendo boda no pierde.

A detención de unos días
  Al lacayo se somete,
  Y todo acaba, con pena
  De los que impresiones quieren.

ROMANCE XCVII

QUE TRATA DE CÓMO DON QUIJOTE SE DESPIDIÓ DEL DUQUE Y DE LO QUE LE SUCEDIÓ CON LA DISCRETA Y DESENVUELTA ALTISIDORA, DONCELLA DE LA DUQUESA (*)

El amor de las mujeres,
Con desdén, se cambia en odio.

Van a marchar del castillo
Don Quijote y su escudero,
Cansados de estar ociosos
Que es cansarse de ser cuerdos.

Mientras todos les miraban
Cantó con son lastimero,
La doncella Altisidora
Cosa de su amor y celos.

Y entre su rabia decía
Que llevaba el caballero,
Tres tocaderos y ligas
Que a voluntad no le dieron.

Llamóse al humor el dúque
Por prolongar el enredo,
Y Don Quijote prudente
Lugar ninguno dió a ello.

Finalmente Panza y su amo
Tristes, pero satisfechos,
Su camino a Zaragoza
Con nueva ruta siguieron.

(*) 2.ª parte.—Capítulo LVII.

ROMANCE XCVIII

QUE TRATA DE CÓMO MENUDEARON SOBRE DON QUIJOTE AVENTURAS TANTAS, QUE NO SE DEJABA VAGAR UNAS A OTRAS (*)

Defender a la hermosura
Tiene sus inconvenientes.

Pues señor: que andando, andando
Camino de Zaragoza,
Si *Cide Hamete* no engaña
O habla Cervantes en broma,

Fueron Sancho y Don Quijote
Tratando de Altisidora,
Y de amor y libertades;
Pero no a tontas y a locas.

A poco más de una legua
De andadura torpe y corta,
Vieron en verde pradillo
Como unas doce personas.

Sobre la hierba sus capas,
Las capas mesa redonda,
Cosas de comer con hambre
Que no hay salsa más sabrosa,

Debajo de blancas sábanas
Como blanquesinas lomas
Parecían, y debajo
Algo que oculto aprisionan.

(*) 2.ª parte.—Capítulo LVIII.

Llegándose Don Quijote
De imaginación curiosa
Saludó y preguntó luego
Que había en la blanca ropa,

—*Imágines de relieve*
Para gente religiosa,
Y el relato de la iglesia
De aldea que no se nombra.

Esto dijeron que había
Bajo sábanas y blondas,
Y como verlas quisiera
Le fueron mostrando todas.

De San Martín y San Jorge
Esculturas primorosas,
Y de San Pablo y San Diego
De talla, preciadas obras

Eran aquellas *imágines*,
Y de la sagrada historia
Fué relatando el manchego
Varias y salientes notas.

En todos aquellos santos
Añadía un *don* de sobra,
Y en cada uno, veía
En su locura famosa

Más que un santo, un caballero
Andante en fecha remota;
Y él y Panza se marcharon
Sin que pasara otra cosa.

Entrando por una selva
Fuera de vía, a deshora,
Entre redes de hilo verde
Que al libre marchar estorban,

Se halló enredado el andante
Defensor de ajenas honras,
Sin saber cómo ni cuándo,
Ni de quién era la obra;

Saliendo de entre unos árboles
Dos bellísimas *pastoras*,
Que ser doncellas de clase
Decían sus ricas ropas,

Que no rompieran las redes
  Le rogaron humildosas,
  Y le dijeron la causa
  De su ardid de cazadoras.

Gente principal de aldea
  Que a dos leguas más se topa,
  Formado había una Arcadia
  Para decir dos églogas.

Del poeta Garcilaso
  Era la una; y la otra
  De Camóes, y en su lengua
  Portuguesa y cadenciosa.

En conclusión; que invitado
  Quien fué galante persona
  Por pastores y zagales
  Que del tenían memoria

Por ser lectores del libro
  De sus hazañas notorias,
  Aceptó el valiente hidalgo
  Pasar allí alguna hora.

Hablóse de Dulcinea
  Dama sin par en lo hermosa;
  Pero Don Quijote dijo
  Que también había otras,

Las dos pastoras doncellas
  De la verde red, preciosas,
  Prometiendo proclamarlo
  Contra todo el que se oponga;

Y al camino real saliendo
  Y mostrando furia loca,
  Dijo en alto que las *ninfas*
  De aquel punto *habitadoras,*

Vencían las hermosuras
  Y *cortesías* en boga,
  Esperando a sostenerlo
  Con quien llevase la contra.

Nadie al reto contestaba
  En la carretera sola,
  Hasta ver lejos un grupo
  Con lanzas, como de tropa.

Era que llevaban toros
  Para lidia peligrosa
  Y los de la nueva Arcadia
  Huyeron de la derrota.

En vano los conductores
  Demandaban con voz bronca,
  Que se apartara el hidalgo
  Y se dejase de bromas;

Don Quijote quedó quieto
  Y las fieras, presurosas
  Le pisotearon a Sancho
  De una manera horrorosa.

Bien molidos y maltrechos
  Podrían decir a solas:
  No hay caballeros andantes
  Con gente que no razona.

ROMANCE XCIX

DE LO QUE SUCEDIÓ A DON QUIJOTE YENDO A BARCELONA (*)

Razón y bondad se imponen
Aun estando entre bandidos.

E*ra fresca la mañana*
Cuando salió de la venta
El famoso Don Quijote
Con Sancho que sigue cerca.

Pasados fueron *seis días*
Sin que anotar cosa nueva,
Y en el último y de noche
Y bajo encinas espesas

(*) 2.ª parte.—Capítulo LX.

NOTA. El capítulo LIX que precede a éste, en la obra que procura sintetizar «El Romancero», no hay aventura, limitándose a las bellezas de estilo, que no cesan de aparecer en todo el libro y a discreteos, siendo su principal objeto la dura crítica que hace Cervantes de quien quiso hacer escandaloso plagio publicando otro Quijote; para ello inventa Cervantes la estancia de dos caballeros en la misma venta en que se hallan Don Quijote y Sancho Panza, poniendo de manifiesto en el diálogo los errores y falsos supuestos del autor aragonés, autor del plagio, y por decir éste que había estado el personaje manchego en la fiesta de arnés en Zaragoza; para que la mentira resalte más, desiste Don Quijote de su proyectado viaje a la capital aragonesa, encaminándose a Barcelona.

Se apearon, cada uno
  Con diferentes ideas,
  Que pocas veces unidas
  Van espíritu y materia.

Sancho había merendado
  Y al sueño no puso riendas,
  En tanto que Don Quijote
  Pasaba la noche en vela.

Fijo estaba en el encanto
  De la sin par Dulcinea,
  Irritándose con Panza
  Que descuidó su tarea.

Era preciso azotarle
  Para que con más presteza,
  De aquellos tres mil azotes
  Algo aumentara la cuenta.

Se fué junto al escudero
  Que dormía a pierna suelta,
  Llevando de Rocinante
  Preparadas las correas.

Soltó a Sancho la pretina,
  Sancho advirtió la faena,
  Y entre caballero y mozo
  Armóse reñida gresca,

A brazo, más no partido
  Porque agarraban con fuerza,
  Lucharon, y a Don Quijote
  Le tocó caer en tierra.

Una rodilla en el pecho
  Le puso Sancho, hecho fiera,
  Obligando a prometerle
  Que tendría manos quietas.

El amo riñó al criado
  Rebeldía tan inmensa;
  Pero por fin y a la postre
  Tuvieron en paz la fiesta.

* * *

Sancho se apoyó en un árbol
Y al recostar la cabeza,
Unos piés, y piés humanos
Tropezó con suerte negra.

Pidió auxilio, fué su dueño
Que hizo a su mozo que viera
Que colgaban de otros árboles,
Otros brazos y otras piernas.

Y ellos eran bandoleros
Que la justicia prendiera,
Y que ahorcaba y los ponía
Para escarmiento, de cuelga.

En esto, nutrido grupo
De ladrones sin conciencia,
Les cercaron y robaron
Cuanto llevaban por fuera.

En peligro escudos de oro
Que a Sancho los duques dieran,
Llegó el capitán, un Roque
Bandolero de alma buena;

Roque Guinot se llamaba
Y ordenó volver las prendas
A Sancho y a Don Quijote,
Contentos por tal fineza.

Tonterías del hidalgo
Le hicieron caer en cuenta,
De ser tan rara persona
La que andaba en las leyendas.

Así las cosas, de prisa
En caballo a boca suelta,
Vestida como mancebo
Llegó una hermosa doncella.

A Roque a quien conocía
Rogó ayudara su empresa,
Para penetrar en Francia
Sin que ninguno la viera.

Dijéronla que su amante
Olvidando sus promesas,
Casar quería con otra
Y se vengó de la ofensa;

Salió al encuentro del falso
   Con pistola y escopeta,
   Disparándoles tres balas
   Sin hablar y por sorpresa.

Desoyendo a Don Quijote
   El Roque Guinart y ella,
   Se fueron precipitados
   Al lugar de la ocurrencia;

Y por *un recuesto arriba*
   La verdad fué descubierta:
   El amante, moribundo
   Lo llevaban casi a cuestas.

Pudo hablar y quedó en claro
   No ser la noticia cierta;
   Pero el mal estaba hecho
   Y ya no tenía enmienda.

Como esposos los amantes
   Fe se juraron eterna;
   El amante quedó muerto
   Y ella llorando su pena.

* * *

Al regresar el bandido
   Al sitio de que partiera,
   Pronunciaba el buen hidalgo
   Una de tantas arengas

En elocuente discurso
   A gente de tal ralea,
   Por convencerles que todos
   Volviesen a mejor senda.

Presenciaron él y Sancho
   Robo que la historia cuenta,
   Y de Guinart rasgos nobles
   En los que nadie creyera.

Se supo luego que Roque
   Mandó a un su amigo, unas letras
   Diciendo que a Barcelona
   A Don Quijote, de veras

Llevarle se proponía
Engañado y por las buenas,
Avivando las tontunas
Que tenía en su cabeza;

Y antes que los de otro bando
Disfrutaran su presencia,
Con el amo y escudero
Podrían estar de fiesta.



ROMANCE C

DE LO QUE LE SUCEDIÓ A DON QUIJOTE EN LA ENTRADA DE BARCELONA CON OTRAS COSAS QUE TIENEN MAS DE LO VERDADERO QUE DE LO DISCRETO (*)

Siempre hallan los desgraciados
Gentes que les hagan burla.

Tres días con sus tres noches
Siguió con el bandolero,
El valiente Don Quijote
En un contínuo ajetreo;

Y le siguió paso a paso
En sus andanzas inquieto,
Unas veces sin comida,
Y muchas sin hacer sueño.

Al fin hácia Barcelona
Por atajos y senderos,
Don Quijote, Sancho y Roque
Resueltamente partieron.

De San Juan la noche antes
Llegaron sin un tropiezo,
Volvióse Roque, y quedaron
Solos amo y escudero.

(*) 2.ª parte.—Capítulo LXI.

Chirimías y atabales
Y cascabeles oyeron,
Y una cierta gritería
Que les tenía suspensos.

Vieron el mar que ninguno
En toda su vida vieron;
Todo esto al llegar un día
De limpia faz y risueño.

Hacían salvas los buques
Y era espantoso el estruendo:
Sobre briosos caballos
Iban muchos caballeros.

Fueron *corriendo con grita*
Y llegaron junto a ellos,
Saludando a Don Quijote
Con toda clase de extremos.

Rodeando al de la Mancha
Como *un caracol revuelto*
Formaron, y así el hidalgo
Quedó encerrado en el centro.

En tal modo caminaban
De la ciudad hacia el centro,
Y el diablo para diabluras
Cogió dos chicos traviesos:

Y los *muchachos se entraron,*
De la gente al grupo espeso,
Y al rucio y al Rocinante
En cierta parte pusieron

Aliagas con sus pinchos
Malos oficios son hechos;
Porque saltando los brutos
Fueron sus amos al suelo.

Don Quijote y Sancho Panza
Quitaron impedimentos,
Y nuevamente montados
Tras de su guía siguieron.

ROMANCE CI

QUE TRATA DE LA AVENTURA DE LA CABEZA ENCANTADA, CON OTRAS NIÑERÍAS QUE NO PUEDEN DEJAR DE CONTARSE (*)

«Amaos unos a otros»
Y el mandato no se cumple.

Un don Antonio Moreno
De quien no debe ni hablarse,
Y que de haber existido
Sería preciso ahorcarle,

Llevó a su casa al hidalgo
Para con él solazarse
Haciendo con un demente,
Lo que con nadie se hace.

Le puso trajes ridículos
Con cartel en letras grandes,
Para que todos le vieran
Y él no pudiera mirarse;

Y mofándose a su gusto
Con el noble personaje,
Lo exhibió por los balcones,
Y lo exhibió por las calles.

Mientras, a Sancho pinchaban
Para oirle disparates,
Y dijo más donosuras,
Que pudo decir refranes,

(*) 2.ª parte.—Capítulo LXII.

Con uno y otro rieron
  Haciendo burlas infames,
  Sin que ni un momento vieran,
  Ser a ellos semejantes.

Todo está bien a la idea
  De poder así probarse
  Que si hacen lo que sienten
  Hombres hay, que son salvajes.

Una cabeza encantada
  Para tontos o ignorantes,
  Siendo ignorantes los cuerdos
  Que más suelen alabarse,

Preparó aquél Don Antonio
  Que da grima hasta nombrarle,
  Siendo todo un artificio
  De barraca de lugares;

Era un busto colocado
  En mesa puesta con arte
  En caja, y las patas huecas
  Que no podía observarse;

Un tubo de hoja de lata
  Hueco también lo bastante,
  Trasladaba los sonidos
  De una parte a la otra parte.

La cabeza interrogada
  Aparecía delante,
  Y debajo en otro cuarto
  Estaba quien contestase,

Por este procedimiento
  Logró Moreno burlarse,
  Lo mismo de Don Quijote
  Que de personas normales.

Se dió saraos y hubo danzas
  Y algunas damas galantes,
  Haciendo que Don Quijote
  Grotescamente bailase.

El hidalgo y su escudero
  En libertad, una tarde
  Entraron a ver imprentas
  De aquellas más importantes:

Vieron componer los moldes
Y prensas que han de sacarles,
Y hablaron con tal motivo
De libros originales;

De la venta de los libros,
De idiomas, ciencias y artes,
Demostrando Don Quijote,
El talento de Cervantes.

ROMANCE CII

DE LO MAL QUE LE AVINO A SANCHO PANZA CON LA VISITA DE LAS GALERAS, Y LA NUEVA AVENTURA DE LA HERMOSA MORISCA (*)

Solo Sancho, siendo un Sancho
Seguiría siendo un Sancho.

Previo aviso que al cuatralvo (1)
Dió Don Antonio Moreno,
Fueron a ver las galeras
Don Quijote y su escudero.

Como agentes principales
Honores se les hicieron,
Y en Don Quijote alternaban
La sorpresa y el contento.

En todo Sancho ponía
Sus grandes ojos abiertos,
Y su admiración fué grande
Al ver los hombres encueros.

Nada explicarse sabía
De maniobra y movimiento,
Creyendo ver piés humanos
En el trabajo con remos.

(*) 2.ª parte.—Capítulo LXIII.

Cuando estaba ensimismado,
Y sin poder preveerlo,
En alto le alzó la *chusma* (2)
Y lo tiraban a vuelo

De la izquierda a la derecha,
Y después al lado opuesto,
Jugando así a la pelota
Los pícaros marineros.

Bien *molido y jadeando*
Quedó Sancho con los vuelos,
Preguntando Don Quijote
Si era ceremonia aquello,

Y anunciando si lo era
Con él no habrían de hacerlo,
Pues *el alma a puntillazos*
Sacaría al del intento.

Hizo la chusma faenas
Dando a sus huéspedes miedo,
Y entonces fué cuando Sancho
Creyó ser encantamentos.

Desde Monjuit con señales
Al poco rato advirtieron,
Que algún bajel en la costa
Deslizábase a cubierto,

Un bergantín de corsarios
Que podría ser creyeron,
Y a su presa las galeras
Marcharon fuera del puerto.

Trabóse pronto el combate,
Y aunque causaron dos muertos,
Los del bajel, apresados
Quedaron al poco tiempo.

El general, irritado
Por las bajas que le hicieron,
Juró no dejar con vida
Ningún bereber de aquellos.

Era el Arraez o jefe
Del bergantín agareno,
Una mujer que llevaba
Ropa de gentil mancebo.

Habían ya preparado
La soga sobre su cuello,
Cuando al virrey que llegaba
Saludo cortés le hicieron.

En el mancebo gallardo
Estuvo el virrey atento,
Sintiéndose conmovido
Al contemplarle tan bello.

Hablar quiso y hablar pudo
Aquél Arraez supuesto,
Y dió su nombre: Ana Félix,
De cristiano nacimiento.

La expulsión de los moriscos
La hizo salir de su pueblo,
Y era española y cristiana
Como sus padres lo fueron.

Contó sus cuitas y penas
Causando gran sentimiento,
Con una historia de amores
Que interesó a los que oyeron.

Para salvar a su novio,
Hermoso por todo extremo,
Le obligó a vestir de mora
En el reino sarraceno.

Ella recabó licencia
De igual monarca, su dueño,
Para venir y llevarse
Tesoro en lugar secreto.

Un anciano peregrino
Que lloroso le fué oyendo,
Y penetró en la galera
Cuando el virrey y el cortejo,

Se acercó, la miró fijo
Y diéronse abrazo estrecho:
Eran el padre y la hija
Y pronto se conocieron.

Sancho conoció a Ricote
Sobrenombre o mote puesto;
Quedó la sentencia nula
Y el virrey gozoso en ello.

No estaba todo; faltaba
Rescatar al novio preso,
Y entre unos y los otros
Quedó convenido el medio.

(1) Jefe o Comandante de cuatro galeras; de aquí el nombre de «Cuatralvo».

(2) La Marinería.

ROMANCE CIII

QUE TRATA DE LA AVENTURA QUE MÁS PESADUMBRE DIÓ A DON QUIJOTE DE CUANTAS HASTA ENTONCES LE HABÍAN SUCEDIDO (*)

A veces la medicina
En el mal hay que buscarla.

Ana Félix la cautiva,
Y también la desterrada,
En casa de Don Antonio
Halló afectos y halló calma.

Todo salió a su deseo
Y solamente aguardaba
El barco que por su novio
Fué a las costas africanas.

No le pasaba lo mismo
Al hidalgo de la Mancha,
No salía de una burla
Cuando ya la otra entraba.

Caballero en Rocinante
Y armado de todas armas,
Salió de paseo un día
Paso a paso por la playa;

(*) 2.ª parte.—Capítulo LXIV.

Á poco vió a un caballero
  Á él parecido en la traza,
  Con armas y con caballo
  Y oculto por la celada.

Avanzó resueltamente
  Y a Don Quijote en voz clara,
  Le nombró y él dijo era
  Otro tal de prez y fama:

Su divisa en el escudo
  Llevaba en blanco pintada
  El caballero nombrado,
  Por el *de la luna blanca.*

—*Vengo a buscarte,* le dijo
  Y que digas que *mi dama*
  Sea quien fuere, a la tuya
  En hermosura aventaja.

Confiesa de llano en llano
  O de la muerte no salvas;
  Pero si *tú peleares,*
  Venciendo yo en la batalla,

Es la condición que pongo
  Y no he de modificarla,
  Condición que si no aceptas
  No hay en tí de hidalgo nada;

Que has dejarte de aventuras
  Y has de volver a tu casa,
  Sin que por tiempo de un año
  De aquel tu retiro salgas.

Admitió las condiciones
  Quien por nadie se arredraba,
  Y ante el virrey y otros muchos
  Que la lucha presenciaban,

Tuvo lugar el encuentro
  Sin trompeta que anunciara...
  Y Rocinante y su amo
  Cayeron en la esplanada.

—*Aprieta* más, *caballero*
  Contra mí *aprieta* tu lanza,
  Pues me has quitado la honra,
  La vida no me hace falta.

Así dijo Don Quijote
Con la bisera calada,
Caído en tierra, aturdido
Y entendiendo su desgracia.

Sancho triste y cabizbajo
Ni supo que hacer, ni hablaba:
Cuando el vencedor marchóse
Corriendo y sin dar la cara.

ROMANCE CIV

DONDE SE DÁ NOTICIA QUIEN ERA EL DE LA BLANCA LUNA, CON LA LIBERTAD DE DON GREGORIO Y DE OTROS SUCESOS (*)

El entendimiento triunfa
Sí hay voluntad y constancia.

Con una silla de manos
Trasladaron al manchego
Desde la plaza, a la casa
De Don Antonio Moreno.

Mientras éste al victorioso
Le fué de cerca siguiendo,
Y pudo saber quién era
Y él mismo dijo el secreto.

Era el bachiller Carrasco
Que, con el cura de acuerdo,
No tapaba su alegría
De haber vencido en su empeño.

No gustaba Don Antonio
Que al loco volvieran cuerdo,
Porque así perdía el mundo
Loco gracioso y recreo.

(*) 2.ª parte.—Capítulo LXV.

Seis días pasó en la cama
El molido caballero,
Y en sus pláticas con Sancho
Todas bordadas de ingenio,

En cumplir las condiciones
Uno y otro convinieron,
Regresando a sus hogares
A esperar un año entero.

Así estaban cuando alegre
Fué Don Antonio Moreno,
Anunciando al renegado
Con el cautivo mancebo.

Ana Félix y su novio
Vieron en su amor un cielo,
Pagó Ricote los gastos,
Y en todos hubo contento.

ROMANCE CV

QUE TRATA DE LO QUE VERÁ EL QUÉ LO LEYERE, O LO OIRÁ EL QUE LO ESCUCHARE LEER (*)

Unidos van en el hombre
El placer y los dolores.

Con desengaños que matan
Y esperanzas que dan vida,
Sancho Panza y Don Quijote
Hacia su pueblo caminan.

Lleva las armas el rucio
Y todo se compagina;
Lomo abajo, vá la prosa
Lomo en alto, poesía.

En la mente del hidalgo
Van en confusión y ruina,
Junto a sabios pensamientos,
Sandeces y tonterías.

No hay en Sancho variaciones
Y sigue como seguía:
Burdo saco de refranes
Agudezas y picardías.

Colgar las armas del amo
De los árboles quería,
Porque sin ella el rucio
Pudiera él montar encima.

(*) 2.ª parte.—Capítulo LXVI.

Y amo y mozo discutieron
Como discutir solían,
Y al fin siguieron andando
Igual que andaban, sin prisa.

Sin la menor incidencia
Caminaron cinco días,
Y al llegar a un pueblecito
Quitaron una porfía;

Y fué que dos labradores
Pendiente apuesta tenían
Que ganaría, el que andase
Más distancia en hora misma.

Uno pesaba once arrobas;
Otro cinco mal corridas,
Y el de las once al contrario
Cargar de hierro quería;

De tal modo con el hierro
Peso igual tener podrían,
Y Sancho con sus razones
Dió la cuestión concluída;

Que atildase y que puliese
El gordo su carne viva,
Y entresacara y sacase
Lo que de sobra tenía.

Vieron con esto el absurdo
Que uno y otro sostenían;
Y se acabó la disputa
Entre bromas y con risas.

Llegó la noche, del campo
Hicieron cama mullida
Y amo y criado siguieron
A primera luz del día.

Hallaron luego a Tosilos
Lacayo que conocían,
Y que llevaba unas cartas
De los duques que servía.

Hubo saludo afectuoso
Con ofertas de comida;
Aceptó Sancho, y quedóse
Mientras su amo seguía.

ROMANCE CVI

DE LA RESOLUCIÓN QUE TOMÓ DON QUIJOTE DE HACERSE PASTOR Y SEGUIR LA VIDA DEL CAMPO EN TANTO QUE SE LE PASABA EL AÑO DE SU PROMESA, CON OTROS SUCESOS EN VERDAD GUSTOSOS Y BUENOS (*)

Si el loco cambia de tema
No es imposible la cura.

A sombra de árbol gigante
Está el ingenioso hidalgo:
Parece tranquilo el cuerpo
Y el pensar alborotado.

Se acuerda de Dulcinea
Y el probable desencanto;
Y traza después su vida
Durante tiempo de un año.

Del convite de Tosilos
Llegó satisfecho Sancho,
Que no era para el manchego
Ni Tosilos, ni lacayo.

Asolada Altisidora
Salió pronto en lo que hablaron,
Y aún creía Don Quijote
Que habíala enamorado;

(*) 2.ª parte.—Capítulo LXVII.

Y entre asunto y entre asunto
Discutido en aquel caso,
Los azotes ofrecidos
Recordó al mozo su amo;

Y andando mientras hablaban
Llegaron a ver el prado,
Donde hallaron a pastoras
Y los toros le tumbaron.

Aguijón de otras ideas
Fué la vista de aquel campo,
Y a ser pastor inclinóse,
El antes guerrero hidalgo.

Compraría unas ovejas,
Tranquilo en montes y prados
Se pasarían los meses
Sin penas y sin quebrantos.

Hizo con este motivo
Discurso tal que copiado,
Ni cabe más poesía,
Ni es posible imaginarlo.

Seguramente a pastores
Querrían ir otros varios:
El barbero, el señor cura
Y también Sansón Carrasco.

Y les cambiaba los nombres
Sus propios nombres tomando,
Y Sancho aplaudía todo
Como aplaudir puede un Sancho.

Sobre los nombres arábigos
Que todavía empleamos,
Sus grandes conocimientos
Puso Don Quijote en claro.

Charla que charla, con charla
Que daba gusto escucharlos,
Llegó la noche, y por fuera
Del camino se quedaron.

ROMANCE CVII

DE LA CERDOSA AVENTURA QUE LE ACONTECIÓ A DON QUIJOTE (*)

¡Ay de aquellos que a su paso
Buscan hombres y hallan cerdos!

Dormía Sancho tranquilo;
Durmió el hidalgo unas horas,
Y fijo con sus ideas,
Y después de pasar otras,

Rompió el sueño del criado
Y le pidió en suave forma,
Que pues que se hallaban solos
Y estaba todo entre sombras,

Podía cumpliendo en parte
La ofrecida buena obra,
Darse trescientos azotes,
A cuenta de cuenta toda.

No se avino Sancho Panza
Y hubo frases respondonas,
Y reproches y advertencias,
Maldiciones y otras cosas.

En tanto que discutían
Oyen ruído que alborota,
Gruñir y balar de cerdos
Reses siempre gruñidoras.

(*) 2.ª parte.—Capítulo LXVIII.

Valentías escusadas
Deja salir de su boca,
El andante caballero
De ya imborrable memoria.

Llegó y pasó a la carrerá
La nutrida grey cerdosa,
Pisoteando a Don Quijote
Que rodó como una bola,

Y al Rucio y a Rocinante,
Porque su camino estorban,
Y todos fueron molidos
Por la cochina recoba.

Pasado el susto y rehechos
De la singular derrota,
Volvieron a su acomodo
Y cantó el hidalgo coplas.

Al sueño volvía Sancho
Cuando el día se colora,
Y a instancia de Don Quijote
A seguir su viaje tornan.

Al declinar de la tarde
Y cuando la noche torna,
Nuevo lance y nuevo susto
Su mala suerte pregona.

Con adargas y con lanzas
Y a caballo diez personas,
Y delante, a pie otros cuatro
Y a la chita y a la sorda,

Amenazando con señas
Y con armas peligrosas,
Prohibiéndoles que hablaran
Con acción rápida, pronta,

Rodearon a Don Quijote
Con mímica silenciosa,
Y a Rocinante y a Sancho
Y al rucio que Sancho adora.

A todos los condujeron
Como llevados con soga,
Hasta llegar al castillo,
Que conocían de sobra.

ROMANCE CVIII

DEL MÁS RARO Y NUEVO SUCESO QUE EN TODO EL DISCURSO DESTA GRANDE HISTORIA AVINO A DON QUIJOTE (*)

Muy malo será ser tonto;
Pero es peor que lo sepan.

¡Qué duques, señor, que duques!
Tan inhumanos y tercos
En utilizar dos hombres
Para bromas y recreos.

Quede aquí esto. Así llevados
Don Quijote y su escudero,
Con criados advertidos
Burla cruel dispusieron,

En el patio del Castillo
Como à dos varas del suelo,
Un túmulo levantaron
Con muchas velas ardiendo:

En los amplios corredores
Las luminarias por cientos,
Y en el túmulo veíase
Claramente un cuerpo muerto.

Abreviando: Altisidora
Doncella hermosa del cuento,
Murió de amor, desdeñada
Por el ilustre manchego.

(*) 2.ª parte.—Capítulo LXIX.

Cerca y a un lado del patio
Estaba *un teatro puesto,*
Y figurados dos reyes
Sobre lujosos asientos.

Junto al teatro en dos sillas
Preparadas al efecto,
Y en ellas a Don Quijote
Y Sancho Panza pusieron.

Subieron duque y duquesa,
Al teatro así dispuesto,
Y comenzaron la burla
Contra un loco y contra un memo.

Vistieron a Sancho Panza
De bocací ropa en negro,
Y pintada toda ella
Mostrando llamas de fuego;

Pusiéronle una corona
De condenado o de preso,
Advirtiéndole al oído
Que no rompiera el silencio.

El amor de Altisidora
Al ingrato caballero,
Cantó luego en *dos estancias*
A son del arpa, un mancebo.

Altisidora libraba
Según dijo un rey de aquellos,
De muerte que no era muerte;
Pero sí mortal en sueño,

En cuanto con Sancho hicieron
Una porción de atropellos,
Pellizcos, alfilerazos
En varias partes del cuerpo,

Y veinte cuatro mamonas
En su rostro sano y lleno,
Siendo de oir Sancho Panza
Que se negó a todo ello.

Entre fuerza de los unos
Y de su amo consejos,
Las seis dueñas preparadas
Dieron a Sancho el tormento;

Y revivió Altisidora
  Y al ver Don Quijote aquello,
  Fué y se puso de rodillas
  Ante su fiel compañero.

—¡Ah! *hijo de mis entrañas*
  Ahora, *ahora es tiempo,*
  De que te pegues azotes
  Por tu oferta y mi deseo.

Así cuentan que a su mozo
  El amo propuso ciego:
  —Es argado sobre argado
  Contestó Panza resuelto;

De no poder convencerle
  Convencido quedó luego,
  Y tras pequeños detalles,
  Cada cual se fué a su puesto.

ROMANCE CIX

QUE SIGUE AL DE SESENTA Y NUEVE
Y TRATA DE COSAS NO EXCUSADAS
PARA LA CLARIDAD DESTA
HISTORIA (*)

Siempre ha tenido creyentes
La mentira que impresiona.

Siguió adelante la burla
Que apareció concluída,
El loco siguió en sus trece,
Y el tonto en sus tonterías.

Altisidora resuelta
Y en su papel instruída,
Al cuarto de Don Quijote
Fué conteniendo la risa.

Hablóle de sus amores
Que a la perfección fingía,
Cosa no rara en mujeres
Que ponen bien las mentiras.

Hablóle de los desdenes
Injustos que recibía
Y por fin, mezcló amenazas
Con amantes cortesías.

Mostróse firme el hidalgo
A dama por quien suspira,
Y Sancho con sus sandeces
Incitóla a más falsías.

(*) 2.ª parte.—Capítulo LXX.

Les refirió Altisidora
Que cuando muerto se había,
En las puertas del infierno
Miró cosas peregrinas.

Jugaban a la pelota
Unos diablos que gruñían
Y en vez de pelota, libros
Tirábanse con porfía. (1)

Llegó el cantor de los versos
En la farsa bien urdida,
Y al mismo cuarto los duques
Fueron también aquel día,

No hubo más: Altisidora
Se mostró a la postre altiva;
Licencia pidió el hidalgo
Para partir enseguida;

Y concluyó la comedia
Que con Don Quijote hacían,
Remarcando a Sancho y su amo
Sentimental despedida.

---

(1) El objeto de Cervantes en esta invención es volver a censurar aquella 2.ª parte del «Quijote», escrita por Fernández de Avellaneda, que tan acerbas censuras y no sin justicia merecía.

ROMANCE CX

DE LO QUE A DON QUIJOTE LE SUCEDIÓ CON SU ESCUDERO SANCHO YENDO A SU ALDEA (*)

No hay loco que curar pueda
Si a su lado tiene un tonto.

Junto a su fiel escudero
A la vez alegre y triste,
Vá el hidalgo Don Quijote
Con la idea que persigue.

Triste porque le vencieron
Brazo que juzgó invencible,
Alegre, por ver que Sancho
Es el que puede servirle:

Si por él sufrir tormento
Del encanto quedó libre
La joven Altisidora...
La lógica es inflexible:

Dándose tres mil azotes
Con voluntad y de firme,
Puede Sancho a Dulcinea
Quitar encanto en que vive.

En tales creencias fijo
En rogar a Panza insiste,
Y puesto a precio el azote
Sancho Panza se decide;

(*) 2.ª parte.—Capítulo LXXI.

Y después de haber cenado
Con ansiedades de buitre,
Del *cabestro* y de la *jáquima*
Hace *un azote flexible.*

Metido bajo los árboles
Y en noche de obscuro tinte,
A veinte pasos del amo
El pacto empezó a cumplirse.

A los cuatro o cinco golpes
Suspende su acción, y pide
Aumento de recompensa
Que fácilmente consigue;

Vuelve a golpearse, o parece
Porque a cada golpe gime,
Y es la corteza de un haya
La que los golpes recibe.

Tantos eran que dolido
Don Quijote hombre sensible,
Le rogó que lo dejara
Antes que pudiera herirse;

Más tanto insistió que su amo
No quiso contradecirle,
Y el arbol en que azotaba
Debió quedar inservible.

Cesó el feroz vapuleo
Con que lograba evadirse
De su propia tontería
De oficios escuderiles.

Y arropado por su amo
Para con él, tan humilde,
Sancho durmió satisfecho
Del triunfo de sus ardides.

ROMANCE CXI

DE CÓMO DON QUIJOTE Y SANCHO LLEGARON A SU ALDEA (*)

Don Quijote, solo hay uno
Aunque haya muchos quijotes.

Metidos en la posada
En que pasaron la noche,
Después de aquel vapuleo
Fingido de modo innoble;

Pasaron también el día
Sancho Panza y Don Quijote,
Esperando Sancho darse
La última tanda de azotes.

Y sucedió que a la venta
Fueron a parar cuatro hombres,
Criados de ún caballero
Al parecer de buen porte.

Al pronunciar uno dellos
De aquel caballero el nombre,
Don Quijote anduvo atento
Por la duda en que le ponen.

Ocasión halló de hablarle
Y preguntar pormenores;
Era Don Alvaro Tarfe
Personaje de renombre;

(*) 2.ª parte.—Capítulo LXXII.

El que *un tal Avellaneda*
  Y es, aunque otra cosa pone,
  Natural de Tordesillas
  Y escondido bajo un mote;

Juega en la *segunda parte*
  Que bien merece reproches,
  De un *Quijote* que fué apócrifo
  Y a la legua se conoce.

Que fué Don Alvaro dijo,
  El hidalgo su amigote,
  Y por él fué a Zaragoza
  A justas en lidia enorme;

Que conoció a Sancho Panza
  A quien de gracia suponen,
  Sin él hallarle ninguna
  Que tal opinión abone.

El hidalgo y su escudero
  Dieron a Tarfe sus nombres,
  Y ser ellos, no los otros
  Reconoció Tarfe noble.

Y aprovechando la estancia
  Que les fué como de molde,
  Del *alcalde y escribano*
  Casual y oportuna entonces,

En legal forma Don Alvaro
  Declaró cual corresponde,
  No haber en su vida visto
  Estos célebres prohombres.

El hidalgo y su escudero
  Convencieron con su porte,
  Y partieron de la venta
  Hacia su pueblo, y no al trote.

Sancho se ocultó de nuevo
  A darse golpes atroces
  Hasta poner en su cuenta
  Tres mil trescientos azotes.

No dejó corteza sana
  En las hayas o alcornoques,
  Donde daba sin que viera
  Don Quijote, dar los golpes.

Cuando al subir de una cuesta
Vieron del pueblo la torre,
De rodillas Sancho Panza
Sin contener emociones,

Saludó su patria, el pueblo
En que anidan sus amores...
Y—*déjate de sandeces.*
Dijo grave Don Quijote.

ROMANCE CXII

DE LOS AGÜEROS QUE TUVO DON QUIJOTE AL ENTRAR EN SU ALDEA CON OTROS SUCESOS QUE ADORNAN Y ACREDITAN ESTA GRANDE HISTORIA (*)

El loco además de loco
Suele ser supersticioso.

Ya llegan y van entrando
Don Quijote y su escudero,
Ya llegan los caminantes
Y van entrando en su pueblo.

Dos *mochachos en las eras*
Estaban, dicen, *riñendo*
Y el uno le dijo al otro:
—*Mira, no te canses,* Pedro;

En los días de tu vida
No las dever: los viajeros
De tan sencillas palabras,
Exponían dos criterios:

Para el caballero andante
Quería decir aquello,
Que jamás a Dulcinea
Vería su caballero.

(*) 2.ª parte.—Capítulo LXXIII.

Contradecir quiso Sancho,
Cuando vieron ir huyendo
Una liebre perseguida
De cazadores y perros.

Bajo las patas del rucio
Se metió llena de miedo,
Y asida por Sancho pronto
A mano salva y contento;

Malum signum, malum signum
Estaba el señor diciendo:
Liebre huye galgos siguen...
A Dulcinea no veo.

—*Si ella huye, yo la cojo*
Y la pongo en poder vuestro:
—*¿Qué mala señal es esta,*
Ni qué tomar mal agüero?

Y cuando los dos *mochachos*
A tiro de habla estuvieron,
Preguntó Sancho la causa
De su porfía o empeño,

Por una jaula de grillos
La disputa mantuvieron,
Diciendo el uno que nunca
La volvería a su dueño.

Cuatro cuartos le dió Panza
Y fué a su señor diciendo
Tomase la jaula y viera
Ya rompidos los agüeros.

Adelante continuaron
Amo y mozo que advirtieron
A Sansón y al señor cura
Entretenidos en rezos.

No está mal decir, que Panza
Había en el asno puesto,
La túnica y la corona
Que antes a él le pusieron.

Del bachiller y del cura
Conocidos fueron luego,
Y hubo saludos y abrazos
Y algunas frases de ingenio.

Los mochachos que veían
La corona del jumento,
La emprendieron con el asno
Sin respetar a su dueño.

Tras el cura, Don Quijote
Sancho y Sansón, con estruendo
Fueron en creciente grupo
Los mozalbetes traviesos.

El ama con la sobrina
Noticiadas del suceso,
Recogieron al hidalgo
Con entusiasmo y afecto;

Y Teresa con Sanchica
Igual con su Sancho hicieron,
Y corrió de casa en casa
La ocurrencia del regreso.

De Sanchica y de Teresa,
En Sancho Panza cayeron
Más preguntas que de gotas
Llevar puede un aguacero;

Y Sancho salió del paso
Diciendo llevar dineros,
Que al fin era lo importante
Para el caso de todo ello.

Don Quijote al licenciado
Y al bachiller en secreto,
Refirió punto por punto
Su derrota y molimiento.

A continuación les dijo
Sus pastoriles proyectos,
Y que compraría ovejas,
Y que contaba con ellos;

Y ante la nueva locura
Que mostraba el caballero,
Porque no fuese a la otra
Aceptaron lo propuesto.

Entraron sobrina y ama
Cuando los otros se fueron,
Probando al contradecirle
Más voluntad que talento.

—*Está ya para Zampoñas*
Duro el alcacer, dijeron
¡Pastorcito tú que vienes,
¡Vaya con el tal deseo!

Que tú te vas pastorcito.....
Déjeme de más enredos,
Que no están bien las ovejas
Con guardas de caballeros.

Y por fin de tantos dichos
Las hizo él guardar silencio,
Llevándole a instancias suyas
A reposar en el lecho.

ROMANCE CXIII

DE CÓMO DON QUIJOTE CAYÓ MALO Y DEL TESTAMENTO QUE HIZO Y SU MUERTE (*)

En lo real y en lo fingido
Todo llega y todo acaba.

Seis días de calentura
Sin abandonar la cama,
Llevaba ya Don Quijote
Desde aquel de su llegada.

Hubo que llamar dos médicos:
El del cuerpo y el del alma;
El primero llegó tarde,
El segundo en hora santa.

El licenciado, el barbero
Y la sobrina y el ama,
Sin que allí faltar pudiera
El fiel escudero Panza,

Ni de día ni de noche
De junto al lecho faltaban,
Algunas veces serenos
Y en otras veces, con lágrimas.

Seis horas durmió el enfermo
Que así nunca descansaba,
Y al despertar dijo en alto
Cosas que hallaron extrañas.

(*) 2.ª parte.—Capítulo LXXIV.

Bendijo a Dios poderoso
Que tanto bien le otorgaba,
Y habló de misericordias
Con razones concertadas.

—*Yo tengo juicio ya libre*
Ya salí de la *ignorancia*
En que *detestables libros*
Metieron mi mente clara.

De tal modo, sin ser estas
Sus bellísimas palabras,
Expresaba Don Quijote
Cuanto por dentro pensaba.

Y una vez que a su presencia
Sus más íntimos estaban,
Siguió presentando indicios
De tener la razón sana.

—*Dadme albricias, ya no soy*
Don Quijote de la Mancha,
Alonso Quijano el bueno,
Soy como soy, y me llaman.

Ya me son odiosas todas
Esas *historias profanas*
De andantes caballerías
Que perjúdican y dañan.

Oyéndole así quisieron
Tocar locuras pasadas,
Y respuesta por respuesta
Duda por duda borraba.

El cura y un escribano
Oficiaron a su instancia,
Y con Dios que hubo cumplido,
Remató su obra humana.

El testamento fué breve
Sin que se dejase nada,
Y en él se acordó de Sancho,
De su sobrina y el ama;

Pero advirtió, que si ella
Su sobrina, se casara
Con quien leyere los libros
Que tanto a él perjudicaran,

De caballeros andantes
Disparates y patrañas,
Nula era manda, de manda
Que como manda dejaba.

Con esto y pequeñas cosas
Que Cide Hamete relata,
De aquél ingenioso hidalgo
Concluyen vida y hazañas...

*

Este trabajo termina
Como en teatrales farsas;
Aquí acaba *El Romancero*
Perdonad sus muchas faltas.



No estaría bien prescindir de la copia del epitafio que para la sepultura de Don Quijote atribuye Cervantes al simpático personaje de su inmortal obra, el bachiller Sansón Carrasco; es oportuno fin que a este libro debe ponerse:

Yace aquí el hidalgo fuerte
Que a tanto extremo llegó
De valiente, que se advierte,
Que la muerte no triunfó
De su vida con su muerte.

Tuvo a todo el mundo en poco;
Fué el espantajo y el coco
Del mundo en tal conyuntura,
Que acreditó su ventura
Morir cuerdo y vivir loco.



ESTE VOLUMEN, PRIMERO DE LA BIBLIOTECA
EL LIBRO HISPANO AMERICANO
SE IMPRIMIÓ EN EL ESTABLECIMIENTO
FOTO - TIPO - LITOGRÁFICO DENO-
MINADO RODRÍGUEZ DE SIL-
VA INSTALADO EN CÁ-
DIZ CALLE COLU-
MELA, 2. AÑO
MCMXXVI




Classis